



CIAN

MARGOTTE CHANNING

MARGOTTE CHANNING
CIAN

© Margotte Channing
Cian

I.S.B.N.: 979-86-54429-38-4

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

www.margottechanning.com

Facebook: margottechanning



MARGOTTE CHANNING
CIAN

Consejo de Eruditos de Baddlevam
(Extracto de los escritos que se encuentran en la biblioteca del club
Enigma de Dublín).

«... Recientemente hemos certificado el caso de un acoplamiento producido entre un vampiro y una hembra humana, por lo que podemos confirmar que la posibilidad de que ciertas mujeres puedan ser las compañeras de algunos vampiros no es una leyenda.

En los escritos antiguos a estas mujeres se las llamaba *velisba** y, según los pergaminos de Naghar, en sus manos se encuentra la salvación de los machos que han perdido las ganas de vivir. Son, además, la única posibilidad de que vuelva a haber niños en nuestra sociedad.

Para que la humana se convierta en una de los nuestros, el vampiro y ella deben realizar el siguiente ritual: aparearse tres veces durante la misma noche y, en cada una de las tres ocasiones, ambos tienen que beber de la sangre del otro. Solo entonces se producirá la transformación, aunque la transición será dolorosa y durará varias horas.

Los Eruditos de Baddlevam seguiremos con atención cualquier nuevo acoplamiento que haya entre nuestras especies, ya que estamos seguros de que la unión entre vampiros y humanos es la única vía para la supervivencia de todos».

**Velisba*: en el idioma antiguo significa pequeño milagro.

UNO

Año 1886

Castillo de Montepulciano

La Toscana, Italia

Killian Gallagher terminó de leer la carta y la dejó sobre la mesa. Su mirada preocupada recorrió, sin ver, las lomas llenas de altos y espigados cipreses que había frente a la terraza en la que estaba desayunando. Bajo él, serpenteaba un arroyo que atravesaba el valle y del que saltaban, de vez en cuando, algunos peces plateados que parecían reírse de su presencia. Los rayos de sol calentaban, aunque no demasiado, el aire de la mañana, prometiendo otro magnífico día. Un amigo le había recomendado aquel castillo del siglo xv como el más idílico para una luna de miel, y tenía razón.

Se sirvió otra taza del cargado café italiano al que ya se había acostumbrado y bebió un largo sorbo, mientras pensaba en cómo le diría a su mujer que tenían que volver después de pasar solo una semana de vacaciones. No había esperado tener que preocuparse por lo que estaba ocurriendo en Dublín, habiendo dejado a Fenton a cargo de todo, pero las noticias eran las peores imaginables; y lo peor era que su intuición, que nunca le fallaba, le decía que aquello solo era el principio. Estaba tan distraído con sus pensamientos que se sorprendió cuando entró Gabrielle, a la que en esta ocasión no había presentado.

—Buenos días, cariño. —Sonrió levantándose para saludarla como era debido. La acogió entre sus brazos y le dio un beso profundo y lleno de promesas. Ella respondió con la misma emoción que él, acariciando su cuello y, cuando el beso terminó, se miraron durante unos segundos con una sonrisa en los labios, mientras recordaban la noche anterior. Él reaccionó primero, sintiendo su hambre.

—Siéntate, querida. Te traeré un café.

A pesar de que el alquiler del castillo incluía el servicio completo, ellos habían avisado a los sirvientes de que no los necesitarían ningún día durante el desayuno. Preferían servirse ellos mismos.

Gabrielle, que estaba especialmente favorecida esa mañana con un vestido de color marfil con diminutas flores en tonos verdes y rosas, le dio las gracias con un murmullo y, cuando él estaba cogiendo una taza, se fijó en el sobre que había sobre la mesa.

—¿Te ha escrito Fenton? —Killian maldijo internamente por haber dejado la carta a la vista. Aunque sabía que tenía que decírselo, le hubiera gustado que disfrutara más de la luna de miel que tanto había tardado en proporcionarle por culpa de su trabajo.

—Sí. —Le llevó el café con leche que tomaba todas las mañanas y se sentó ante ella. Gabrielle hizo un mohín como si él fuera un chico revoltoso.

—Gracias, mi amor —su tono era travieso—. ¿Voy a tener que interrogarte para que me lo cuentes? —Él sonrió, aunque sus ojos seguían serios.

—No —suspiró, decepcionado porque la realidad los hubiera alcanzado tan pronto—. Han asesinado a un ministro del Gobierno llamado Wilson Cox y a su familia, mientras estaban en Dublín. Tengo que volver. —Gabrielle se horrorizó.

—¿A su familia?

—Sí, a su mujer y a su hija —suspiró, afligido—. Una niña de doce años. —Gabrielle lo miró,

suspicious.

—¿Y por qué os han avisado a vosotros? ¿No debería encargarse la policía?

—Porque están seguros de que los asesinos no son humanos.

—¡Dios mío! —Killian afirmó con la cabeza observándola con detenimiento. Había llegado el momento de decirle la verdad.

—Sí, hay algo que no sabes sobre el asesinato de los padres de Amélie. —Gabrielle lo escuchaba atentamente—. No se produjo cuando unos ladrones entraron a robar en su casa, como se dijo oficialmente. Su padre fue un gran intelectual que estuvo toda su vida luchando por la unión entre humanos y vampiros. Por ese motivo, una sociedad secreta llamada *La Hermandad* intentó intimidarlo durante años, hasta que cumplieron sus amenazas. —Gabrielle puso su mano encima de la de él, intentando consolarlo, y Killian le dedicó una pequeña sonrisa antes de continuar:

—Cuando vimos lo que esos monstruos habían hecho con ellos, Kirby y yo, que por entonces trabajábamos juntos, juramos no parar hasta darles caza; y creímos que lo habíamos conseguido —se encogió de hombros—, pero, por los detalles de la carta de Fenton, parece que han vuelto.

—Pero ¿qué es lo que quieren? —Killian la miró, dudando. Su fuerte instinto de protección lo empujaba a no contarle nada más, pero Gabrielle había cambiado. Ahora era una velisha, una vampira fuerte y era muy importante, por su seguridad, que supiera la verdad.

—Gobernar el país. Para ello creen que deben extinguir a la mayoría de los humanos, al menos a los que se opongan a su autoridad. El resto pretenden convertirlos en sus esclavos.

—Pero... —Se había quedado pálida y titubeó sin saber qué decir. Era el primer gesto de inseguridad que la había visto hacer desde hacía meses. Se inclinó hacia ella y susurró, confiado:

—Querida, jamás permitiré que algo así ocurra —ella asintió con un suspiro.

—Lo siento, no sé por qué me he asustado tanto. ¿Conoces a los integrantes de esa... sociedad?

—No, pero come algo, ¿quieres que...? —Iba a levantarse para servirle algo de comer, pero ella se anticipó y se dirigió a la mesa que había junto a la pared, repleta con las fuentes del desayuno.

—Ya me sirvo yo, sigue contándomelo, por favor. —Killian se pasó la mano por el pelo y se reclinó en la silla.

—No sé mucho más. Si es la misma sociedad, el líder tiene que ser un vampiro muy antiguo —ella ya había aprendido que eso quería decir que era muy poderoso— y sus seguidores son asesinos entrenados, feroces y crueles.

—¿Cómo has dicho que se llama la sociedad?

—*La Hermandad*. El problema actual es que está empezando a extenderse entre la comunidad vampírica la idea de que somos superiores física y moralmente a los humanos, y que eso nos convierte en los legítimos dueños de la Tierra. Me avergüenza reconocer que una parte de mi especie, aunque pequeña, considera a los humanos solo un poco más evolucionados que los gorilas.

—¡Por Dios! ¡Nunca me lo habías dicho! —Estaba horrorizada. Hasta ese momento él le había ocultado ese tipo de cosas.

—No quería que te preocuparas innecesariamente, pero ahora es distinto; cuanto más sepas, mejor —hizo una mueca—, por supuesto, esta vez la versión oficial sobre los asesinatos vuelve a indicar que se trata de un robo, para que no cunda el pánico entre la población.

—¿Cuándo quieres que nos marchemos?

El sentido de la responsabilidad de Killian lo empujaba a volver enseguida a Dublín, pero su corazón enamorado deseaba quedarse en aquel paraje idílico el mes que habían planeado hacerlo, aunque sabía que tal cosa, después de la carta, era imposible. Su mujer, tan sabia como una Atenea moderna, le ahorró tener que hacer tan difícil elección. Se levantó después de dar un último sorbo al

café y le dijo, con una gran sonrisa:

—Voy a decirle a la doncella que prepare nuestros baúles y, como hoy ya es muy tarde para que nos vayamos, aprovecharemos la mañana para visitar todo lo que podamos de los alrededores. Así tendremos un día más de vacaciones. —Se levantó, interrumpiendo su marcha, para retenerla un momento y darle un beso en la frente.

—Gracias, te lo compensaré —murmuró en el nacimiento de su pelo. Ella lo miró significativamente y se marchó con un revuelo de su vestido.

Killian, entonces, se sentó y comenzó a planificar los siguientes pasos que daría en cuanto volvieran a Dublín.

Dos días antes

Strongbow Abbey

Condado de Galway, Irlanda

Gale cerró la puerta de su despacho y observó a los cuatro vampiros sentados alrededor de la mesa redonda que Brianna solía utilizar para abrir su correspondencia. Los cinco, en ocasiones acompañados por algún amigo más, llevaban décadas reuniéndose con un fin muy concreto: buscar la paz y la prosperidad para hombres y vampiros en Irlanda.

Tomó asiento y paseó la mirada entre los cuatro rostros que conocía tan bien como el suyo, recordando por qué la presencia de todos ellos era imprescindible:

Burke Kavannagh: presidía numerosas compañías de distinta naturaleza que había creado de la nada, aunque la más importante era la naviera Wild Ocean, propietaria de varios trasatlánticos especializados en transportar pasajeros al continente americano. Era hermano de Jake Kavannagh, que trabajaba a las órdenes de Killian Gallagher en *La Brigada*, y al igual que su hermano era un pelirrojo con poco aguante y mucho carácter. Debido al color de su pelo se rumoreaba que, cuando era joven, el peor insulto que se le podía dedicar era llamarle zanahoria y que eso era suficiente para que se peleara con cualquiera; con la edad, parecía haberse tranquilizado un poco y solía limitarse a contemplar con sus acerados ojos verdes a su contrincante prometiéndole, silenciosamente, una venganza de otro tipo, quizás más cruel que usar los puños. Mientras esperaba, estaba desarrollando un habano que había sacado de una caja que le había traído uno de sus capitanes, después de ofrecérselos a cada uno de los presentes.

James Mackenna: a Mackenna solo le importaba su periódico, no ambicionaba nada más. Se decía que ni siquiera aspiraba a casarse para que ninguna mujer lo estorbara en su trabajo, aunque solía vérselo muy bien acompañado, pero siempre por vampiras porque consideraba que le darían menos problemas cuando cortara la relación, que si saliera con una humana.

Niall Collins: actual conde de Sheffield, noble de nacimiento y empresario por obligación. Había heredado de su padre una hacienda empobrecida e hipotecada que se había esforzado en sacar adelante, hasta que había conseguido convertirla en unas de las tierras más fértiles de toda Gales. Su aspecto era el más llamativo de todos los presentes y uno de los motivos de que no frecuentara la vida social. Era albino, tenía el pelo casi blanco y los ojos con un tono que variaba entre un bronce rojizo cuando estaba tranquilo y un rojo ardiente cuando se irritaba. Su color de ojos bastaba para poner nervioso a cualquiera que no lo conociera.

Stuart «Dagger» Byrne: no se sabía cómo había llegado a ser merecedor de semejante mote y tampoco nadie se había atrevido a preguntárselo. Fue militar durante décadas y llegó al rango de coronel, que era el nombre por el que solían llamarle sus amigos, incluyendo a Niall Collins al que

había conocido cuando coincidieron en el mismo internado.

Los cuatro miraban al anfitrión con distintos grados de preocupación cuando se sentó presidiendo la mesa, pero el único que se animó a decir algo fue Burke Kavannagh. El pelirrojo ya había encendido su puro y lo observaba fijamente a través del humo.

—Gale, en circunstancias normales estaría encantado de disfrutar de tu hospitalidad, pero he dejado a los miembros de la junta de la naviera plantados por algo que, según tú, era sumamente urgente. Al menos, me gustaría conocer el motivo por el que he sido tan maleducado.

A pesar de que muchas veces parecía un prepotente y un bocazas, Burke solía ser el más comprometido con la causa que los unía, por eso no hizo caso de su tono desafiante.

—Hace dos días ocurrió algo en Dublín acerca de lo que tenemos que hablar. —Rememoró la carta que le había enviado Fenton y decidió que, por muchas vueltas que diera, el suceso sería igual de horripilante sin importar las palabras que utilizara—. Como sabéis, mi hermano Fenton se ha quedado a cargo de *La Brigada* mientras Killian está de luna de miel —todos aseguraron que ya lo sabían— y me ha escrito para decirme que, anteaer, el comisario de policía de Dublín le comunicó que habían asesinado a Wilson Cox en su casa. —Burke se apartó el puro de la boca y se quedó mirándolo, repentinamente serio, pero Gale continuó para que conocieran todos los hechos—: No solo a él, también a su mujer y a su hija, una niña de doce años. —En la expresión de furia de Gale se advertía con claridad lo que le gustaría hacer a los responsables.

—Es horrible y estoy seguro de que todos desearíamos que no hubiera ocurrido, pero no entiendo qué tiene que ver eso con nosotros.

—Niall, los asesinos son de los nuestros.

Se hizo un silencio repentino en el despacho, roto solo por el sonido de un pájaro que trinaba en el jardín, y por la conversación de dos jardineros que estaban discutiendo acerca del tipo de estiércol que sería mejor para las rosas. Gale se levantó para cerrar el ventanal que había junto a la mesa y luego se dirigió a una mesita redonda que estaba detrás de ellos, en un rincón de la habitación, donde siempre tenía un botellón de *whisky* y algunos vasos. Ya que era su principal negocio, en su casa nunca faltaba el licor que él fabricaba.

—¿Queréis algo para beber? Yo necesito una copa.

—A mí también me vendría bien un trago —las palabras de Dagger Byrne, que solía ser el más tranquilo, sorprendieron a todos—. Yo conocía a la familia, ¿están seguros de que los asesinos eran vampiros? —Gale contestó con voz deliberadamente monótona:

—Los cuerpos estaban secos —era la dura expresión que utilizaban entre ellos para no tener que explicar que les habían chupado toda la sangre.

—¿El de la niña también?

—Sí —después de su concisa contestación, Gale escanció un poco de *whisky* a cada uno y se bebió su copa de golpe; luego, volvió a sentarse con gesto consternado y pensativo.

Dagger sintió la necesidad de explicarse:

—Un sobrino de Annabelle, la mujer de Wilson Cox, está en mi antiguo regimiento y necesitaban un favor. —Sacudió la mano para que no le dieran importancia—. El chico había hecho una idiotez una noche que llevaba una copa de más e iba a pasarse meses en un calabozo, a menos que alguien hablara por él ante su sargento.

—Ahora vas a tener que contarnos qué hizo ese muchacho. —Dagger sonrió, distraído, sin contestar; él mejor que nadie conocía la curiosidad de Niall, pero Gale los interrumpió; sabía que podían tirarse horas así, una vez que habían empezado.

—Señores, centrémonos. Esto es muy serio.

—Desde luego, yo pensaba que nos habías llamado para hablar sobre el club Enigma y la búsqueda de los Eruditos..., todo esto me ha sorprendido mucho. ¿Por eso no está aquí Cian Connolly? —Gale miró a Mackenna con los ojos entrecerrados, intuyendo que tenía algún motivo importante para querer ver a Cian.

—No, Cian dijo que tenía algo muy importante que hacer, pero que le comunicáramos si necesitamos algo de él. —James sonrió, decidido. Gracias a su periódico era el que mejor informado estaba de todo el grupo.

—¿Eso que tiene que hacer tan importante no tendrá algo que ver con la sobrina de Killian? Creo que es una jovencita encantadora... —Las risitas y carraspeos que se oyeron pusieron de los nervios a Gale, que se puso furioso.

—¡Ya está bien!, ¿estamos hablando del asesinato de un matrimonio joven y de su hija, una niña de doce años! —Se inclinó hacia delante en la silla, su melena rubia se encrespó y sus ojos negros se volvieron rojizos a causa de la cólera; además, sus colmillos pugnaban por salir de sus fundas, pero se calmó al ver el repentino arrepentimiento en la cara de Mackenna.

—Perdona, Gale. Eso ha estado totalmente fuera de lugar, pero ya sabes... —Gale colocó frente a él la palma de su mano derecha para que no siguiera. Sabía que esa era la manera que tenía su amigo de hacer frente a las malas noticias.

—Sí, lo sé, olvídale. Olvidémoslo todos y volvamos al tema. ¿Qué se os ocurre que podemos hacer? No sé cuánto tardará en volver Killian, ni siquiera sé si lo hará pronto y en una situación como esta no podemos estar sin magistrado. En cuanto a *La Brigada*, Fenton dice que él puede hacerse cargo de todo, hasta que vuelva.

El mismo Mackenna fue el que les dio la solución:

—Llamemos a Kirby Richards. Por lo que he oído es tan competente como Killian, como magistrado de la zona sur y, además, es un buen amigo suyo. Estoy seguro de que nos ayudará —Gale asintió, después de pensarlo durante unos segundos.

—Por mí está bien, ¿qué opináis? —Los demás estuvieron de acuerdo—. No lo conozco, pero le escribiré en cuanto terminemos, aunque es posible que ponga algún problema. He oído que es algo excéntrico. —Burke rio por lo bajo al escucharlo y le contestó:

—Sí que lo es, te lo aseguro. Si os parece bien, yo iré a hablar con él. Somos amigos desde hace décadas.

—Claro, gracias. ¿Cuándo irás?

—En cuanto terminemos, saldré hacia a su casa. Vive en Cork. —Gale suspiró, más tranquilo.

—De acuerdo, pues si ninguno tiene nada que añadir... —Al ver que nadie decía nada, Gale dio por terminada la reunión y poco después se quedó solo en el despacho, sintiendo un extraño cosquilleo en la nuca.

DOS

Dublín, Irlanda

Los cuerpos de las dos mujeres se balanceaban suavemente al compás del movimiento del coche, mientras transitaba por las calles de Dublín. Gracias a las velas que había en el interior del lujoso carruaje tirado por seis briosos corceles negros, podían verse las caras mientras hablaban, a pesar que ya era de noche. La más joven, Amélie, una belleza de pelo cobrizo y ojos rasgados del color del *whisky* añejo, estaba contestando a una pregunta de Gabrielle:

—A pesar de que voy a sus clases, no esperaba que me invitara a la fiesta —se encogió elegantemente de hombros—, pero cuando lo hizo, no pude negarme —se inclinó hacia Sarah, su acompañante, como si quisiera hacerle partícipe de un secreto—, ya lo verás, es un hombre encantador.

Sarah, la dama de compañía de Amélie, acababa de cumplir cuarenta años y era una mujer atractiva pero discreta, y de aspecto algo maternal tal y como exigía su papel. Desde que la había conocido, Amélie parecía incapaz de detenerse un instante, siempre estaba en movimiento, como si persiguiera algo que parecía incapaz de alcanzar. A pesar de que solo hacía unas semanas que estaba con ella, a Sarah le parecía que el problema era que no quería detenerse el tiempo suficiente para ver lo que estaba ante sus ojos, quizás porque era demasiado testaruda para hacerlo.

De momento, no tenía suficiente confianza para decirle algo parecido, puede que más adelante...; en cualquier caso, le apenaba ver que, aunque Amélie parecía tener todo lo que una jovencita de su edad necesitaba para ser feliz, no lo era.

—Estás muy callada, ¿no te apetece ir a la fiesta?

—No he ido a demasiadas, pero mientras he vivido en casa de los Strongbow, me he acostumbrado a ellas. Han sido tan amables conmigo que me consideraban una más de la familia y siempre insistían para que fuera a todas sus fiestas, aunque a veces hubiera preferido quedarme en mi habitación leyendo un buen libro. —Amélie hizo una mueca de remordimiento.

—Ahora siento haberte obligado a acompañarme.

—¡No, por Dios! —apretó su mano cariñosamente—, estoy encantada de haber venido a vivir contigo... —suspiró recordando su antiguo trabajo como maestra en el único colegio de un pequeño pueblo— siempre estaré agradecida a Gale y a Brianna que me confiaron el cuidado de Lilly, pero ella ya se ha curado, gracias a Dios, y es normal que quiera llevar la vida de una niña sana. —Sonrió orgullosa, como si hablara de su propia hija—. Es una chica estupenda, ¿sabes? Ha empezado a ir al colegio, algo que no había hecho nunca debido a sus... circunstancias familiares y, después, a su enfermedad. Ahora solo quiere estudiar y recuperar el tiempo perdido.

—Estoy segura de que mientras ha estado contigo, no habrá perdido el tiempo. —Sarah estuvo de acuerdo con una chispa divertida en sus bondadosos ojos marrones.

—He hecho lo que he podido para que, cuando empezara a ir al colegio, fuera lo menos atrasada posible, a pesar de que algunas veces se quejaba de que era demasiado estricta. En cuanto empezó a encontrarse mejor, comenzamos a dar clases todos los días. Es una joven muy inteligente y espero que no deje nunca de estudiar.

Lilly Harford era la cuñada de Gale Strongbow, uno de los vampiros más ricos de Irlanda, y había estado muy enferma de tuberculosis dos años atrás. Un especialista al que Gale había hecho venir de Dublín les dijo, a él y a su mujer Brianna, que si querían que se curara tenían que enviarla a una clínica que estaba en el extranjero. Fue entonces cuando Gale contrató a Sarah, una maestra viuda para que la acompañara, lo que había resultado todo un acierto.

Ahora Lilly estaba curada y empezó a ir al colegio en un intento de recuperar su vida, y Sarah había comenzado a sentir que no hacía nada provechoso en casa de Gale y Brianna, aunque estaba segura de que ellos jamás le habrían dicho nada. En esa época, Killian y Gabrielle la habían visitado un día para preguntarle si le interesaría quedarse durante unas semanas con Amélie, mientras ellos se marchaban de luna de miel atrasada. Y ella había aceptado. Admiraba el trabajo que hacía Killian en *La Brigada* y como magistrado. Y su familia, tanto Gabrielle como Amélie, le parecían encantadoras. No, no estaba arrepentida de haber venido a Dublín, al contrario.

—Amélie, durante toda mi vida he vivido según creían los demás que debía hacerlo. He trabajado siempre como maestra y me casé con el hombre que eligió mi padre para mí. —Amélie arqueó las cejas, asombrada, porque eso no lo sabía—. Desgraciadamente, las mujeres en nuestra sociedad no tenemos muchas opciones, aunque estoy segura de que eso nunca te lo haría Killian a ti.

—No, soy muy afortunada, pero lo siento mucho por ti, Sarah. —La mujer movió la cabeza restándole importancia y provocando que su cabello castaño brillara con tonos dorados bajo la luz de las velas.

—¡Oh, no me compadezcas por eso, querida! No fui tan desgraciada como ha sonado, solía disfrutar con mi trabajo, aunque no lo hiciera con mi matrimonio. —Se mordió la lengua al darse cuenta de que estaba a punto de hablar demasiado y de que Amélie la miraba con curiosidad—. Olvidalo, solo quería decirte que estoy contenta con mi vida. Gracias a los Strongbow y ahora a vosotros, estoy viendo mundo y disfrutando de una verdadera aventura. —Amélie iba a preguntar algo más, pero llegaron a su destino.

Bajaron del carruaje ayudadas por el lacayo que viajaba junto al conductor, y subieron los cinco escalones por los que se accedía a la fastuosa mansión de piedra gris y blanca. Cuando traspasaron el umbral de la casa, entregaron a una joven doncella, impecablemente vestida de negro, sus capas, y descubrieron los vestidos que se ocultaban debajo.

El de Sarah era de un tono malva muy elegante, aunque más recatado que el de su pupila; el de Amélie era un traje de seda color azul claro con un gran escote que permitía disfrutar de sus hombros y de sus largos y elegantes brazos. Su cintura estaba sujeta por un fajín con un gran lazo trasero de un tono azul más oscuro que el resto del vestido. Como joyas, solo llevaba un collar con una perla que colgaba de una cadena de oro que había heredado de su madre. Sarah le susurró al ver cómo se colocaba discretamente el vestido:

—Estás preciosa, no te preocupes. —Se miraron sonrientes al escuchar la alegre melodía del vals que estaba de moda esa temporada, y el mayordomo las interrumpió para comentarle discretamente:

—¿La señorita desea que avise a alguien?

En ocasiones, algún miembro de una de las familias invitadas a la fiesta llegaba más tarde que el resto, y el mayordomo se encargaba de buscarlos para decirle dónde podía encontrarlos, pero ese no era el caso de Amélie. Killian, su tutor, estaba en la Toscana junto a su mujer y no había nadie que la esperara en la fiesta, ni en su casa.

Al principio, no había estado de acuerdo con Killian en contratar a Sarah para que la acompañara mientras ellos no estaban, pero con el paso de los días cada vez estaba más agradecida porque lo hubiera hecho. Antes de que se fueran no era consciente de cuánto iba a echar de menos a Gabrielle,

su anterior institutriz, y a Killian, el bondadoso vampiro que se había hecho cargo de ella desde que sus padres fueron asesinados siendo ella una niña.

El salón estaba iluminado por multitud de velas y por una impresionante lámpara de estilo neogótico, forjada en bronce dorado y cristal, que colgaba del techo y que tenía cientos de luces dispuestas en cuatro pisos, fabricada en España. Las paredes lucían espejos gigantescos, cuyos marcos de madera estaban tallados con representaciones de todo tipo de figuras mitológicas cubiertas de pan de oro, que multiplicaban por mil los destellos de las valiosísimas joyas que llevaban los invitados. Los asientos repartidos por doquier y tapizados en seda adamascada de color pastel, acogían a docenas de mujeres que cotilleaban entre ellas, o a parejas que se hacían arrumacos estratégicamente escondidos detrás de algunas plantas cuyo tamaño superaban los dos metros; y algunos jóvenes que no estaban interesados en el baile, se escondieron en una sala contigua donde se habían organizado todo tipo de juegos. Mirases donde mirases, todo estaba lleno de vampiros y de humanos con ganas de divertirse en medio de una gran algarabía; además, había otra pequeña multitud circulando por los jardines y los pasillos. Sarah lo observaba todo con curiosidad, nunca había asistido a una fiesta parecida.

—Pero ¿qué hace toda esa gente paseándose por las habitaciones? —Amélie se encogió de hombros.

—Creo... no sé, es como si estuvieran viendo la casa, ¿no?

—Eso parece. Nunca he visto semejante falta de educación... —susurró la maestra, pero se disculpó enseguida—. Perdona, Amélie, sé que puedo parecer muy provinciana y seguramente lo sea. Además, no quiero que pienses que critico a tu amigo.

—¿Qué amigo? —Se volvió a mirarla repentinamente y Sarah hizo lo mismo.

—El dueño, ¿no es amigo tuyo?

—¿El profesor Dixon? —Sarah asintió.

—No es amigo mío, ya te he dicho que estoy yendo a sus clases y que por eso me ha invitado, pero sus fiestas son muy famosas —escruñó el salón de un vistazo—, no lo veo por aquí, puede que esté en otra sala. Bueno, bajemos, si no nos ve nadie, difícilmente nos invitarán a bailar —bromeó, aunque no tenía demasiadas ganas de hacerlo.

La verdad, que no reconocería ante nadie, era que no le apetecía estar allí, ni sonreír y menos bailar y, lo que era peor, ni siquiera sabía por qué se sentía así, pero irguió la cabeza y seguida por Sarah, comenzó a bajar los escalones para traspasar el umbral del salón de baile.

En cuanto lo hicieron, Archer, Curtis y Jack se acercaron a ella para saludarla. Los había conocido el invierno anterior, cuando había empezado a acudir a los bailes en compañía de Killian y de Gabrielle y le caían bien. Eran tres vampiros jóvenes y vivarachos sin otra ocupación que la de pasárselo bien. Pero esa noche no se sentía capaz de soportar su constante parloteo e intentó desviar su atención.

—¿Os acordáis de Sarah Brown? —La aludida inclinó la cabeza hacia los jóvenes y ellos se apresuraron a rodearla, deseando ser el primero en conseguir la aceptación de la dama de compañía de Amélie, mientras ella observaba a los bailarines en la pista hasta que una voz grave la distrajo, provocando que se volviera hacia el desconocido.

—Parece que está deseando que alguien la saque a bailar —observó intrigada al dueño de la misteriosa voz. Probablemente era el hombre más apuesto que había visto en su vida. Se trataba de un vampiro rubio de ojos azules y poseedor de una belleza inusitada. Él sonreía, seguro de su encanto, y ella lo miraba, inequívoca, a pesar de su falta de experiencia de que era tan peligroso como un demonio.

—No creo que nos conozcamos, señor... —El amplió su sonrisa, enseñando unos dientes impecablemente blancos y se inclinó en una perfecta reverencia, a la vez que se presentaba:

—Devan Ravisham, a su servicio. —Amélie arqueó una ceja al escuchar el nombre, pero correspondió a su reverencia antes de contestar:

—Amélie de Polignac. Tiene usted un nombre y un apellido curiosos, señor Ravisham.

—¿Usted cree? —Por un momento algo titiló en el fondo de los ojos azules del caballero, un destello rojizo que confirmó a Amélie lo que sabía desde que lo había visto. Que era un vampiro. Y de los peligrosos. Este no era un joven como Archer, Curtis o Jack.

A algunos humanos les costaba diferenciarlos en ocasiones, pero no a ella. Era una de las cosas buenas, entre otras, de convivir con uno desde hacía años y de haber tratado con muchos otros debido al trabajo de su tutor, como magistrado de la zona norte y jefe de *La Brigada*.

—Nunca se me hubiera ocurrido que Devan se pudiera utilizar como nombre y lo mismo me ocurre con su apellido, aunque por la forma de pronunciarlas no parecen las mismas palabras que yo creo haber reconocido. —Su expresión traviesa daba a entender que estaba gastándole una broma, y provocó que el vampiro entendiera por qué su mejor amigo estaba obsesionado con aquella humana.

—Ravisham no significa nada, al menos que yo sepa.

—En inglés, no, pero en francés *ravissant* significa encantador —él sonrió sin saber qué decir—, y Devan, en francés, aunque con una *t* al final, significa enfrente. Más específicamente se utiliza mucho en *ballet... en avant* significa hacia delante... —se interrumpió al notar que Devan miraba detrás de ella y que inclinaba discretamente la cabeza, como si hiciera una señal a alguien, pero antes de que pudiera darse la vuelta para ver a quién miraba, él la interrumpió:

—Es muy interesante. No tenía ni idea de que existieran esas palabras en francés, pero preferiría que siguiera explicándomelo mientras bailamos. —Amélie abrió la boca para decirle a Sarah, que seguía hablando con sus amigos, que se iba a bailar, pero su acompañante no la dejó comenzando a tirar de ella amablemente y sin dejar de hacerlo hasta que llegaron a la pista de baile.

Como era de suponer, era un magnífico bailarín; de esos que saben perfectamente cómo llevar a su pareja haciendo que disfrute del baile, pero su mirada inteligente y divertida le dijo que no estaba interesado en ella. Intrigada, decidió olvidarse de los buenos modales y ser sincera:

—¿Qué es lo que quiere, señor Ravisham? —Él se sorprendió, pero no permitió que eso afectara a su plan y completó un amplio giro que los encaminó a la otra punta de la pista, alejándose cada vez más de Sarah y de los demás.

—No sé a qué se refiere, Amélie. —Volvió a sonreír seguro de sí mismo—. Es posible que haya sido algo maleducado, pero no creo que mi... entusiasmo se me pueda echar en cara, en vista de que he conseguido bailar con la dama más bella de la fiesta.

Con un último giro, más amplio que los anteriores, consiguió que ella se callara para poder seguirle el paso y cuando volvió a mirar a su alrededor, se dio cuenta de que estaban junto a los grandes ventanales que daban al jardín y que, debido al extremo calor que hacía en el salón, estaban abiertos. Ravisham se dirigió hacia ellos andando tranquilamente, mientras la mantenía cogida del brazo, obligándola a acompañarlo con aparente despreocupación. Su voz incluso sonó juiciosa al decir:

—Hace un calor terrible. Si no le importa, creo que deberíamos salir un poco al jardín.

Amélie no estaba asustada, a pesar de que era muy consciente de la diferencia de estatura y de peso entre los dos, pero gracias al continuo entrenamiento de Lee, creía estar preparada para algo así. Comenzó a respirar hondo, lentamente, decidiendo mentalmente qué golpes serían los más adecuados para defenderse, pero su tranquilidad se esfumó cuando, a pocos metros de distancia, vio una figura esperándolos. Estaba vestido de etiqueta y fumaba un cigarro amparado por la oscuridad de la noche,

medio oculto entre las sombras de un viejo árbol bajo el que la observaba fijamente. Su acompañante bajó los escalones tirando de ella y caminó unos cuantos pasos sobre la hierba fresca, hasta detenerse a pocos metros del árbol. Entonces, Ravisham volvió a sorprenderla:

—Si le haces daño... —el gruñido emitido por el fumador, más musculoso, aunque igual de alto que él, no lo asustó, al contrario, provocó que sonriera como si esa reacción fuera la que esperaba. Entonces se volvió hacia ella y, tomando su mano, se inclinó en un saludo formal y confesó—: Siento haber utilizado este subterfugio, señorita de Polignac, pero mi... amigo necesita hablar con usted. Espero que algún día tengamos ocasión de volver a disfrutar de un baile tan... *ravissant* —bromeó, demostrando que conocía la palabra. Con una última mueca burlona, se marchó, pero Amélie no se quedó mirando cómo lo hacía, sino que se volvió hacia el vampiro que había encargado que la trajeran ante su presencia. No necesitaba que le diera a la luz para saber quién era. Cian.

Lo sabía porque algo cálido comenzó a extenderse dentro de ella, una calidez que hizo que su interior volviera a la vida, pero aplastó esa sensación con el recuerdo de lo que le había hecho en un baile parecido, dos años atrás. Y se quedó mirando a su enemigo con los ojos entornados, esperando.

TRES

Era un hombre impresionante, tanto por su altura como por el musculoso físico que abultaba su traje de etiqueta. Tenía la piel atezada, el cabello y los ojos negros, y si Ravisham parecía un ángel, él era el demonio. No era tan guapo como el sinvergüenza de su amigo, pero había algo en Cian que la fascinaba, aunque nunca lo reconocería ante él.

Quizás su atracción tuviera que ver con el color de su piel; mientras que la mayoría de los irlandeses gozaban exhibiendo una piel pálida y lechosa, la de Cian Connolly era mucho más oscura, como si acabara de volver de vacaciones de algún lugar exótico donde hubiera tomado mucho el sol. Su impactante físico y sus intensos ojos negros habían fascinado a Amélie desde que lo conoció y, a pesar de todo, no podía dejar de sentir su atracción. Esa noche estaba muy elegante vestido con levita y pantalones negros, además de un chaleco de brocado color crema que se adaptaba perfectamente a su figura.

Killian le había confesado meses atrás, después de insistirle muchas veces para que le contara todo lo que supiera acerca de él, que nadie conocía con exactitud la procedencia de Cian, aunque él creía que provenía de los bajos fondos, pero aquella circunstancia a su tutor no le importaba absolutamente nada. Killian siempre le había insistido en que debía juzgar a los demás únicamente por su comportamiento, lo demás no debía importarle. Y ella estaba de acuerdo, el problema que tenía con Cian no era su procedencia, sino que con ella se había comportado como un auténtico cerdo.

Él, harto de esperar, arrojó el cigarro lejos y salió de la sombra protectora del árbol acercándose a Amélie, acariciándola con la mirada.

—¿Cómo te atreves, Cian? Creía que te había dejado claro la última vez que... —Enmudeció cuando él la tocó.

Su mano acariciante resbaló suavemente desde su cuello hasta el hombro y después a la frágil clavícula que acarició con la yema de los dedos. Sus músculos se tensaron de deseo cuando llegó hasta su nariz el aroma dulce y apetecible de ella. Se quedó observando fijamente el contraste entre su piel, mucho más oscura que la pálida de Amélie e inspiró profundamente, intentando controlar su pasión, mientras un oscuro rubor cubría sus pómulos. Levantó la mirada y contestó a su pregunta, sin ninguna intención de apartarse de ella.

—No me dejas otro remedio. No contestas mis notas. —Por fin, Amélie se sacudió la sensación de aturdimiento y se apartó de él dos pasos, dándose la vuelta. Estaba segura de que esa conversación sería más fácil si no lo miraba.

—¡Porque no tenemos nada que decirnos! —susurró, tensa. Por un momento pensó en salir corriendo hacia la casa, pero sabía que no tenía ninguna oportunidad de llegar antes de que él la detuviera. Como si hubiera leído sus pensamientos, lo que seguramente había hecho, el brazo de Cian rodeó su cintura robándole el aliento, para pegarla a su musculoso cuerpo y susurrar junto a su oído:

—¿Crees que no? Date la vuelta y te demostraré que sí. —Indignada, forcejeó intentando soltarse, pero él no se lo permitió. La sujetaba con firmeza, aunque no le hacía daño.

—¡Deja que me vaya! ¡Ningún caballero trataría así a una mujer! —Cian la giró bruscamente hacia él y durante un instante pareció realmente enfadado, pero vio algo en ella que hizo que el enojo

desapareciera de su semblante, suavizándolo.

—¿Por qué estás tan asustada? —Ella volvió a forcejear intentando soltarse, decidida a marcharse y a no volver a hablar con él nunca más; pero Cian continuó hablándola mientras la observaba con la cabeza inclinada—. No lo entiendo. Sabes que jamás te haría daño, que antes me lo haría a mí mismo, entonces, ¿a qué tienes tanto miedo, cariño? —su tono, tierno y cariñoso, hizo que algo se rompiera en el interior de la muchacha y que un sollozo inesperado subiera por su garganta. Se tapó la boca, para no mostrar su debilidad, pero era tarde y él cogió su mano y la besó con adoración, luego, se inclinó hacia ella y sus labios cubrieron los de la muchacha.

Amélie se quedó inmóvil, paralizada por la sensación de anticipación que se apoderó de ella. Intentó recordar los motivos por los que no tenía que responderle, pero él la besó con el ardor que recordaba, como si ellos dos fueran los únicos seres vivos sobre la Tierra.

La cabeza oscura de Cian se acopló con la suya y su lengua buceó en su boca profunda y apasionadamente. Amélie sintió un traicionero calor extenderse por todo su cuerpo hasta que necesitó más de él. Inconscientemente, metió las manos por debajo de su chaqueta, acariciando su espalda. Minutos después, excitada y mareada, separó sus labios de los suyos y hundió la cara en su pecho, abrazándose a su cintura, mientras intentaba recuperar la respiración, sin poder pensar en nada más que en el deseo que sentía.

—Amélie —el susurro de su nombre sonó como una plegaria. Después, acarició su cabeza tiernamente intentando consolarla y dejó que su mano resbalara hasta la nuca que apretó con suavidad, provocando un estremecimiento en el cuerpo femenino—, tenemos que hablar. No quería que ocurriera esto, pero te deseo más que a nada en la vida. —Con la palma de la mano en su barbilla hizo que levantara la cabeza y volvió a besarla. Amélie se puso de puntillas en su afán por acercarse más a sus labios y él la cogió por la cintura, alzándola en vilo y se retiró unos pasos para que nadie pudiera verlos desde la casa. Con la preciosa carga entre sus brazos, caminó en la oscuridad hasta un banco de piedra en el que había estado sentado, esperándola, un rato antes. Se sentó con ella en el regazo y Amélie apoyó la cabeza en su pecho, conmocionada por el sentimiento que llenaba su corazón.

—Aunque haría lo que fuera por hacerte mía, antes quiero que aclaremos las cosas. —Su mirada apasionada recorría su rostro posesivamente.

—Ahora no puedo, Cian, por favor —musitó, enderezándose y mirándolo. Después de lo que acababa de ocurrir no podía negar que sus brazos parecían hechos para confortarla, y que se sentía como si ese fuera el lugar al que perteneciera.

—No importa. Hablaré yo, pequeña —su voz la arrullaba, tranquilizándola—. Antes de nada, déjame que te pida perdón por lo que ocurrió aquella noche... —Ella abrió la boca, pero él puso un dedo sobre sus labios para que no lo interrumpiera— No, espera que hable y luego dí lo que quieras. Lorna me había dicho días antes que quería asistir y, por entonces, estábamos juntos. —Se encogió de hombros con una sonrisa traviesa—. Al principio le dije que no, pero después me pareció divertido juntarla con los hipócritas estirados de nuestra sociedad, que criticaban nuestra relación en público y en privado acudían a su establecimiento a visitar a las chicas.

La aventura que Cian, el conocido director del club Enigma, había mantenido con la dueña del prostíbulo más lujoso de Dublín, El Columpio Rojo, había sido la comidilla de toda la ciudad. Amélie pestañeó, muy interesada, al darse cuenta de que iba a enterarse de algunas cosas por las que sentía curiosidad desde hacía tiempo, pero, de repente, se levantó un aire frío que hizo que se frotara los brazos, helada.

—Espera. —Se quitó la chaqueta apartándose un poco para poder hacerlo, poniéndosela por

encima de los hombros y ella se envolvió con ella agradeciéndoselo con un murmullo. Cian miró hacia el cielo del que habían desaparecido las estrellas, tapadas por una nube gigantesca y soltó una maldición por lo bajo—: ¡Maldita sea! Va a llover en pocos minutos. No podemos seguir aquí, te empaparás.

—Está bien, hablaremos otro día. —Estaba más tranquila y sabía que era mejor que se separaran; así podría pensar en lo ocurrido y decidir qué hacer. Comenzó a levantarse de su regazo.

—No, espera. —La sujetó con facilidad y, gentilmente, hizo que lo mirara de nuevo—. Antes de que te vayas, déjame que termine de explicártelo. No fue mi intención besar a Lorna aquella noche, lo que te conté la última vez que nos vimos es cierto. Me besó de repente, sin que yo lo esperara, pero cuando la acompañé hasta la puerta solo quería asegurarme de que se fuera. —Ella siguió mirándolo—. ¿Me crees? —El problema era que lo hacía, por lo que la barrera que tenía para defenderse de su encanto acababa de desaparecer.

—Sí.

—Bien. Entonces, supongo que puedo invitarte a comer, al teatro, a dar un paseo por el parque o a lo que creas más conveniente. —Después de escucharlo, sintió la necesidad de besarlo. Y lo hizo.

Cian respondió inmediatamente devorando su boca y Amélie se quitó los guantes dejándolos caer al suelo porque necesitaba tocarlo. Hundió la mano en su fuerte pelo y lo acarició bajando hasta su nuca, notando cómo se le iban tensando los músculos al paso de sus caricias.

Interrumpiendo el beso, él se inclinó sobre su cuello y lamió golosamente el pulso que latía regularmente bajo su oreja derecha y ella gimió al sentir su necesidad. El placer que sintió al imaginarlo bebiendo de su vena, la hizo temblar. Cian se demoró besando y lamiendo el pulso femenino que había comenzado a latir con rapidez, y sus colmillos emergieron ávidos de sangre.

—Daría lo que fuera por beber de ti.

—Hazlo. —Él la miró con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados, como si pensara que le tomaba el pelo, pero ella atrajo suavemente la cabeza del vampiro hacia su cuello, necesitando hacer realidad lo que durante tantas noches solo se había atrevido a soñar. En ese momento, el resto del mundo dejó de existir—. Vamos, quiero que lo hagas —él gruñó, disgustado consigo mismo por aceptar y sujetó la cabeza de ella para colocarla en la posición adecuada; desnudó sus colmillos que parecían dos pequeños cuchillos de marfil, curvados y afilados mortalmente, y Amélie cerró los ojos y esperó. Entonces, la mordió.

Cuando los colmillos de Cian se hundieron con fuerza en su carne y él comenzó a beber, un relámpago de placer atravesó el cuerpo de Amélie; aturdida, abrió los ojos y lo vio, su nuca estaba al alcance de su mano y la acarició, experimentando un profundo sentimiento al que no pudo poner nombre. Solo sabía que necesitaba darle de beber y que se sintiera bien.

Cian levantó la mano derecha, ya que la izquierda la mantenía en la cabeza de ella para que no se moviera, y la metió dentro de su corpiño. Amélie se mordió el labio inferior al notar las caricias en sus pechos y los suaves tirones en los pezones durante largos minutos, hasta que consiguió que el placer que se arremolinaba desde hacía minutos en el vientre femenino explotara en un orgasmo que la dejó desmadejada en sus brazos. Poco después, él lamía los pinchazos que habían dejado los colmillos en su cuello, para que se cerraran y levantó la cara relamiéndose. Después, la miró con adoración.

—Gracias. Lo necesitaba.

Amélie sonrió. Llevaba el vestido desarreglado y el corpiño se le había resbalado hasta apenas cubrirle los pezones. Al darse cuenta, recobró el sentido con un murmullo de alarma, bajándose de sus piernas y arreglándose el vestido. Aunque no creía demasiado en las convenciones, no quería

causar problemas a Killian.

—Seguro que Sarah está buscándome —él asintió, mirándola de pie, repentinamente serio.

—Antes de que te vayas, quiero tu palabra de que accederás a que nos veamos. Hay algo muy importante que tengo que decirte. Es lo primero que debía haber hecho, pero me he dejado llevar...

—Parecía arrepentido, lo que la sorprendió.

—Cian... —No quería discutir con él después de lo que le había hecho sentir.

—Solo quiero hablar. —Ella arqueó una ceja.

—Creo que tú y yo no damos el mismo significado a esa palabra —bromeó y él soltó una carcajada íntima. Se acercó hasta rozar con sus pies el vestido azul de ella y cogió sus manos, las besó, y ella se derritió cambiando su decisión. Movi6 la cabeza reprochándose a sí misma, pero no podía luchar contra él cuando se portaba así.

—Está bien, mándame un recado y, a menos que se te ocurra algún plan imposible, iré. —Él levantó la mano como si hiciera un juramento, pero sus ojos prometían todo lo contrario.

—Todo será de lo más tradicional.

—Lo dudo, pero está bien. —Miró hacia atrás extrañada de que todavía no hubieran ido a buscarla —. Me voy.

—Espera. —La besó por última vez y dejó que se fuera.

Amélie volvió a la fiesta como si acabara de salir de un sueño. Su loco corazón seguía cantando una alegre melodía que hacía que no pudiera dejar de sonreír, hasta que entró en el salón, momento en el que consiguió ponerse seria de nuevo.

Encontró a Sarah junto a la entrada, esperándola:

—¡Menos mal, Amélie! Estaba muy preocupada. ¿Te encuentras bien? —Los ojos tranquilos e inteligentes de la atractiva viuda veían más de lo que parecía, y le puso una mano en el brazo notando su nerviosismo—. Ven, siéntate aquí —señaló un sillón que había junto a ellas y que casi no se veía desde el resto del salón, oculto por un tiesto gigantesco— y te traeré un poco de ponche.

—No —apretó su mano tranquilizadamente—, no es necesario, gracias, Sarah —la mujer asintió, aunque no parecía demasiado convencida—. Será mejor que nos movamos hacia el centro para no llamar demasiado la atención. No podemos quedarnos aquí toda la noche, ¿verdad?

—Sí, querida.

Estuvieron paseando un rato, hasta que se dieron de bruces con Archer.

—¿Dónde estabas? ¡Nadie sabía dónde te habías metido desde hace más de una hora!

—Te equivocas, Archer, hemos estado juntas un buen rato paseando por el jardín. Hacía demasiado calor dentro de la casa —Sarah mintió tan calmadamente que Amélie agradeció que alguien tan comprensivo fuera su acompañante esa noche. Sabía que, si algo así hubiera ocurrido estando Killian o Gabrielle, hubiera tenido que dar muchas más explicaciones.

A Archer se le borró la sonrisa como si fuera un niño al que hubieran regañado y se volvió absurdamente solícito. Buscó un par de sofás donde pudieran sentarse los tres y trajo bebidas a las damas. Ellas dejaron que Archer, que era un gran chismoso, las pusiera al día de los cotilleos más escandalosos de los invitados. Como siempre, estaba consiguiendo hacer reír a las dos, cuando los interrumpió una voz educada:

—¿Puedo unirme a esta encantadora reunión? —Su anfitrión acababa de hacer acto de presencia de manera inesperada.



No conocía a nadie a quien Joel Dixon no le cayera bien. Era un vampiro a la antigua usanza, caballeroso y amable; incluso su aspecto era como debía ser: alto, delgado y canoso, el prototipo de la distinción y la elegancia. Pero, al contrario de lo que hacían la mayoría de los caballeros de su edad (las malas lenguas decían que rondaba los ciento cincuenta años, aunque no aparentaba más de cuarenta), seguía trabajando como profesor. Durante su larga carrera, había llegado a ser catedrático de la famosa universidad de Dublín donde impartía la asignatura de gaélico, y lo hacía tan bien que tenía fama de ser el mejor en su campo de toda Irlanda. Amélie daba fe de ello, porque acudía a sus clases desde hacía unas semanas y había conseguido que ella empezara a entender el extraño idioma después de tantos años. Además, el profesor también tenía a su favor que era de los pocos profesores, daba igual que fueran hombres o vampiros puesto que en eso generalmente eran igual de machistas, que admitían mujeres en sus clases y se mostraba muy sorprendido de que el resto del claustro no hiciera lo mismo.

La orquesta volvía a tocar un vals y él se inclinó hacia ella, sonriente, interrumpiendo sus pensamientos:

—Querida Amélie, ¿me haría el honor...?

Alargó una mano incitadora hacia ella, que aceptó poniendo su palma sobre la de él. Lo acompañó hasta el perímetro redondo que formaba la pista de baile y se colocó frente a él y, cuando comenzó la melodía, dejó que la guiara al compás de las románticas notas.

CUATRO

Cuando Amélie se fue a bailar con su profesor, Sara respiró relajada por primera vez en toda la noche al poder sentarse en un sillón. Archer se había marchado después de disculparse y ella agradeció con todas sus fuerzas que la hubiera dejado sola. Los zapatos que llevaba, al igual que el precioso traje lavanda, se lo había comprado Amélie para la ocasión con la mejor intención, pero le estaban destrozando los pies. Aprovechando que el largo vestido la cubría convenientemente, se quitó los escaarpines y consiguió evitar, a duras penas, soltar un gemido de placer al hacerlo. Después, alargó la mano hacia la copa de ponche y bebió un sorbo, segura de que lo que sentía en ese momento debía parecerse bastante a la felicidad y recorrió con la vista los numerosos invitados, decidida a disfrutar, mientras esperaba a que Amélie volviera.

La desaparición de la muchacha poco rato antes no le había puesto excesivamente nerviosa, gracias a un suceso ocurrido esa misma semana. Amélie la había convencido para que asistiera a una de las clases que le impartía el maestro Lee, en las que aprendía una técnica de lucha que ambos llamaban kung-fu. Admirada, había observado cómo una muchacha que momentos antes parecía frágil y vulnerable, se transformaba en un arma mortífera, y cuando la hora de clase terminó y maestro y alumna se inclinaron sobre la cintura para saludarse respetuosamente, ella aplaudió, encantada por la demostración.

Gracias a eso, sabía que Amélie podía defenderse de cualquier hombre sin problemas; además, Killian antes de marcharse le había dicho que confiaba plenamente en su pupila y que Sarah no estaba allí para vigilarla, sino para evitar que se sintiera sola o por si era necesario que acudiera a algún sitio acompañada. Estaba tan pensativa que se sobresaltó al escuchar la voz que menos esperaba junto a su oído.

—Buenas noches, Sara. —Giró la cara para mirarlo, esperando haberse equivocado, pero desgraciadamente no era así. Apretó los labios y estuvo a punto de no contestar, pero ya conocía las consecuencias de utilizar ese tipo de comportamiento con él.

—Doctor Perkins. —Inclinó la cabeza como haría una matrona que tuviera al menos veinte años más que ella, apretando los dientes y él hizo igual que ella, mirándola en silencio durante unos segundos, como si no supiera qué más decir.

—Veo que está sola, creía que estaría con la pupila de Killian...

—Volverá enseguida. —No sabía por qué estaba contestando a sus preguntas. Para evitar mantener una conversación indeseada, volvió a coger la taza de ponche y le dio otro sorbo, pero él, como siempre, hizo lo contrario de lo que debería y se sentó a su lado. Desgraciadamente, olía como ella recordaba: a bosque y a tierra, dos olores que le encantaban.

Aidan no solía acudir a ningún baile, solo había ido esa noche con la esperanza de encontrarla. Sabía por Gale que se había ido de su casa y que ahora estaba trabajando en la de Killian para acompañar a Amélie de Polignac. Al menos estaba en Dublín, el lugar donde él vivía habitualmente, excepto cuando visitaba a Gale y su familia, su antiguo hogar. Desde que llegó había buscado un encuentro «fortuito» para explicarse ante ella. Necesitaba cambiar la mala impresión que, con seguridad, le había dejado aquella noche. Tenía que demostrarle que no siempre era tan salvaje, pero ahora se daba cuenta de que para lo que tenían que hablar, era mejor un entorno privado. De todas

maneras, aprovechó que la tenía cerca y disfrutó de su presencia.

Esa noche, Sarah llevaba un vestido de un color suave que resaltaba el color de su piel, ribeteado con una cinta de seda de un tono más oscuro. Sus mejillas estaban menos pálidas de lo habitual, seguramente porque él había «osado» sentarse a su lado sin pedirle permiso.

Desde que se habían conocido, Aidan disfrutaba enormemente provocándola con ese tipo de acciones, porque parecía la única manera de que le hiciera caso. Como había comprado algunos vestidos para algunas «amigas», sobre todo durante su juventud, sabía que el que ella llevaba estaba cosido por una modista cara, ya que conseguía sacar el máximo partido a su generosa figura, aunque a él le parecía que el escote era demasiado bajo. Le encantaban sus pechos, pero no quería que nadie más disfrutara de su vista: hombres, vampiros u hombres lobo como él, le daba igual la especie que fuera. Por eso se había sentado a su lado, inconscientemente pretendía que nadie se acercara a lo que empezaba a considerar como suyo.

Gale le había asegurado que Sarah no tenía interés romántico por nadie. Tanto él como Brianna le habían confesado que creían que seguía enamorada de su difunto marido, pero Aidan estaba seguro de haber interpretado bien las señales que había recibido de ella aquella noche bajo la luna, algo que esta intentaba olvidar a toda costa. Volvió a sentir el mismo impulso que aquella madrugada en Strongbow Abbey: el de llevársela lejos y amarla con todas sus fuerzas, hasta conseguir que desaparecieran la soledad y la tristeza de su mirada. La tentación que sentía de hacerlo fue tan grande que durante unos segundos cerró los ojos intentando tranquilizarse, pero no consiguió nada porque su cercanía lo había excitado tanto que estaba tan duro como una piedra. Y eso que esa noche no había luna llena. Al mirar de nuevo a su alrededor, se dio cuenta de que empezaban a llamar la atención. No podían seguir sentados juntos, en silencio, como si no se conocieran.

—Sarah... —Ella imaginó lo que iba a decir y no creía poder soportarlo, sobre todo, delante de tantos desconocidos, por ese motivo empezó a parlotear de lo primero que se le ocurrió:

—Es una fiesta fantástica, ¿no cree, doctor? —La estaba mirando, pero ella no. Seguía con la mirada puesta en la pista de baile, como si el ver a tantas parejas bailando fuera lo más emocionante que había visto en su vida.

—Sarah —insistió—, mírame, por favor —susurró en lo que parecía un gruñido cariñoso. Obedeció, temiendo que sería peor si no lo hacía—. Solo quiero que lo hablemos.

—No, por favor —murmuró, suplicándole con la mirada—, aquí, no.

—Está bien —él asintió, sabiendo que tenía razón—, entonces, iré a verte a casa de Killian. —Ella, contenta por haber escapado esa noche, estuvo de acuerdo con un murmullo. Le hubiera dicho cualquier cosa para evitar hablar acerca de aquello. Sentía demasiada vergüenza, incluso cuando estaba sola y recordaba su comportamiento. Por eso no soportaba verlo y le hubiera dicho alguna excusa para que se fuera.



Aunque Joel no era tan diestro bailando como Devan, ni por supuesto le hacía sentir lo mismo que Cian, consiguió que disfrutara de la danza y que se olvidara de las miradas curiosas del resto de los invitados, que se preguntaban quién era la belleza que el profesor tenía entre sus brazos.

—Espero que te estés divirtiendo. —El profesor la miraba con gesto comprensivo, casi como si supiera lo que había estado haciendo en el jardín. Aunque eso era imposible.

—Sí. Muchas gracias por invitarme.

—Querida, gracias a ti por embellecer mi casa con tu presencia. —Ladeó la cabeza como si,

repentinamente, una pregunta hubiera acudido a su mente—. Pensé que vendrías acompañada por tu tutor y su preciosa esposa. —Al escucharlo, Amélie se sintió un poco culpable. Tendría que habersele ocurrido que Joel pensaría que Killian la acompañaría. Sabía que se conocían.

—Lo siento. Él y Brianna se fueron de luna de miel hace dos semanas.

—No tenía ni idea. —Su mente inquisitiva hizo sus cálculos rápidamente—. Creía que se había casado hacía bastante tiempo.

—Sí, hace dos años. Pero sus ocupaciones no les habían permitido marcharse. Hasta ahora.

—¿Y quién se encarga de *La Brigada* en su ausencia? —la pregunta, hecha sin maldad, provocó que lo mirara sorprendida. Nadie se había atrevido, hasta ahora, a hacerle ninguna pregunta sobre ese tema. Killian no le había prohibido expresamente hablar sobre ello, pero ella sabía que no debía hacerlo.

—Bueno, no sabría decirle... la verdad... —Miró a su alrededor buscando un cambio de tema rápido, pero su anfitrión se dio cuenta de su metedura de pata.

—¡Perdóname, querida!, he sido terriblemente maleducado. —Su expresión de angustia hizo que Amélie lo perdonara antes de que terminara de hablar.

—No se preocupe, por favor, profesor. No tiene importancia, es solo que...

—No sigas, por favor. Lo entiendo perfectamente. —Cambió de tema drásticamente e hizo un comentario, mordaz y divertido, sobre las tres ancianas que estaban sentadas en un sofá cercano criticando a todos los bailarines que tenían la desgracia de caer bajo su mirada y que provocó que Amélie prorrumpiera en carcajadas.

Poco después, la dejó junto a Sarah que la esperaba de pie. Aidan se había marchado para hablar con unos amigos, aunque le había dicho que volvería, pero ella se había calzado y se había levantado, esperando que Amélie quisiera marcharse temprano. Joel besó su mano y también la de Sarah.

—Querida, espero volver a verte en la universidad.

—Claro que sí. Ya sabe que me gustan mucho sus clases. Esta semana no he podido ir, pero la que viene, volveré. —Sarah asistía al intercambio con una sonrisa tranquila, pero su mirada inteligente se había aguzado al ver el interés del anfitrión por la muchacha.

—Me alegra mucho oír eso, así me aseguro de seguir viéndote, ¿no es una suerte? Espero que dentro de poco me consideres algo más que tu profesor, puede que... ¿tu amigo? —Amélie se sorprendió, pero reaccionó lo más naturalmente que pudo.

—Claro que sí, los amigos nunca sobran. —La sonrisa del profesor se volvió más cálida y, con una última inclinación de cabeza, se marchó.

Las dos mujeres observaron su retirada, hasta que Sarah, murmuró entre dientes:

—¿A qué ha venido eso? —En su opinión, Joel Dixon podría ser no su padre, sino su abuelo, por muy vampiro que fuera.

—No tengo ni idea, me he quedado tan sorprendida como tú. Nunca me había dicho nada parecido. —Se encogió de hombros—. Es posible que su intención solo haya sido mostrarse amable. —Sarah la miró como si supiera que no se lo creía ni ella, pero no contestó—. ¿Nos vamos? Estoy cansada, ¿y tus pies? —Cuando llegaron, Sarah le había dicho que le estaban empezando a molestar los zapatos.

—Estoy deseando llegar a casa para meter los pies en agua caliente con sal. Y te aseguro que no volveré a ponerme esos instrumentos de tortura nunca más. —Amélie rio al escucharla y se marcharon a recoger sus capas.



Al día siguiente, las dos se reunieron durante el desayuno sensiblemente más tarde que el resto de los días. Sarah, que estaba sirviéndose una segunda taza de té, sonrió al ver el entusiasmo que mostraba Amélie con los huevos, aunque no le pasaron desapercibidas las profundas ojeras que habían surgido bajo sus ojos.

—No he conocido nunca a una mujer tan delgada como tú que comiera tanto.

—Es por el ejercicio. Lee dice que es muy importante comer bien para que el cuerpo pueda ejercitarse convenientemente. —Bebió un sorbo de café con leche—. Al principio, comía muy poco y no tenía casi fuerzas, pero hace años que cambié mis hábitos en las comidas y, desde entonces, he mejorado mucho en los entrenamientos. —Sarah estaba echándose mantequilla en una tostada sin mirarla aparentemente, pero no estaba tan distraída como parecía.

—¿No has dormido bien?

—Sí —mintió—. ¿Por qué lo dices?

—Pareces cansada. —Sarah sabía que todavía no la conocía lo suficiente, pero le gustaría que confiara en ella—. ¿Tienes clase hoy?

—Sí, ahora subiré a cambiarme. ¿Quieres unirme a nosotros?

—Hoy no, querida, creo que aprovecharé para escribir unas cartas. Hace mucho que no lo hago y estoy siendo muy maleducada con Lilly y su familia que me escriben todas las semanas. Pero saluda al señor Ping de mi parte, por favor.

—Muy bien, entonces luego nos vemos. —Después de tragar el último bocado del desayuno, se limpió con la servilleta de lino y, dejándola sobre la mesa, se dirigió a su habitación.

Poco más tarde bajaba deprisa las escaleras vestida con su traje de entrenamiento: pantalones y chaqueta de algodón. Los criados no se sorprendieron viéndola con esa indumentaria, ya que Killian era un feroz practicante de artes marciales desde hacía muchos años. De hecho, fue el primer occidental al que Lee había enseñado. Llamó dos veces a la puerta como hacía siempre y esperó. Lee abrió con expresión grave, pero ella no se preocupó, sabía que esa era su expresión habitual. No era demasiado habitual verlo sonreír.

—Buenos días, maestro.

—Buenos días, querida alumna. Pasa y cierra la puerta.

Cuando Killian la llevó a un internado a Francia, después de la muerte de sus padres, envió a Lee poco después para que la protegiera y la enseñara a defenderse, y cuando Amélie volvió de Francia acompañada por Gabrielle, el anciano las siguió semanas más tarde y también se instaló en casa de Killian. Era curioso, pero, desde que lo conocía, no había notado ningún cambio en él; seguía aparentando tener al menos cien años y se movía como un niño de diez.

CINCO

El maestro chino vivía en un pequeño apartamento en el sótano, donde también estaba la sala de entrenamiento, a pesar de eso, casi no se notaba que residía en el mismo edificio que ellos; él mismo se lavaba su ropa y se encargaba de su comida porque, entre otras cosas, se alimentaba casi exclusivamente de fruta y verduras. No comía nada de origen animal porque iba en contra de sus creencias.

Se dirigieron a la pequeña sala que utilizaban para entrenar y Amélie se colocó en el centro, realizando los ejercicios de calentamiento que tenía que hacer antes de empezar. Aunque la finalidad de las clases al principio fue que supiera defenderse, a Amélie le había gustado tanto el kung-fu, que quiso aprender también los principios filosóficos en los que estaba basada este arte marcial, aunque Lee le había dicho que muy pocos conseguían entenderlos.

Su maestro era un hombre muy pequeño, Amélie le sacaba una cabeza, también era enjuto y tenía el pelo y la barba muy blancos. Debía de ser muy anciano, ya que también tenía la piel muy arrugada; siempre iba vestido de negro con pantalones holgados y chaquetas de raso atadas con cordoncillos, y llevaba el pelo recogido en una coleta. Además, calzaba unas zapatillas de tela muy suaves que también le hacía ponerse a Amélie para entrenar, al igual que tenía que llevar pantalones y chaqueta. Sus ojos eran rasgados y oscuros, y su cara nunca dejaba ver sus pensamientos.

Después del calentamiento, Amélie se mantuvo quieta, esperando. Sabía que una de las cosas más importantes que le quedaban por aprender, era esperar lo inesperado, por eso su ataque no la pilló completamente por sorpresa; a pesar de eso, le costó rechazarlo, ya que Lee era increíblemente ágil y conseguía elevarse tanto en el aire y de forma tan rápida que era difícil seguirlo. Para protegerse mejor, la segunda vez optó por utilizar la posición del jinete, pero enseguida se dio cuenta de que fue un error al caer al suelo desplomada por una patada lateral de Lee. Se levantó de un salto e intentó atacar, pero él la rechazó con la posición de las siete estrellas. El bufido enfadado de su profesor y que se alejara de ella sin intención de continuar con la lucha, le dijo suficiente. Se ruborizó, avergonzada por lo ocurrido, sabiendo que tenía razón al estar enfadado. Lee era muy exigente en sus clases, pero solo cuando sabía que podía serlo y la mente de Amélie no estaba en el entrenamiento. Esperó la escueta regañina de su maestro y no la decepcionó. Lo peor era que en esta ocasión, lo que no le había ocurrido nunca que ella recordara, también parecía dolido por su actitud.

—Siéntate. —Obedeció al instante, haciéndolo con las piernas cruzadas, como le había enseñado, y él se dejó caer suavemente frente a ella, a un metro aproximadamente y en la misma posición—. Tu cuerpo está aquí, pero tu espíritu no. Para aprender kung-fu debes entrenar duro con todo tu cuerpo, además de conocer las posturas tan bien que fluyan de ti sin tener que pensarlas; pero nada de eso importa si estás distraída y no respiras bien; recuerda que la respiración es un puente entre la mente y el cuerpo, y una fuente de energía tan importante como la comida.

Lee se mantuvo inmóvil como una estatua, respirando tan lentamente que no parecía hacerlo y mirándola fijamente como si fuera un acertijo de los que tanto le gustaban. Ella se mantuvo callada bajo su mirada, esperando a que terminara antes de poder hablar. Era el respeto que se le debía a un buen maestro.

—No sé qué te ocurre, pero tienes que solucionarlo antes de volver a venir. No quiero que pierdas

tu tiempo y el mío. —Su decepción era visible y, dolida, se atrevió a susurrar:

—Lo siento. —Era reacia a seguir, pero el anciano pareció adivinar lo que ella callaba.

—¿Qué ocurre, pequeña ardilla? —Hacía mucho tiempo que no la llamaba así. Desde que había dejado de ser una adolescente larguirucha y delgada, insegura y algo apocada. Amélie bajó la mirada decidida a no llorar. Ella no era así, no lloraba a la primera de cambio, al contrario. Por eso cerró los ojos y respiró, como Lee le había enseñado. El movimiento que sintió junto a su brazo derecho le informó de que el anciano se había acercado un poco a ella. Se quedó sentado a su lado, esperando, y ella sabía que estaría así las horas que fueran necesarias. Eso la decidió.

—Hace dos años, conocí a un hombre. —Ella misma estaba sorprendida de que Lee fuera el primero al que se lo estuviera contando. Esperaba que dijera algo, pero no lo hizo y continuó—: Y, bueno... me atrae... mucho, creo que podría enamorarme de él, por eso decidí dejar de verlo. —Se mordió el labio por dentro para no seguir hablando. Estaba muy cerca de mostrarse tan patética como se sentía.

—¿Sabes por qué me recuerdas a una ardilla? —sus palabras la sorprendieron y lo miró pensando qué tenía eso que ver con lo que le había dicho. Pero esperaría porque, cuando Lee parecía desvariar más, al final todo tenía sentido.

—No, aunque te lo he preguntado varias veces, nunca has querido explicármelo.

—Cuando te conocí me recordaste a una ardilla, lista y curiosa, aunque estabas muy asustada. Killian tenía razón al creer que el kung-fu podía ayudarte, pero lo que intento enseñarte no es a ser la mejor en una pelea, sino a que encuentres la armonía entre tu cuerpo, mente y espíritu, ese es el camino del guerrero. No existe traducción en tu idioma para esta forma de vida, pero si buscara una, no sería la que dais vosotros: una mezcla de artes marciales de más de dos mil años —se burló con una pequeña sonrisa—, para mí, el kung-fu es un arte y mucho más. Pero lo que significa para ti será distinto porque nuestro camino no es el mismo —suspiró al ver su cara—. No puedo andar tu camino por ti, ardilla, ni sería justo que lo hiciera. Solo puedo decirte que «un hombre con coraje exterior se atreve a morir, pero un hombre con coraje interior, se atreve a vivir».

—Lao Tse. —Reconoció la cita por los libros taoístas que había leído—. ¿Quieres decir que me deje llevar por lo que siento?

—Si no tienes paciencia para esperar a que el barro se asiente y el agua se aclare, sí. Ir en contra de tu corazón hace que derroches tu energía en una lucha interior que no podrás ganar. Recuerda cómo actúa el agua. Primera lección. —Ella entornó los ojos, recordando.

—Debo realizar la acción sin esfuerzo, gastando poca energía, como el agua. Si me muevo con fluidez como el agua, desgastando la roca poco a poco, seré capaz de destruirla.

Lee asintió lentamente, y entonces, inexplicablemente, al ver cómo la punta de su larga y algodonosa barba blanca rozaba su pecho al inclinar la cabeza, Amélie se sintió un poco mejor. Tenía razón, había olvidado que lo más importante de todo era adaptarse, pero debía aplicarlo correctamente a su situación.

—Tengo que pensar.

—No mucho, ardilla. Mejor no pienses tanto —contestó con un movimiento negativo de la cabeza, como si pensara que ese era su principal problema.

Conteniendo una carcajada, se levantó, despidiéndose de él respetuosamente y se marchó sintiéndose más ligera. No se había dado cuenta de cuánto había echado de menos que la llamara ardilla.

Poco después, recibía una nota de Cian en la que le pedía que acudiera esa tarde a La Posada del Rey, un parque que estaba a medio camino entre su casa y el club Enigma. Tardaría cinco minutos

escasos andando, por eso decidió ir hasta allí sola y no coger el carruaje. Se escabulló un poco después de tomar el té con Sarah, a la que le dijo que iba a la biblioteca a seguir leyendo un libro que estaba muy interesante. James, el mayordomo de Killian, fue el único que la vio salir y, a pesar de su edad, fue increíblemente rápido para llegar antes que ella a la puerta, ante la que se colocó. Ella arqueó una ceja y explicó:

—Volveré dentro de un rato, James. —Él seguía sin moverse, como si no hubiera escuchado nada y ella apoyó la mano en el picaporte tozudamente, pero el mayordomo parecía haberse quedado paralizado de repente—. James, tengo que salir —insistió.

—Creía que ibas a leer en la biblioteca. —Ensayó con él su mirada más fulminante, pero no pareció afectarle lo más mínimo—. Me temo que tendrás que ensayar ese gesto, no asusta tanto como cuando lo hace Killian. —Era demasiado listo y, que la conociera desde pequeña no ayudaba, claro. Decidió ser sincera porque no quería llegar tarde; además, sabía que estaba siguiendo las órdenes de Killian de protegerla.

—He quedado con Cian Connolly y tengo que ir sola.

—Por supuesto. Te agradezco que me informes de tus planes, aunque no tienes ninguna obligación de hacerlo —carraspeó como si se sintiera incómodo, aunque ella sabía que era mentira. Tendría que haber sido actor—. Imagino que una... reunión como esa tendrá una duración de ¿una hora?

—James, no sé cuánto tardaré, pero no creo que sea demasiado —él asintió solemnemente, reconociendo dónde estaba su límite y se apartó con elegancia.

—Por supuesto, señorita, que lo pase bien. —Ella puso los ojos en blanco ante la desfachatez del hombre, pero no podía perder tiempo discutiendo. Cuando consiguió salir, se dio cuenta de que llevaba la hora justa para llegar al estanque de los patos, donde Cian la había citado, siempre y cuando se diera prisa.

La esperaba fumando y observando el camino por el que Amélie llegaría; afortunadamente ella, en la curva anterior antes de que pudiera verla, había dejado de correr; a pesar de eso, cuando llegó a su lado estaba casi sin respiración.

—Hola. —Se pasó la mano por la frente, estaba sudando. Él tiró el cigarro y la observó con curiosidad.

—¿Por qué has venido corriendo?

—James no me dejaba salir. Se me ha hecho tarde y era más rápido venir andando que coger el carruaje. —Por algún motivo sus palabras no le gustaron.

—¿Quién es James? —Ella puso los ojos en blanco.

—El mayordomo. ¿Nos sentamos? —Prefería no hablar a la vista de todo el mundo—. Hay un banco un poco más allá bastante discreto. —Él la siguió con el ceño fruncido.

—¿Por qué consientes que un mayordomo te controle? Además, no debes salir sola de casa. Luego te acompañaré y hablaré con él.

—No. —Se sentó en el banco y él hizo lo mismo, a su lado—. James no es un mayordomo cualquiera, colaboró con Killian en *La Brigada*. Fue detective de policía y cuando se jubiló, comenzó a trabajar con Killian. Es de la familia.

—Comprendo. —Él también consideraba a Devan de su familia. Amélie, que había conseguido empezar a respirar normalmente, se dio cuenta de que las aletas de la nariz de Cian se movían igual que las de los caballos de carreras antes de una competición, como si estuviera muy nervioso. Antes de que se diera cuenta se había inclinado hacia ella para robarle un beso, corto, pero intenso que la dejó sorprendida y queriendo más—. ¿Qué te pasa? —le susurró.

—Es tu olor, no puedo controlarme. No sé qué es, pero... —Movié la cabeza incapaz de explicar

algo que él mismo no entendía. Amélie sintió cómo se ruborizaba y se miró las manos, confundida.

—Bueno... querías que habláramos, ¿no? —Él sonrió irónicamente al comprobar que ella era más capaz que él de mantener la cabeza fría, e intentó «enfriar» su ánimo.

—Sí, tenía que habértelo dicho ayer, en realidad para eso fui a la fiesta, pero... bueno, ya sabes lo que pasó. Ha ocurrido algo que tengo que contarte: hace dos días asesinaron a Wilson Cox y a su familia.

—¿El ministro? —el susurro asustado de ella le dijo que era consciente de lo preocupante de la noticia.

—Sí.

—No he leído nada en la prensa.

—Mañana saldrá en los periódicos, aunque creo que la versión oficial es que fueron unos ladrones.

—¿Y no es así? —El miedo que vio en su mirada le preocupó.

—No, fue un grupo de vampiros, aunque Fenton me ha dicho que todavía no tienen pistas. —Ella se volvió a mirar hacia el lago, repentinamente pálida y murmuró para sí misma:

—Tengo que hablar con él para que me diga lo que sabe.

—Vino al club y le dije que yo te lo contaría; los dos estuvimos de acuerdo en que, de ahora en adelante, tienes que ir acompañada a todos lados. —La mirada de Amélie se volvió suspicaz.

—¿Qué le has dicho? —Cian se quedó rígido, ofendido por la insinuación.

—Solo que iba a verte y que me encargaría de hablar contigo.

—Ya. Creo que iré a verlo para que me lo cuente todo. —Detestaba la sospecha que había aparecido en su mente y esperaba que no fuera cierta.

—No quiero que te mezcles en los asuntos de *La Brigada* —ordenó. Se quedó atónita porque se atreviera a decirle algo así.

—Pues es una pena —la boca de Amélie se torció en una mueca sarcástica—, porque voy a hacer lo que yo quiera.

—No —insistió.

Ella se levantó, dispuesta a marcharse, pero Cian, agarrándola por el brazo, la forzó a sentarse de nuevo. Amélie abrió la boca para decirle cuatro cosas, pero él se le adelantó:

—Te lo prohíbo y, si no me haces caso, te llevaré a mi casa y te dejaré encerrada hasta que vuelva Killian y sea él el que se asegure de tu protección. Y no es una broma. —Aún la tenía cogida del brazo y un vistazo a sus ojos que estaban cogiendo un inconfundible tono rojizo, le dijo que en ese momento era imposible discutir racionalmente con él. Olvidándose de la decisión que había tomado después de hablar con Lee, se revolvió hasta que consiguió que le soltara el brazo y se levantó:

—¿Eso era todo lo que tenías que decirme? —Él también se puso en pie.

—No, siéntate de nuevo —haciendo un esfuerzo terminó con un—: Por favor.

—Lo siento, pero tengo que volver a casa.

—Te acompaño.

—No es necesario.

—Vamos. —Sin hacerle caso, cogió la mano derecha femenina y la colocó sobre su brazo y comenzaron a caminar juntos, rodeados por un tenso silencio, hasta llegar a la casa de Killian y Gabrielle, con quienes ella vivía. Él esperó hasta que abrieron la puerta, y antes de darse la vuelta, ordenó—: Lo he dicho en serio, Amélie. Son muy peligrosos. No te atrevas a salir sola. —Dándose la vuelta, se marchó y ella entró en la casa con ganas de estrangular a alguien. James, que había sido testigo de todo, ocultó una sonrisa mientras cerraba la puerta.

—Espero que haya sido un paseo agradable.

—No estoy para bromitas, James. —Subió la escalera muy enfadada, decidida a no volver a quedar con él nunca más.

La sonrisa de James afloró cuando ella no pudo verlo. Más tarde hablaría con Lee sobre lo que acababa de presenciar. Sabía que el maestro se quedaría más tranquilo al conocer quién era el que provocaba que la muchacha, últimamente, estuviera tan distraída. Los dos estaban preocupados por ella y solían hablarlo algunas tardes cuando se reunían para tomar una taza de té.

SEIS

El edificio donde se encontraba el club Enigma había albergado, décadas atrás, una de las destilerías de *whisky* más antiguas de Irlanda. Estaba construido con unos ladrillos grises cuyo color se había desgastado con el tiempo, pero su aspecto anodino se veía modificado con unas grandes y llamativas ventanas rojas que se habían convertido en el símbolo del edificio. El interior llamaba la atención porque mantenía, en parte, su aspecto industrial. Los techos superaban los cuatro metros y estaban sostenidos por unas pesadas vigas de madera oscura, remachadas con gruesos refuerzos metálicos de hierro.

Lo primero que había al entrar era un mostrador donde una empleada atendía a los recién llegados; a continuación, se accedía a un pasillo por el que se llegaba al restaurante que era el único lugar al que podían acceder los que no eran socios. Al final del pasillo, en la sala más grande de todo el club, se encontraba la biblioteca donde se podían consultar más de 10000 volúmenes que ayudaban a entender la historia vampírica y sus costumbres y, junto a ella, estaban el despacho de Cian y el de Devan. A la derecha, en un anexo que se había construido recientemente, estaba la cocina. La sala de entrenamiento de esgrima, la de boxeo y los dormitorios de los empleados estaban en el sótano y en la planta superior, la vivienda de Cian.

Esa mañana, él atravesó rápidamente la recepción y el pasillo, contestando escuetamente a los saludos de un par de conocidos con los que se había cruzado. Por el rabillo del ojo vio que el restaurante estaba lleno; había sido un acierto abrirlo más temprano por las mañanas, algunos socios estaban tomando una pinta con un invitado y otros leían el periódico tranquilamente mientras desayunaban. Continuó andando hasta llegar al despacho de Devan y echó un vistazo dentro, pero estaba vacío y se acercó a preguntar a la bibliotecaria:

—Kristel. —Como siempre, estaba rodeada de pergaminos; ni siquiera se había dado cuenta de que había llegado, a pesar de que había estado delante de ella, observándola, desde hacía unos segundos, aunque ya no lo sorprendía la afición tan vehemente que esa mujer mostraba por los documentos antiguos. Finalmente, al escuchar su nombre, lo miró y se puso en pie, algo alarmada.

—¡Buenos días, señor Connolly!, ¡no lo había visto!

—Buenos días, ¿sabe dónde está Devan?

—Ha bajado al sótano. Al parecer, ha habido un... —tardó un instante en encontrar la palabra que consideraba más adecuada— incidente entre dos socios que han decidido solucionar boxeando — Cian asintió y se dio la vuelta para dirigirse a las escaleras que lo conducirían al piso inferior.

Se encaminó directamente al cuadrilátero donde dos de los socios más antiguos, Parker y Andrews, se estaban pegando una paliza. Devan asistía al combate, como árbitro, con cara de aburrimiento y cuando lo vio se encogió visiblemente de hombros. Cian se colocó en la esquina más próxima a su amigo y esperó hasta que en un descanso de la pelea pudo acercarse. Poniéndose en cuclillas y agarrado a las cuerdas que bordeaban el cuadrilátero, preguntó:

—¿Pasa algo?

—Tengo que hablar con Al y Buck. —Si a Devan le llamó la atención que preguntara por los dos empleados más camorristas que tenían, no dijo nada.

—Están en la parte de atrás. El camión acaba de llegar. —Después, Devan volvió a su labor de

árbitro y Cian salió para dirigirse al callejón que había en la parte trasera del edificio. Diariamente un camión traía comida y bebida para el restaurante; Al y Buck tenían órdenes de estar presentes en la descarga para evitar otro robo como el que habían sufrido semanas atrás.

Los encontró junto al camión discutiendo entre ellos, como siempre. Al parecer, ser gemelos no tenía por qué significar llevarse bien.

—¿Os queda mucho? —Cuando lo vieron, se quedaron callados. En respuesta a su pregunta, Al movió la cabeza negativamente, pero fue Buck el que contestó:

—No, ya están acabando.

Un par de minutos después, los empleados de la cocina ya habían metido todo y el camión se marchaba. Ordenó a los gemelos que lo acompañaran y, pasando junto al cocinero y los pinches que estaban empezando a colocar todo, los llevó hasta su despacho. Al pasar junto al de Devan vio que estaba hablando con la muchacha de recepción y al ver su cara, supo que tenía algún problema, pero fuera cual fuese, lo solucionaría lo mejor posible y luego se lo contaría.

Se sentó en su sillón con un suspiro.

—Sentaos y escuchadme bien. Esto que os voy a pedir es muy importante para mí: tenéis que vigilar a Amélie, la pupila de Killian, ¿sabéis quién es? —El tonto de Buck, que a veces parecía tener ganas de que le retorcieran el cuello, contestó:

—¡Como para no saberlo! ¡Tiene un culo que...! —Se calló abruptamente al sentir la dolorosa patada que le dio su hermano en el tobillo. Cuando se giró hacia él decidido a devolvérsela y vio su expresión, se dio cuenta de que había metido la pata hasta el fondo y pidió disculpas. Aunque no sabía por qué las pedía, la mirada de su jefe le dijo que acababa de jugarse algo más que su trabajo—. Lo siento, Cian. He hablado sin pensar. —Cian se calmó un poco al escuchar la disculpa y se frotó la tensa nuca deseando que sus sentimientos no fueran tan fuertes, así todo sería más fácil. Cuando pudo contestarle sin lanzarse a su garganta, lo hizo:

—Buck, si vuelves a hablar así de ella, te arrancaré la lengua. —Buck tragó saliva ostensiblemente y asintió varias veces para que supiera que lo había entendido, incapaz de hablar—. Bien. Ahora mismo, iréis a su casa y empezareis la vigilancia. Me da igual como lo hagáis o que salga a la calle con un criado o con quince, vosotros iréis detrás. Mañana, Jack y Ted habrán vuelto y podrán sustituirlos. Y si le ocurre algo que se salga de lo normal, lo que sea, quiero que me aviséis inmediatamente.

—¿Y si está en peligro? —Cian dudó. Al y Buck, a pesar de ser fuertes como toros, eran humanos y no tenían nada que hacer frente a un par de vampiros.

—Uno de vosotros se quedará con ella para protegerla hasta que yo llegue y el otro vendrá corriendo a buscarme. Esta es la dirección de su casa. Iros ya. —Garabateó la calle y el número en un papel y se lo dio a Al.

—Jefe, no te preocupes. Nos bastamos para deshacernos de quien sea. —Al le dio un codazo a Buck, ya que siempre sería un bocazas.

—Haced lo que os he dicho, y Al —advirtió al listo de los dos—, en este asunto no voy a aceptar ninguna equivocación. —Su mirada provocó que los dos palidieceran y que se apresuraran a salir del despacho, después de asegurarle que no se preocupara.

Cuando habían recorrido unos metros de pasillo, escuchó cómo Al le echaba la bronca a su hermano y él volvió a masajearse la nuca. Tenía una mala sensación.

—¿Qué querías de esos dos? —Devan se sentó frente a él sin pedir permiso, como hacía siempre. Había un gesto burlón en su rostro que le dijo que ya conocía la respuesta a su pregunta y que venía a regodearse.

—Que vigilen a Amélie. —Su amigo chasqueó la lengua, repentinamente serio.

—¿Temes algo? —Cian asintió con sequedad y se reclinó en la silla. C cogió un abrecartas muy antiguo que siempre tenía a mano y acarició la punta con el índice derecho.

—No es nada concreto, pero siento que va a pasar algo. Creo que lo del ministro solo ha sido el comienzo. —Devan se sorprendió al ver el miedo por primera vez en los ojos de su amigo

—Pero ella no tenía relación con esa familia, ¿no? —Cian suspiró.

—No, pero no puedo evitar el sentimiento de que Amélie está en peligro. También he mandado a Jack y Ted a hacer algunas averiguaciones en mi antiguo barrio y, de momento, no se me ocurre qué más puedo hacer. —De repente, recordó que había visto a Devan con Daisy, la chica que estaba en la entrada, un poco antes.

—¿Ha pasado algo en la recepción? —Devan sonrió porque nunca se le pasaba nada.

—Nada importante. Archer ha vuelto a venir y ha insistido en hablar contigo. Quiere entrar como sea en el club. He hablado con él y le he dicho que tú no tratas esos temas y que este año no podemos admitir ningún socio más.

—¿Se lo ha tragado?

—Por supuesto que no. —Se rio por lo bajo—. Se ha puesto rojo como un pavo y ha dicho que no lo entendía; a continuación, me ha soltado un discurso sobre su genealogía. —Movi6 la cabeza a los lados con expresi6n de fastidio—. Es un chico muy aburrido. Le he dicho a Daisy que tiene mi permiso, si se vuelve a poner pesado, para avisar a cualquiera de los muchachos y que lo eche del club.

—Bien hecho.

—No entiendo por qu6 le tienes tanta manía. Es de buena familia, pagaría la cuota sin problemas y parece educado. Tonto, pero educado. Y, adem6s, da la impresi6n de ser limpio. —Era evidente que su amigo quería provocarlo. Los dos sabían que no lo admitía en el club porque era uno de los pretendientes de Amélie, que la perseguían en todas las fiestas a las que acudía.

—¿Te crees muy gracioso? —A su pesar, Devan consigui6 que sonriera.

—No, no lo creo. Sé que lo soy —se levant6—, pero me temo que vas a tener que prescindir de mi entretenida presencia. Tengo que ponerme con esos libros que tanto te gusta tener al día, desgraciadamente. Pero, antes, ¿c6mo va lo tuyo con esa chica?

—No lo sé.

—Me encanta ver al gran Cian Connolly sufriendo por una mujer, para variar.

—Eres un cabr6n. —Lo miraba como si estuviera deseando pegarle y seguramente así era, pero los distrajo la voz de Daisy que venía acompañada por una visita inesperada.

—Señor, ha venido a verlo... —Lorna Khan, la dueña del prostíbulo más lujoso de la ciudad y la que se decía que era la vampira más hermosa de Dublín, apart6 a la muchacha y entr6 en el despacho sentándose en la silla que Devan había dejado libre. Cuando lo hizo, se quit6 el abrigo para que se viera el vestido negro de tirantes que llevaba debajo. Era tan fino que se le marcaban los pezones evidenciando su falta de ropa interior. Movi6 desvergonzadamente su larga melena rubia y, viendo que había conseguido la atenci6n de los dos vampiros, respir6 profundamente para que sus pechos sobresalieran más. Después, sonrió provocativamente.

—Hola, chicos —ronrone6. Sus preciosos ojos oscuros examinaron el cuerpo de Cian evocando los buenos momentos que habían pasado juntos.

Devan, con una mirada de simpatía dirigida a su amigo, cogió a Daisy del brazo y la sac6 de allí, asegurándose de que la puerta quedaba bien cerrada.

Cian sintió ganas de golpearse a sí mismo por no haberse marchado hacía rato del club cuando había sentido ese hormigueo en la nuca. Mir6 a Lorna sintiendo sinceramente que su relación hubiera terminado tan mal, pero ella no había permitido que siguieran siendo amigos.

—Hola, Cian. Siento decirte que estás más atractivo que nunca. —Se relamió al recordar el sabor de su sangre, enfadada porque se le hubiera impedido disfrutar de ese placer.

—Lorna... —aunque el tono con el que dijo su nombre era de advertencia, ella entrecerró los ojos preguntándose si tendría alguna oportunidad, a pesar de todo. Cian odiaba lo que le obligaba a hacer — ya te he dicho que se acabó. Estoy enamorado de otra, he encontrado a mi velisha.

—¿Sigues encaprichado de la humana que adoptó Killian? —su tono de desprecio lo crispó, aunque intentó disimularlo.

—Eso no es asunto tuyo. —Estaba harto de esa situación—. Hace dos años que no hay nada entre nosotros. No sé qué haces aquí, por lo que sé, has seguido con tu vida. —Su mohín dejaba ver que la referencia a sus numerosos amantes no le había gustado, pero era la verdad—. Vete, Lorna. Deseo que todo te vaya muy bien, pero no quiero volver a verte.

De repente, ella empezó a llorar y Cian, asombrado, no supo qué decir. Era la primera vez que la veía así. Se inclinó hacia ella, susurrando su nombre y sintiéndose culpable.

—Lorna... —Se irguió en la silla secándose las lágrimas avergonzada por su debilidad.

—¡Es que no entiendo lo que ha pasado! Nos divertíamos mucho, ¿no es verdad? —Él se mantuvo en silencio—. ¿Por qué tuviste que fijarte en esa frágil humana? Nunca podrá darte lo mismo que yo, ¿es que no recuerdas el sabor de esto? —Se señaló la vena del cuello que latía acelerada y él apartó la mirada, odiándose por haber permitido que la situación se descontrolara de ese modo. Se levantó, triste por ella. Ahora entendía lo que era estar enamorado de verdad y no quería ni imaginarse que algún día Amélie pudiera llegar a sentir por él, la lástima que él estaba sintiendo en ese momento por su antigua amante.

—Es mejor que te vayas, te acompañaré a la puerta.

Lorna, furiosa e indignada, aspiró hondo antes de soltar un alarido que hizo temblar el cristal biselado que había en la puerta del despacho. Cian la conocía muy bien y sabía que, cuando perdía los papeles, era imposible razonar con ella por lo que, agarrándola con fuerza de la mano, tiró de ella hacia la entrada. Ella se resistió todo el camino insultándolo a voz en grito y provocando que varios de los socios salieran de la cafetería y se quedaran atónitos, observando cómo el poderoso dueño del Enigma echaba a su antigua amante, la prostituta más famosa de Dublín, del club.

Los gritos de Lorna Khan estuvieron a punto de perforar los tímpanos de los presentes, pero Cian no abrió la boca en todo el camino; simplemente, siguió tirando de ella hasta que consiguió su propósito y la echó del edificio. Cuando salieron a la calle, antes de soltarla, se acercó lo suficiente para que solo ella escuchara lo que iba a decir:

—Lorna, es la última vez que te lo advierto. Sigue con tu vida y olvídate de mí. —Ella se revolvió furiosa hasta que la soltó.

—¡Me las pagarás! ¡Tú, y esa puta enclenque! —Los ojos de Cian se transformaron en un par de brasas rojizas que prometían el infierno.

—¡Si me entero de que te has atrevido a mirarla, te arrancaré los ojos! —Lorna, por fin asustada, tropezó al retroceder y, después de una última mirada a su cara, corrió hacia su carruaje. Poco más tarde el vehículo desaparecía al doblar la esquina de la calle Stoneybatter y Cian volvió a entrar en el edificio después de hablar un momento con Tim, el empleado que tenía en la entrada del club.

Devan lo estaba esperando en el pasillo con las manos en los bolsillos. Se había encargado de que todos volvieran a ocuparse de sus asuntos y, cuando vio que estaban solos, Cian le comunicó la decisión que acababa de tomar:

—Le he dicho a Tim que no vuelva a dejarla pasar. Encárgate de que lo sepan todos los demás — Devan asintió.

—Tienes un verdadero problema con esa vampira. No se da por vencida, amigo.

—Lo sé, pero conseguiré que me deje en paz, sea como sea. No voy a arriesgar mi futuro con Amélie por su culpa —gruñó, antes de volver a sus asuntos. Esperaba poder trabajar algo el resto del día para que no fuera un desastre total.

SIETE

Amélie estaba tomando la segunda taza de café para hacer tiempo, pero Sarah seguía sin bajar. Entonces, se levantó para buscar a James.

—¿Has visto a Sarah? —el mayordomo asintió.

—No, pero Mary, la doncella, me ha dicho que le ha llevado una infusión para la jaqueca. Al parecer, ha pasado mala noche. —Amélie frunció el ceño decidiendo qué debía hacer—. ¿Quieres que Mary la avise? —James sabía que tenía planeado ir a la universidad y que Sarah tenía que acompañarla.

—¡Ni se te ocurra!, pobrecilla. Cuando tiene jaqueca se pone muy enferma. Será suficiente con que me acompañe Tom. —James negó con la cabeza.

—No, Tom no podrá protegerte si ocurre algo, bastante tiene con guiar a los caballos. Te acompañará uno de los lacayos, quizás Roberts. Voy a ver si sigue aquí, creo que la cocinera se lo ha llevado al mercado para que le ayudara con la compra.

—De acuerdo, mientras, voy a subir por si Sarah necesita algo.

Llamó suavemente a la puerta y entró cuando escuchó su débil voz diciéndole que pasara. La habitación estaba casi totalmente a oscuras, pero pudo ver la silueta de Sarah intentando incorporarse en la cama, aunque no pudo aguantar la postura y volvió a dejarse caer sobre la almohada con un gemido. Amélie se acercó a la cama, arrepentida por haberla molestado. Tenía que haber dejado que siguiera descansando.

—¡No, no te muevas! Por favor, Sarah —musitó—. Solo quería saber si podía ayudarte. Deberíamos avisar al médico.

—No, ya sabes que no sirve de nada... el médico de mi pueblo me dijo varias veces que lo único que funciona en estos casos es el descanso. Siento ser una molestia, querida.

—No te preocupes —pero a la luz que entraba por el pasillo vio sus ojeras y lo pálida que estaba y decidió a no hacerle caso—, tranquila. Entonces me voy y te dejo descansar.

Bajó las escaleras quitándose el sombrero. James estaba esperándola en el vestíbulo.

—Hay que llamar al médico. No me gusta su aspecto.

—¿Llamo al doctor Hobson?

—No, creo que Aidan ha vuelto. Mejor que sea él, además, seguro que se conocen. —James observó que dejaba el sombrero y los guantes en la entrada.

—¿No vas a ir a la universidad? —Ella se lo quedó mirando, indecisa.

—No me parece bien irme sin saber qué dice el médico.

—No te preocupes, vete. Si necesita algo, yo me encargaré. —Amélie estaba deseando volver a la universidad. Le gustaban las clases.

—¿En serio? —James sonrió mostrando su encanto. Era más bajo que ella, regordete, y debió de ser muy rubio en su juventud porque todavía tenía algún mechón amarillento en su pelo canoso.

—Claro. Márchate o llegarás tarde, yo me ocupo de todo. Roberts os acompañará, ya ha vuelto del mercado.

—Estupendo, pues enseguida estoy. —James se marchó a ordenar que prepararan el carruaje y ella terminó de arreglarse.

En el último momento decidió meter su *hambó* en el suelo del carruaje y días después se dio cuenta de que esa decisión, aparentemente intrascendente, le salvó la vida.

Estaban llegando al puente que los llevaría al otro lado del río Liffey, en la avenida Ormond, cuando el carruaje se detuvo de repente y Amélie escuchó gritar a Tom, el conductor, que parecía discutir con alguien. Momentos después, volvieron a ponerse en marcha, pero enseguida algo los hizo detenerse bruscamente y desde dentro del coche se escucharon gritos y ruido de pelea, por lo que se bajó con el bastón.

Habían dejado atrás el puente y se encontraban en un callejón donde Tom y Roberts peleaban con tres hombres que parecían a punto de acabar con ellos. Se unió a la refriega y en cuanto pudo ver de cerca a los atacantes, se dio cuenta de que eran vampiros. Sabía que ganar era casi imposible, pero lucharía como una tigresa.

Se colocó junto a Tom lo más deprisa que pudo a pesar de ir con faldas, y levantó el bastón colocándose en posición de ataque. Lanzó el primer golpe sobre la muñeca del vampiro más cercano y se movió con rapidez para evitar su contragolpe; atacó al siguiente y fue moviéndose en círculo aprovechando el elemento sorpresa, aunque solo pudo hacerlo durante unos segundos, porque dos de ellos dieron un salto imposible para un humano para luchar contra ella.

Le llamó la atención que todos los vampiros llevaban las caras tapadas e iban completamente vestidos de negro. Entre golpe y golpe, un desconocido apareció a su lado, un humano moreno con los ojos azules y la constitución de un buey, que le sonrió con simpatía.

—He venido a ayudarla.

—Pues para ti el que tienes más cerca —él asintió y lanzó todo su cuerpo contra el vampiro pillándolo desprevenido y haciéndolo caer. Aprovechando la diferencia de peso a su favor, se sentó sobre su tripa y comenzó a molerlo a puñetazos metódicamente, procurando de esa manera que no utilizara su fuerza sobrehumana.

Amélie, asombrada por la forma de pelear del humano, no vio venir el golpe que le dio su atacante en la cara y que fue tan fuerte que la derribó. Entonces el vampiro se lanzó sobre ella, pero Amélie consiguió darle una patada en la tripa, arrojándolo dos metros hacia atrás, lo que le dio un poco de tiempo para levantarse. Negándose a sentir el dolor del pómulo, a pesar de que sabía que más tarde le dolería como un demonio, volvió a ponerse en posición y comenzó a repartirle golpes constantes y los más certeros posibles en los lugares más dolorosos que encontraba a su alcance.

Sintió un cambio en su espalda y, en un vistazo rápido, vio que Tom había caído, por lo que Roberts ahora luchaba contra tres y ya cojeaba y sangraba por varias heridas. Redobló sus esfuerzos contra su enemigo, hasta que consiguió tumbarlo después de una serie de golpes continuos al estómago y a las zonas más delicadas de un hombre, y cuando se aseguró de que no se podría levantar en un rato, se volvió para ayudar. El desconocido humano que la estaba ayudando a ella, seguía peleando con el suyo, aunque ahora parecían estar en igualdad de condiciones.

Acababa de darse la vuelta cuando Roberts cayó, debido a una cuchillada.

—Sois unos cerdos —les dijo con desprecio. No había nada que le disgustara tanto como la falta de deportividad. Los vampiros se miraron entre ellos, incrédulos porque se hubiera atrevido a insultarlos. Y el que estaba más a su derecha, ordenó a los demás:

—Dejadme a esa puta a mí. —De repente, un rugido aterrador surcó el aire haciendo que todo se detuvieran.

Amélie nunca había escuchado algo parecido a ese sonido, pero supo que no debía tener miedo. Su intuición le dijo que quien había emitido ese grito inhumano, no le haría daño, al contrario. Y tenía razón, porque antes de que se diera cuenta, Cian había aparecido de la nada y se había interpuesto

entre ella y sus agresores. Detrás de él llegó corriendo el gemelo del desconocido que la había ayudado, y que se dispuso a atacar al vampiro que llevaba el cuchillo, pero Cian lo detuvo:

—¡No, déjalo! ¡Ese es mío! —El gemelo escogió al de la izquierda y ella miró al que estaba en el centro, con una sonrisa irónica:

—Me temo que solo quedas tú. —Él rio con desprecio y sacó otro cuchillo similar al de su colega, lanzándose sobre ella, a la vez que gritaba intentando amedrentarla, pero Amélie bloqueó su ataque golpeándolo con fuerza en el brazo que había levantado para clavarle la daga. El sonido que escuchó le confirmó que le había roto un hueso; no era una herida grave, pero hasta un vampiro necesitaba un poco de tiempo para recuperarse de algo así, y este se retiró de la pelea maldiciendo y salió corriendo del callejón hacia la calle principal. Lo siguió con la mirada, pero se distrajo al escuchar un crujido muy desagradable. Cian había roto el cuello de su oponente y le había quitado la máscara.

—¿Lo conoces? —contestó negativamente, pero siguió mirándolo, sorprendida por la juventud del muchacho, cuando sintió un fuerte dolor en el costado.

—¡Ay! —Cogiendo el *bambo* con la izquierda, se llevó la derecha al costado encontrando el mango de un cuchillo que sobresalía de la carne. De la herida había empezado a salir un hilo de sangre que resbalaba por la falda y caía hasta el suelo.

—¡Maldita sea! ¡Al, acaba con ese! —Cian señaló al vampiro que le había lanzado la daga a Amélie y la cogió en brazos, teniendo cuidado de no tocar la herida. El gemelo terminó rápidamente el trabajo, cortándole el cuello y eso fue lo último que ella vio antes de desmayarse.



Cuando a Aidan le dijeron que tenía un aviso de casa de Killian se le aceleró el corazón, y fue peor cuando supo que la que estaba enferma era una de las mujeres. Corrió como un poseso sin importarle que nadie lo viera, hasta llegar a la puerta de la mansión y llamó con el aldabón tres veces. La sonrisa burlona de James al verlo, le dijo que sabía más de lo que debería. Era un viejo amigo al igual que Killian.

—Buenos días. Ya me imaginaba que te darías prisa en venir, pero no que lo harías corriendo. Pasa. —Aidan dejó el maletín sobre la silla que había en la entrada y se quitó el abrigo, entregándoselo.

—Hola, ¿quién es la enferma? —James se puso serio.

—La señorita Brown. Tiene jaqueca.

—¿Suele tenerlas?

—Creo que sí, eso me ha dicho Amélie antes de salir. Quería quedarse hasta que vinieras, pero le he dicho que no hacía falta. Mejor si estáis solos, ¿no? —el gruñido de Aidan provocó que volviera a sonreír—. No hace falta que te diga dónde está. Guíate por tu olfato.

—Eres muy gracioso —musitó Aidan.

Subió los escalones de dos en dos y giró a la izquierda, dirigiéndose a la habitación que había al final del pasillo. James tenía razón al decir que no necesitaba que le dijera dónde estaba, desde que había atravesado la puerta de la entrada hubiera podido encontrarla con los ojos cerrados.

Abrió la puerta del dormitorio y la cerró en cuanto entró, intentando que la luz no la molestara. Sus ojos, al contrario que los de los humanos veían bien en la oscuridad y se acercó a la cama sin titubear. Sarah respiraba intranquila, aunque parecía estar dormida. Rozó la suave piel de la mano que estaba sobre las sábanas y ella se despertó, dándose cuenta de que no estaba sola, aunque tenía la cara tapada por el brazo izquierdo en un intento, quizás, de protegerse de la luz.

—¿Quién está ahí?

—Soy yo, tranquila.

Se sobresaltó al reconocer su voz.

—¿Aidan?, ¡vetel! —Se cubrió la frente con la mano intentando apaciguar el dolor—. Necesito estar sola, no puedo hablar... por favor.

—Calla, relájate. Solo quiero ayudarte. —Se sentó en la cama despacio, haciendo el menor ruido posible.

—Por favor, déjame tranquila.

—Shhh. Tranquila, Sarah. —Cogió su mano y, aprovechando su debilidad, la besó en la palma cerrándola luego como si intentara que retuviera el beso en su interior. Luego la dejó cuidadosamente sobre la cama y comprobó su temperatura tocando su frente; estaba un poco caliente, pero nada fuera de lo normal—. ¿Tomas alguna medicina cuando estás así?

—No, no soporto los jarabes para dormir, me dejan atontada y con náuseas durante varios días... —su voz era muy débil, como si tuviera que hacer un gran esfuerzo para hablar y parecía aturdida, seguramente por el dolor.

—¿Hace mucho que tienes jaquecas?

—Desde que mi marido... —Se calló abruptamente y él completó la frase.

—¿Desde que murió?

—Sí —dudó durante un segundo antes de contestar, lo que le indicó que no le decía toda la verdad, pero eso ahora mismo no le importaba.

Aidan se frotó las manos lentamente para calentarlas y las colocó sobre el cuello femenino. Notó la tensión en el cuerpo de ella, pero no hizo caso y con los pulgares comenzó a acariciar suavemente su mandíbula. Fue ascendiendo poco a poco hasta terminar en su frente, donde siguió dibujando figuras imposibles y, cuando llegó a las sienes utilizó los índices rozándolas apenas, provocando en ella un gemido de placer.

—¿Te relaja?

—Sí, sigue. Por favor. —Su respiración le indicó que se estaba quedando dormida.

—Ponte de costado, por favor. —Ella obedeció sin rechistar y él masajeó la nuca y la parte baja del cuello. Pocos minutos después, se había quedado dormida. Se quedó un rato junto a ella disfrutando del sencillo placer de velar su sueño, manteniendo una de sus manos prisionera entre las suyas, hasta que escuchó voces en el piso de abajo, en la entrada. Había pasado algo. Al levantarse, Sarah se removió intranquila y él se inclinó hasta tener su oreja al alcance de los labios, entonces besó el sedoso lóbulo y ordenó:

—Duérmete, cariño.

Se marchó sin hacer ruido.

OCHO

Fueron hasta su club en el carruaje de Amélie y no dejó ni un momento de observar su cara, pero seguía sin despertarse; al menos, la herida ya no sangraba. Le había extraído el cuchillo y vendado el costado con su propia camisa, ayudado por Al que era el que estaba conduciendo el coche. Luego, la había metido en el carruaje después de ordenar a Buck que llevara a los sirvientes de Killian al club en uno de alquiler.

Cuando llegaron, le dijo a Devan a gritos que enviara a alguien a buscar a Aidan Perkins. Era uno de los mejores médicos de Dublín y, además, un amigo. La tumbó en la cama de su dormitorio y la desnudó dejándola en ropa interior, luego cambió la camisa que le había puesto en la herida por una toalla limpia, sin atreverse a hacer nada más.

Esperó sentado junto a ella, inmóvil, a pesar de que lo que deseaba era ponerse a aullar, destrozarlo todo y salir a buscar al responsable de que la hubieran herido, seguro de que no había sido una casualidad. Afortunadamente, Aidan tardó poco en llegar. Lo dejó pasar y señaló la cama, pero su amigo quiso hablar con él antes de examinarla:

—Devan me ha contado lo ocurrido. ¿Es grave?

—Tiene una cuchillada en el costado, pero no parece profunda —Aidan asintió con sequedad y se acercó a la cama.

—¿Hace mucho que está inconsciente?

—Veinte minutos, puede que media hora.

—¿Y el golpe del pómulo? —Por alguna razón, a Cian ese ataque le parecía más ofensivo que la herida de las costillas.

—Creo que fue el mismo hijo de puta que le clavó la daga, pero ya está muerto.

—Me alegro. —Aidan sentía la misma piedad que él hacia los que maltrataban a las mujeres: ninguna—. Veamos. —La destapó después de lavarse las manos y echarse alcohol, y luego retiró la toalla—. Tengo que cortarle parte de la ropa interior para poder trabajar. —Cogió unas tijeras y después de escuchar el gruñido de Cian, lo miró arqueando una ceja, antes de añadir—: Si no puedes permanecer callado, prefiero que te vayas. No puedo pelearme contigo y coserla a la vez. Si sirve para tranquilizarte, te diré que la herida no es grave, apenas un rasguño. Ha sangrado tanto y es dolorosa por la cercanía de las costillas.

—Perdona. —Se sentó, decidido a no abrir la boca a pesar de que en su interior odiaba que otro estuviera viéndola prácticamente desnuda. Se obligó a no hacer ningún ruido, pero su tranquilidad se esfumó cuando Amélie se despertó sin que hubieran terminado de coserla. Cian se levantó de la silla y se sentó en la cama sujetándole las manos, ya que intentaba tocarse la herida. Aidan había dejado de coserla y esperaba a que se estuviera quieta para poder seguir.

—Amélie. —Cian hizo un gesto a Aidan para que siguiera cosiéndola, ya que la tenía sujeta por las muñecas. Ella lo miraba con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué... qué ha pasado? Aidan, me estás haciendo daño —se quejó, intentando no llorar. Se sentía mareada y dolorida, pero el médico estaba muy ocupado con la herida y contestó Cian:

—Te hirieron con un cuchillo, pero no es grave. —Ella quería ver lo que le estaba haciendo Aidan porque notaba unos pinchazos muy molestos en el costado, pero Cian no la dejó mirar—. Ya queda

muy poco, Aidan está terminando de coserte. Aguanta un poco más. —Le sorprendió comprobar que ella obedecía cerrando los ojos y respirando profundamente, seguramente estaba poniendo en práctica las enseñanzas de Lee. Él también había oído hablar de sus clases, como todos los amigos de Killian.

—Ya está. —Cuando Aidan terminó de coser y hacerle la cura, levantó la mirada y le dio la impresión de que Cian estaba más pálido y necesitado de unas sales que ella—. No puedes hacer demasiados esfuerzos durante unos días. Voy a dejar unos polvos que hay que poner en la herida dos veces al día, después de lavarla con jabón y secarla. Este ungüento —les enseñó un frasco pequeño de vidrio que tenía una mixtura cremosa en su interior, antes de dejarlo en la mesita que había junto a la cama— es para ese golpe tan feo —señaló el golpe que le había hinchado y amoratado la mejilla—, y estas pastillas son para el dolor. Puedes tomar tres al día como máximo, pero prefiero que las tomes solo en caso de necesidad. —Sacó todo de su maletín y lo fue dejando en la mesilla—. Deberías tomarte una lo antes posible. ¿Hay agua por aquí? —Cian acercó un vaso en silencio y Amélie se incorporó con una mueca y se tragó la pastilla blanca, volviendo a tumbarse enseguida.

—Creo que eso es todo. —Cian lo acompañó a la puerta; los dos esperaron a estar junto a las escaleras para que ella no pudiera escucharlos.

—¿Cómo está de verdad?

—He limpiado a fondo la herida antes de coserla, pero es posible que tenga fiebre. Al menos, con la pastilla que le he dado dormirá unas horas. —Miró con aspecto preocupado hacia la puerta del dormitorio—. Hay que avisar a Killian.

—Fenton ya le había avisado por lo de los asesinatos y ya está de camino. Me imagino que sabes a lo que me refiero... —Aidan asintió antes de que terminara.

—Desgraciadamente, sí. Tuve que examinar a los cadáveres. Una carnicería. —Hizo un gesto de asco pensando en los animales que habían hecho algo así. Al ver la expresión de preocupación de su amigo, le dijo—: Procura que esté cómoda y no dejes de hacerle las curas. Y que beba mucho líquido. No creo que tenga ganas de comer, pero si es así, que lo haga. Y si empeora, llámame a la hora que sea. De todas maneras, mañana volveré a verla.

—Gracias. —Se quedaron callados al escuchar unos pasos que subían por las escaleras. Era Devan.

—Al y Buck esperan abajo con los sirvientes de Killian a que los veas —Aidan asintió.

—¿Dónde están?

—En los dormitorios de los empleados. —Antes de que bajaran, Cian ordenó:

—Devan, manda a alguien a buscar a Fenton. Que le digan que es muy urgente.

—Claro.

En el sótano había cuatro dormitorios para los trabajadores del club que se quedaban a dormir, ya que no se cerraba por la noche.

Cuando volvió a la habitación, Amélie se había calmado. Su mano izquierda reposaba sobre la herida vendada como si ese pequeño gesto la consolara. Acercó una silla a la cama para hablar con ella. Había cosas que necesitaba saber.

—¿Cómo estás?

—Mejor, esta habitación es muy grande. No imaginaba que vivías encima del club, porque debajo está el club, ¿no? —su tono de voz era muy bajo, como si no tuviera energías. Cian asintió mirando a su alrededor intentando adivinar qué pensaría de su casa.

La antigua fábrica que había comprado para albergar el club Enigma tenía unos techos lujuriosamente altos de los que decidió aprovecharse, construyendo su vivienda encima de la primera planta. Era un piso grande y casi la mitad de él lo había destinado a su habitación, en la que se

encontraban, y que le servía de dormitorio, comedor y biblioteca. Era donde estaba casi todo el tiempo que no pasaba en el club ya que la cocina no la utilizaba, cualquier cosa que quería se la subían del restaurante. También tenía un baño en el que había instalado un invento reciente llamado ducha y dos dormitorios más.

—Sí, debajo está el club, donde por cierto hay un excelente restaurante. Te lo digo por si luego tienes hambre. —Al ver su mueca de asco decidió no insistir.

—¿Cómo están Tom y Roberts?

—¿Quiénes son esos dos?

—El conductor y el lacayo que me acompañaban.

—¡Ah! Aidan está con ellos ahora mismo, enseguida bajaré a ver cómo están. ¿Hay algo que necesites de tu casa?

—¿No puedo volver allí?

—Ya has oído a Aidan, creo que será mejor que esperes unos días. Además, después de lo que te ha pasado y de lo del ministro, prefiero que te quedes conmigo. Al menos mientras vuelva Killian, así estarás más segura —le sorprendió que ella no se opusiera.

—¿Has sabido algo más sobre los asesinatos del ministro y su familia?

—No, pero va a venir Fenton y se lo preguntaré.

—Tienes que avisar a Sarah y a James de que estoy aquí, para que no se preocupen. Y otra cosa, ¿cómo sabías que necesitaba ayuda?

—Había enviado a los gemelos a que te vigilaran.

—Menos mal, pero la próxima vez que hagas algo parecido, espero que me avises —él asintió con convicción.

—Por supuesto. Una vez aclarado ese punto, dime qué quieres que te traigan de casa de Killian.

—Que James le pida a la doncella que me prepare una bolsa con lo necesario para unos cuantos días, ella sabrá qué meter. —Cian observó con preocupación sus ojeras y la palidez de su rostro. Necesitaba descansar.

—Cuéntame lo que recuerdes sobre los tres vampiros que os han asaltado. ¿Los habías visto antes?

—No, nunca. —Se encogió de hombros—. Puede que quisieran robarme.

—Es posible —aceptó, aunque él sabía que esa no era la finalidad del ataque—. ¿Puedes decirme cómo ha ocurrido todo?

Se lo explicó con voz monótona, interrumpiéndose un par de veces por un bostezo repentino, lo que le confirmó que la pastilla de Aidan estaba empezando a hacer efecto. Cuando terminó, pocos minutos después, Cian tuvo más claro, todavía, que lo ocurrido formaba parte de un siniestro plan.

Amélie, mientras, luchaba por mantener los ojos abiertos, hasta que no pudo más.

—Tengo mucho sueño —musitó, antes de quedarse dormida.

Cian la arropó y le dio un beso antes de marcharse. Si Aidan tenía razón, tenía al menos un par de horas antes de que se despertara.

Primero se dirigió a los dormitorios del sótano donde Aidan estaba terminando de vendar a Tom y a Roberts, y le explicó a Al lo que tenía que decir a James, el mayordomo, cuando los devolviera a casa de Killian. Después, esperó a que Aidan se lavara las manos para que lo acompañara.

Ninguno de los dos habló hasta llegar a su despacho; allí Cian le hizo un gesto para que se pusiera cómodo y su amigo obedeció sentándose con un suspiro, y aprovechó para bajarse las mangas de la camisa que se había remangado para trabajar cómodamente.

—¿*Whisky*? —Aidan arqueó una ceja.

—Demasiado pronto para mí, pero imagino que para ti no, después de lo de esta mañana... —

Cian se sentó con un vaso en la mano y lo miró, suspicaz.

—¿Qué quieres decir?

—Al me ha contado que los tres vampiros estaban muy bien entrenados. Tus chicos se han traído los cuchillos y todo lo que llevaban encima para entregárselo a los de *La Brigada*. Te habrás vuelto medio loco al encontrarte con Amélie en medio de una pelea como esa.

—¿Por qué dices eso? —El lobo lo miró con una sonrisa burlona.

—Te recuerdo que tengo muy buen olfato y tú despides un olor a emparejamiento inconfundible. —Cian parecía cómicamente alarmado.

—Espero que sea una de tus bromas malas.

—Pues no. Lo siento, pero es la verdad. Si tuvieras algo de lobo, tú también lo notarías. —Levantó la cara y olfateó ligeramente el aire, como si estuviera oliendo un perfume—. No creo que aguantes mucho sin unirla a ti.

—Creía que eso de que podíais olerlo era una leyenda.

—Ya. Bueno, si no quieres nada más tengo que atender a más pacientes, aunque con la factura que te voy a pasar por lo de hoy podría no atender a nadie más esta semana —bromeó.

—¿Cómo están los sirvientes de Killian? Al y Buck no tienen nada grave por lo que he podido ver...

—Esos dos son los que han salido peor librados, pero no tienen nada grave, se curarán en pocos días. En cuanto a los gemelos, son fuertes como toros. Ni siquiera necesitan guardar cama.

—Bien. Envíame la factura cuando quieras.

Después de que se marchara, pudo dedicar algo de tiempo a sus asuntos, aunque se distraía frecuentemente pensando en Amélie. Devan apareció, cuando iba a subir a comprobar si seguía dormida, acompañado por Fenton. Cian se puso en pie y le estrechó la mano. Cuando todos se sentaron, Fenton se explicó:

—Devan me acaba de decir que me habéis enviado un mensaje para que viniera, pero no lo he recibido. He venido porque me he enterado de lo ocurrido por la policía. Han encontrado a los vampiros muertos hace más de una hora y me han pedido que fuera a ver los cadáveres. Por cierto, que no llevaban nada encima —recalcó. Fenton lo conocía bien.

La Brigada y los *polis* humanos habían pactado, muchos años atrás, informarse mutuamente de todos los sucesos violentos de los que tuvieran conocimiento.

—Devan tiene todas las cosas que esos cerdos llevaban en los bolsillos. Ahora te las dará. No quería que alguien les robara y no pudieras examinar sus pertenencias.

—Me alegro, quizás podamos sacar algo de ahí. ¿Te has fijado en el tatuaje que todos llevaban en la muñeca?

—¿El de la serpiente? —Fenton asintió—. Sí.

—No es la primera vez que lo veo. Creo que es el símbolo de una especie de sociedad secreta. Ah, por cierto, un testigo que te ha reconocido, le ha dicho a los de la policía que te había visto por allí. Quería decírtelo.

—Te habrán preguntado por mí, ¿qué les has dicho?

—Que habrás tenido un buen motivo para cargarte a tres jóvenes vampiros. Afortunadamente, el testigo también les ha comentado que has salvado a una dama. —Cian se dio cuenta de que no sabía a quién se refería, por eso parecía tan tranquilo. Lo mejor era decírselo lo antes posible.

—Era Amélie. —Fenton agrandó los ojos, incrédulo.

—¿Qué Amélie?

—¿Cuántas mujeres conoces con ese nombre, Fenton?

—¡No jodas! ¿Dónde está? —Se puso en pie abruptamente y Cian lo imitó—. ¡Si sigue aquí, me la llevaré a su casa ahora mismo!

—¡De eso nada! ¿Te has dado cuenta de cómo fue el ataque? Iban a por ella, creo que querían secuestrarla. Al final, cuando han visto que no les salía bien la jugada, le han lanzado un cuchillo intentando matarla.

—¿Qué dices? ¿Está herida? —Fenton palideció pensando en lo que le haría Killian cuando volviera.

—Sí, pero está bien. La herida es superficial. —Los ojos de Fenton se achicaron y su cara mostró un gesto de crueldad que no era habitual en él.

—Quiero verla. Ahora. —Cian analizó su rostro y asintió.

—Acompáñame. —Mientras subían las escaleras, le puso al día—: Aidan le ha dado una pastilla para dormir. La ha cosido, pero dice que no es grave, aunque no debe hacer esfuerzos durante unos días. —Fenton se mantuvo callado, asimilando las noticias.

Entró el primero, dirigiéndose a la cama y se quedó de pie al lado de Amélie, contemplándola.

—Está muy tranquila.

—Sí. —Fenton observó cómo Cian la miraba y se sorprendió de no haberse dado cuenta antes. Ahora entendía mejor algunas cosas.

—¿Te haces responsable de ella?

—Sí. Yo cuidaré de ella. —Cian era extremadamente protector y Amélie no podía volver a su vida normal, al menos de momento. Y él no podía ocuparse de ella, ni siquiera tenía tiempo para dormir debido a lo que estaba ocurriendo.

—De acuerdo, pero Killian vendrá en pocos días y querrá que vuelva a su casa. —Cian apretó los labios, sin contestar. Fenton abrió la boca para pedirle que no se aprovechara de las circunstancias, pero no era ningún hipócrita—. Imagino que aumentarás la seguridad del club. No creo que pase nada, pero puede que intenten entrar aquí.

—Ya lo he pensado. En cuanto te vayas, me encargaré de eso. —De repente, se le ocurrió algo—. Fenton, ¿crees que esto puede tener que ver algo con los asesinatos que estás investigando? —Fenton movió la cabeza, indeciso.

—Normalmente, te hubiera dicho que no, pero después de ver esas serpientes... —Se pasó la mano por el pelo, agotado—. No tenemos pistas de quiénes fueron los que mataron al ministro y su familia, pero mi intuición me dice que son los mismos. Me voy, Cian. —Se estrecharon las manos—. Si te enteras de algo u ocurre alguna cosa, dímelo.

—De acuerdo. Lo mismo te digo.

Cuando se marchó, Cian se sentó con Devan y estuvieron distribuyendo los turnos de los hombres para aumentar la vigilancia, de manera que nadie pudiera entrar en el edificio sin su autorización.

NUEVE

Amélie se tomó un par de cucharadas de la crema de verduras que habían enviado desde la cocina y después apartó la bandeja.

—No puedo más, de verdad. —Él dejó la bandeja en el carro y cogió una pastilla del frasco que había dejado Aidan.

—Tenías que haberme dicho que te dolía. —Estaba muy pálida y por su expresión se notaba que el dolor había vuelto.

—No quiero tomarme otra pastilla, me atonta mucho y...

—Me da igual lo que digas, te la vas a tomar. —Le entregó un vaso con agua y la píldora. Ella obedeció sin rechistar, lo que le indicó que tenía razón.

—Si no necesitas nada más, voy a cenar. —Había pedido que también subieran una bandeja para él.

Lo hizo en la mesa del comedor, cerca de ella, aparentando hojear un periódico, aunque en realidad lo que intentaba era que creyera que no estaba pendiente de ella, para que se acostumbrara a su presencia. Cuando terminó el primer plato se le había relajado el rostro, por lo que supuso que ya no sentía dolor y, cuando acabó de cenar, creyó que se había quedado dormida, pero abrió los ojos en cuanto le escuchó llevar las bandejas fuera.

—¿Dónde vas? —Lo sorprendió ver el miedo en sus ojos. Cuando la había dejado sola por la mañana no se había asustado, pero puede que fuera porque estaba demasiado conmocionada en ese momento.

—Solo voy a sacar el carro. En un rato subirán a por él.

—Vale. —A pesar de su explicación, no volvió a cerrar los ojos, sino que siguió observando la puerta, como si quisiera asegurarse de que no se marchaba. Cuando volvió a entrar, pocos segundos después, le preguntó—: ¿Ya has enviado un mensaje a mi casa para avisarles de que estoy aquí?

—Sí, cuando Al ha llevado a vuestros sirvientes, se lo ha dicho a James y te han preparado un bolso. Está ahí —señaló un sillón que había cerca del sofá, y que estaba de espaldas a ella.

—Tom y Roberts —le recordó. Él se sentó en la cama y ella no se sobresaltó, se estaba acostumbrando a que lo hiciera.

—Tom y Roberts —repitió—. Cuando Al los ha llevado, ha estado hablando con James. Al parecer, Sarah estaba enferma. Jaqueca, creo —Amélie asintió distraída, empezaba a tener mucho calor. Demasiado. Se destapó un poco dejando a la vista su camisola desgarrada. Al darse cuenta de que se le transparentaba todo, volvió a taparse. Estaba muy roja.

—¿Puedes darme un camisón? Necesito ir al baño.

—No sé si deberías levantarte. —Cian la miró, dudando de la conveniencia de que pudiera hacerlo tan pronto y ella, a pesar de que le daba algo de vergüenza, aclaró:

—¡Cian!, ¡necesito ir al baño, no es algo que pueda esperar! ¿Entiendes? —Él ocultó una sonrisa y la destapó sin hacer caso de su grito de sorpresa, luego la cogió en brazos y la llevó al baño. Iba a cerrar la puerta para que tuviera más intimidad, cuando escuchó:

—Por favor, tráeme el bolso que me han traído.

—Claro.

Amélie daría lo que fuera por darse una ducha, pero eso debería esperar al día siguiente. Cian llamó a la puerta.

—Déjalo en la puerta, por favor, ahora lo recojo.

—De acuerdo.

Volvió a la habitación minutos después, en camisón. Andaba despacio, más por el efecto de la pastilla que por otra cosa, y le costó una eternidad recorrer los pocos metros que había desde el baño hasta el dormitorio, aunque la herida casi no le dolía. Había aprovechado para lavarse los dientes y las manos, y para cepillarse el pelo, lo que había conseguido que se sintiera un poco mejor.

Se acostó ante la mirada atenta de Cian que se había puesto a su lado como si temiera que fuera a desmayarse en cualquier momento. Se tumbó y volvió a arroparla como si fuera una niña.

—¿Dónde vas a dormir?

—No te preocupes, en uno de los dormitorios hay una cama. Estaré muy cerca por si me necesitas.

Ella sintió un sudor frío al pensar en dormir sola en una habitación desconocida y el corazón se le aceleró por el miedo.

—Preferiría... —tragó saliva, muy nerviosa— no quedarme sola. ¿No puedes dormir aquí, conmigo? —Cian se quedó inmóvil, extrañado por su petición. Conocía la valentía de Amélie y esta actitud no era propia de ella. Imaginó que se debería al ataque que había sufrido.

—Claro, puedo dormir en el sofá —mintió.

El sofá era demasiado pequeño para él, pero lo aguantaría. Amélie asintió efusivamente.

—Sí, muchas gracias. —Cian se sentó a su lado y le cogió la mano.

—Varios de mis hombres van a estar haciendo rondas toda la noche para que nadie pueda entrar en el edificio y, si alguien consiguiera hacerlo, tengo más dentro a los que tendrían que reducir para llegar hasta nosotros. Luego, deberían vérselas conmigo antes de poder tocarte ni un pelo y jamás dejaría que eso ocurriera. Lo sabes, ¿no?

—Sí. —Sabía que daría su vida por ella. Era curioso que sobre eso no tuviera ninguna duda.

—¿Por qué estás tan asustada? —Ella se encogió de hombros, reacia a confesar la verdad.

Poco después estaba dormida y él se preparó para pasar la noche en el butacón.

Debía de haber pasado solo una hora cuando le despertó un grito aterrorizado. Sacudió la cabeza para despejarse y se puso en pie mirando a su alrededor. A pesar de la oscuridad, veía perfectamente y no había nadie aparte de ellos dos. En una zancada se había sentado en la cama y la observó de cerca. Seguía dormida, pero lloraba y balbuceaba algo, aterrorizada. Se inclinó hacia ella, sufriendo al verla así:

—Amélie, despierta, cariño. Es una pesadilla. —Acarició sus brazos que estaban helados debajo de la fina tela del camisón; ella se despertó aterrorizada y huyó de su contacto alejándose lo más posible de él, tanto, que Cian temió que se cayera por el otro lado de la cama y la sujetó para que no se hiciera daño.

—¡Suéltame! —Era evidente que no lo había reconocido, pero él no podía dejarla para encender la lámpara de gas—. ¡Noooooooooooooooooooooo!, por favor, no me hagas daño —su voz había cambiado y ahora era la de una niña pequeña, y escuchándola se le pusieron los pelos de punta. Miró sus ojos y vio que seguía dormida. La zarandé un poco para despertarla, pero no funcionó.

—¡Amélie! —levantó la voz un poco y, como no dejaba de patear, la cogió en brazos, sentándola sobre su regazo y sujetando sus manos con una de las suyas para que dejara de golpearlo—. ¡Despierta! —gritó.

Ella abrió los ojos por fin, pero su rostro reflejaba el pánico más profundo que Cian hubiera visto nunca. Lloraba con hipidos, desconsolada, pero al reconocerlo se abrazó a su cuello con

desesperación.

—¡Creía que habían vuelto! —susurró en su cuello.

—Estoy aquí. No tengas miedo, cariño. —La abrazó y acarició su espalda con movimientos calmantes—. No volverás a ver a esos cabrones nunca, te lo juro. Están muertos. —Estaba apoyada en su pecho mientras los largos mechones cobrizos de su pelo los rodeaban. Cian no pudo evitar acariciar un rizo entre sus dedos disfrutando de su suavidad. Amélie fue respirando cada vez más despacio hasta que dejó de sollozar, y él aprovechó que estaba distraída para depositar un beso rápido sobre su cabeza.

Intentó pensar en las cosas que tendría que hacer sin falta al día siguiente, por ejemplo, en el papeleo que le aburría soberanamente y que lo esperaba sobre la mesa del despacho, pero seguía teniendo el miembro tan rígido que pensó que le explotaría. Tenerla tan cerca, abrazarla y sentir su olor estaba a punto de transformarlo en un animal.

—Lo siento, ni siquiera te he dado las gracias por haberme salvado.

—No tienes que hacerlo.

—Pero te lo agradezco.

—Está bien. —Se cambió de postura, incómodo.

Amélie estaba muy quieta, sintiendo un calor repentino en las mejillas al darse cuenta de la protuberancia que había crecido bajo su trasero, exactamente donde estaba la ingle de Cian. Entonces notó que la mano de él acariciaba levemente su costado rozando el pecho al hacerlo y sus pezones se erizaron, exigiendo su atención. Sentía la misma excitación que le producían sus besos. En la oscuridad reconoció que llevaba meses mintiéndose a sí misma porque le necesitaba. Admitirlo le provocó un estremecimiento y se sintió liberada.

—¿Sigues asustada? Ya te he dicho que no tienes por qué. No pueden volver a hacerte daño.

—La pesadilla no era sobre el ataque de hoy.

—¿No? —Siguió acariciando su espalda tranquilizadamente. Ella negó con la cabeza, aunque en la oscuridad solo veía su silueta—. Entonces, ¿con quién has soñado?

—Con el asesinato de mis padres. Hacía mucho que no me pasaba, pero después de lo de hoy... imagino que es normal. —Él frunció el ceño intentando recordar lo que sabía acerca de aquello, pero, aparte de que los asesinos eran vampiros y que los asesinatos habían sido salvajes, no sabía mucho más. Killian nunca había querido hablar sobre eso.

—Lo único que sé es que ocurrió cuando tú eras muy joven.

—Tenía doce años. Y estaba en la habitación de al lado, debajo de la cama —le confesó algo que solo le había dicho a Killian—. Siempre me he sentido culpable por no haber salido de mi escondite para ayudarlos. —El vampiro agrandó los ojos, incrédulo, y la abrazó con más fuerza como si pudiera protegerla de sus recuerdos.

—Pero ¿qué dices?, ¿una niña de doce años? Solo hubieras conseguido que esos animales también te asesinaran a ti.

—Killian dice lo mismo.

—Y tiene razón. —Hizo que apoyara la cabeza en su hombro, para que estuviera lo más cómoda posible.

—Por eso, Lee me ayuda desde hace años. No voy a sus clases solo para aprender a defenderme; intenta que acepte lo ocurrido, que no me culpe por ser la única que sobrevivió a aquella noche.

—No lo sabía.

—Él me ha hecho entender que, solo cuando sea capaz de perdonarme a mí misma, podré ser feliz. Lo que pasó aquella noche me ha afectado toda la vida. Cuando cumplí catorce, decidí que en

cuanto pudiera, me uniría a *La Brigada* para ayudar a Killian.

—¿Y Killian qué dice sobre eso? —Amélie hizo un mohín por el que volvía a ser ella.

—Me da largas, dice que todavía soy demasiado joven. —Cian permaneció callado, seguro de que se volvería loco si Killian, alguna vez, la dejaba participar en *La Brigada*—. También tenía catorce años cuando decidí no casarme nunca, ni tener hijos. No quería volver a sentir lo mismo que con la pérdida de mis padres. Y sigo pensando así, pero ahora... —Cian aguardó, expectante.

—¿Sí?

—No quiero morirme sin haber hecho el amor al menos una vez. —Él se sobresaltó, porque ni en sus sueños más optimistas había esperado oír esas palabras de su boca. La pastilla no parecía haberle hecho demasiado efecto, o al menos, no para darle sueño. La mano derecha de Amélie, como si tuviera vida propia, ascendió lentamente hasta posarse en la mejilla de Cian y luego continuó hasta colocarse, insegura, en su nuca, acariciándola lentamente.

Sus inocentes caricias aumentaron su excitación y su mano morena se posó sobre la pálida cadera femenina, dejando que ella tomara la iniciativa. Entonces, Amélie lo hizo inclinar la cabeza presionando suavemente sobre su nuca y lo besó. Durante unos segundos consiguió controlarse dejando que ella dirigiera el beso, pero su dulzura e inocencia multiplicaron su pasión hasta que no pudo resistirlo y, con un gruñido de placer, acomodó el cuello de ella para que sus cabezas se acoplaran y así poder profundizar en el beso. Su lengua la penetró, degustando su sabor y sintió que ella se rendía, apoyándose completamente en él. Levantó el brazo para acunar su cabeza y ella musitó:

—Quiero verte, necesito que nos miremos a los ojos —él asintió y la levantó, dejándola sentada en la cama para encender la lámpara, ella observó cómo lo hacía, pero luego se sorprendió al ver que no volvía a su lado—. ¿Qué vas a hacer?

—Me he dado cuenta antes de que tenías frío. Yo no suelo utilizar la chimenea porque nunca lo tengo, pero debería haber pensado en ti.

—No importa —susurró, sorprendida porque lo hubiera pensado.

Él no hizo caso y comenzó a encender el fuego y ella se tumbó de costado, frente a él, aprovechando para observarlo. Llevaba unos pantalones muy ajustados gracias a los que se podía advertir que estaba muy excitado; sin embargo, se había dejado la camisa abierta, por lo que Amélie pudo apreciar el ancho y musculoso pecho, que le había servido como refugio unos minutos antes.

Mientras lo observaba cautivada, se dio cuenta de que le gustaría saber más cosas acerca de él y de su pasado, pero quería que él mismo se lo contara. Sin duda, había trabajado mucho para llegar a donde estaba y lo admiraba por ello —se le escapó una sonrisa—, aunque seguía pensando que era un granuja engreído con una facilidad tremenda para conseguir que perdiera los estribos. Su mente volvió a la realidad cuando lo vio acercarse de nuevo a ella.

Cian se quedó de pie junto a la cama y su mirada recorrió el cuerpo de Amélie, ávidamente y con lentitud. Luego, se inclinó hacia ella:

—¿Estás segura? —Sabía que era el primero. Era un honor para él y se lo agradecía profundamente, pero no quería que se arrepintiera.

—Sí, pero date prisa, antes de que me muera de miedo completamente —susurró entre dientes. Le dejó sitio en la cama y se tumbó bocarriba.

Él se acostó en silencio junto a ella y la acunó contra su corazón. Se sentía tan bien a su lado que estuvo varios minutos abrazándola y besándola lentamente, dejando que sus pieles se conocieran y sus olores se mezclaran. El abrazo consiguió que Amélie se sintiera querida de una manera distinta a la que ella conocía hasta ese momento, a un nivel más profundo. Como si sus cuerpos se hubieran reconocido en silencio y, cuando lo hicieron, los dos corazones empezaron a latir más deprisa y sus

respiraciones se aceleraron. Ella notaba la excitación de él contra su pubis, y se movió nerviosamente deseando acogerlo dentro de ella, pero él siguió abrazándola, quieto, un poco más.

Cuando Cian estuvo seguro de que moriría si no la hacía suya, ella comenzó a acariciarle el pecho. Sus músculos se tensaban a su paso y le daba tanto placer que gimió suavemente contra su cuello y se quitó la camisa, lanzándola al suelo. Entonces comenzó a besarlo en el pecho y los hombros, con unas caricias tan suaves como los aleteos de mariposa.

—Amélie... —gimió, apretando los dientes—, para, por favor.

—¿No te gusta? —susurró, insegura.

—Demasiado, mi amor, pero si sigues así no podré darte placer como quiero. —Ella sonrió al escuchar su expresión de afecto.

—Está bien. Pero dime si tengo que hacer algo yo porque no tengo experiencia como sabes y... —Se calló bruscamente al darse cuenta de que estaba empezando a hablar como una cotorra. Era algo que le ocurría cuando estaba muy nerviosa.

—Tranquila. —Escuchó su susurro junto a su oído y, luego, Cian se sentó en la cama e hizo que ella se incorporara. Le quitó el camisón con cuidado para no rozarle la herida, quedándose extasiado ante sus pechos que brillaban voluptuosamente bajo la dorada luz del fuego. Perdida en una nube de deseo y sensaciones, ella acunó su cabeza entre sus manos para acercarlo a su pecho y Cian, dócil, rodeó uno de sus pezones con la boca, tirando de él y provocando que se estremeciera.

Amélie tenía los ojos cerrados, entregada a esa nueva sensación que la recorría entera. Ya no le importaba nada, solo lo que estaba ocurriendo entre los dos en ese momento. Se sentía tan unida a él que le pareció que, después de esa noche, nada en el mundo podría separarlos.

Cian buscó el otro pezón y lo mordió tiernamente haciendo círculos con la lengua a su alrededor hasta que ella gimió, espoleada por el cosquilleo que había empezado a sentir entre las piernas. Él, consciente de sus deseos, acarició su cadera y recorrió el terso vientre hasta encontrar la espesa mata de rizos rojizos. Amélie cerró las piernas involuntariamente, provocando la risa íntima del vampiro.

—Ábrelas, déjame...

Obedeció la tierna orden y observó cómo su mano desaparecía entre sus piernas; la besó con urgencia y ella le rodeó el cuello con los brazos, olvidándose de todo lo demás. Los dedos de él se deslizaron con delicadeza entre sus rizos y penetraron en ella suavemente; Amélie tembló y lo miró. Los ojos de Cian se habían vuelto de color carmesí por la pasión y la observaban fijamente, deseando ver su expresión cuando la hiciera llegar a lo más alto.

Su dedo corazón comenzó un movimiento suave y continuo, entrando y saliendo de ella, a la vez que con su pulgar comenzaba a frotar el clítoris, orbitando suavemente a su alrededor, provocándola hasta la locura. Amélie se retorció sobre la cama, sintiendo que ascendía sin parar hacia un lugar desconocido para ella. Su propia carne lo apresaba dentro de ella, como si se negara a que abandonara aquel lugar que había permanecido tan vacío toda su vida, hasta ahora. Él continuaba con sus caricias, incansable, besándola y diciéndole lo bella que era.

—Estás muy apretada, no quiero hacerte daño. —Era algo que lo preocupaba porque él era muy grande—. ¿Tienes miedo?

—No —susurró. Y era cierto, solo sentía deseo.

—Bien, ¿te duele la herida?

—No, no... pero —dijo, ahogándose por el placer— no dejes de hacer eso...

El dedo se movía con más facilidad dentro de ella porque Amélie estaba muy mojada y su placer fue creciendo, haciéndose más intenso, hasta que todo explotó dentro de ella y clavó sus uñas involuntariamente en los hombros de Cian.

Cuando abrió los ojos, varios latidos de corazón después, estaba mirándola con las mejillas rojas y respirando aceleradamente. La abrazó y comenzó a susurrar una letanía en un idioma que ella desconocía, iniciando un ritual de vinculación que era tan antiguo como su especie. Aunque ella no fue consciente de lo que hacía, no habló hasta que terminó:

—Dime qué debo hacer —pidió, deslizando las manos por su pecho—. No sé cómo complacer a un hombre.

—Tócame, es suficiente.

Se pegó a ella y su dolorosa erección creció todavía más. Lamió con gula la delicada piel de su garganta deseando volver a beber de ella. Le dolían los colmillos por el hambre y sus entrañas rugían de necesidad. Recorrió su mandíbula depositando besos ardientes a su paso y mordió su barbilla, dejándole los dientes marcados por un momento. Ella se quejó dulcemente, a medias entre el placer y el dolor.

—Necesito tu sangre, en serio, la necesito ya. —Ella se tensó y apretó sus muslos excitada. Estaba a punto de sentir otro orgasmo, y eso que todavía no la había penetrado. Deseaba pertenecerlo por completo, pero también quería alimentarlo.

—Hazlo, muérdeme, Cian. Ahora.

Él levantó la mirada con los ojos brillando con una llama roja incandescente, y volvió a esconder la cabeza en su cuello. Después de un lametón, ella sintió un agudo mordisco que la hizo llegar al clímax otra vez.

DIEZ

Igual que había hecho la otra vez, acarició su nuca mientras bebía de ella, manteniendo los ojos cerrados y disfrutando al máximo de la sensación tan maravillosa que se había apoderado de ella. Los apagados sonidos que hacía él al chupar de su vena, eran lo más erótico que había escuchado nunca, pero se retiró demasiado pronto después de lamer la herida para que se cerrara.

—No has bebido suficiente. —Él se estaba relamiendo cuando la miró. Un mechón de pelo negro le caía sobre la frente dándole un aspecto de malvado que le hacía más atractivo. Pero su expresión era de arrepentimiento.

—Estás herida, no tenía que haberlo hecho, pero no he podido evitarlo —se lamentó—. Contigo no puedo controlarme.

Ella estaba tumbada bocarriba y él estaba entre sus piernas, y movió sus caderas provocativamente para frotar su miembro contra el pubis femenino.

—Bueno, ¿por dónde íbamos? —Con el dedo índice rozó el pezón derecho que se puso rígido al instante y se inclinó para lamerlo, fascinado. Ella simuló pensar su respuesta.

—Creo que nos ha faltado algo, pero... —negó con la cabeza como si no lo supiera— no consigo recordar qué es.

—Bueno, ahora mismo te lo recuerdo. No te preocupes. —Ella soltó una carcajada, agradecida por no haberse dormido con la pastilla y ese fue su último pensamiento racional.

Desde ese momento, solo pudo pensar en la piel de Cian, en el vello áspero de su pecho y en la sabiduría de sus manos. La tocaba por todas partes, delicadamente, con el único propósito de darle placer. Jamás había pensado que pudiera ser un hombre tierno en la cama, pero lo era. Al menos con ella.

Él estaba asombrado por todo el tiempo que había podido controlarse, pero hacerle el amor ahora era una cuestión de supervivencia; estaba convencido de que, si no lo hacía, moriría. Cogió la mano de Amélie y la llevó hasta su miembro.

—Tócame, por favor. —No le importaba lo suplicante que había sonado su petición. La necesitaba.

Ella obedeció deseando darle el mismo placer que él le había procurado a ella y cerró la mano sobre su pene. Al principio, lo acarició con timidez, notando cómo crecía y provocando que él volviera a besarla hundiendo su lengua dentro de ella, al tiempo que le hacía separar más los muslos. Entonces, se cogió el miembro y lo situó en la entrada de su vagina y empujó. Ella sintió un ligero ardor, aunque no demasiado doloroso, pero se puso rígida involuntariamente.

—¿Te duele mucho? —Se quedó quieto, esperando, a pesar de que su expresión era de agonía y algunas gotas de sudor recorrían sus mejillas para caer sobre los pechos de Amélie.

—No, puedo aguantarlo —aseguró. Le acarició la mejilla y se irguió para besarle en los labios rápidamente.

—De acuerdo.

Antes de que tuviera tiempo de pensárselo la penetró totalmente con una única embestida, provocando un gemido ahogado de Amélie, aunque enseguida volvió a sonreír.

Cian se quedó quieto durante unos segundos para que se acostumbrara a tenerlo dentro de sí,

mientras murmuraba palabras tiernas junto a su oído, diciéndole que la amaba y que el dolor se pasaría enseguida. Poco a poco, sus palabras se hicieron ciertas y se sintió menos incómoda. A la vez, él buscó su clítoris con el dedo y lo acarició suavemente hasta que ella volvió a excitarse y sus caderas se elevaron ofreciéndose a él. Solo entonces, él continuó moviéndose dentro de ella lentamente, intentando alargar el placer lo máximo posible. Todos sus sentidos estaban concentrados en incrementar el deleite de ambos, pero ella volvió a tener otro orgasmo y los músculos de su vagina se ciñeron alrededor de su pene, desencadenando que Cian la siguiera en la culminación más intensa de toda su vida. Agotado y feliz, hundió la cara en el cuello de Amélie con un gruñido de satisfacción, mientras su miembro palpitaba en el interior de ella.

Cuando tuvo fuerzas para levantar la cabeza deseando saber cómo estaba ella, Amélie se había quedado dormida. Se tumbó de costado y subió las sábanas para tapar sus cuerpos, luego rodeó su cintura con el brazo y se durmió al instante con una sonrisa en los labios.



Kirby Richards había viajado lo más rápido que había podido desde Cork, donde vivía, cuando su amigo Burke le contó lo ocurrido en Dublín, pero, a pesar de sus prisas, había tardado tres días en llegar. Se dirigió al hotel que solía frecuentar cuando venía a la capital y lo primero que hizo, en la misma recepción, fue enviar un mensaje a Fenton Stronbow para avisarle de que había llegado. Luego, subió a su habitación a lavarse, decidiendo que después bajaría a comer algo.

Fenton lo encontró en el restaurante del hotel terminando de desayunar. Se levantó para saludarlo cuando se presentó y Fenton se quedó sorprendido al ver sus ojos; eran grandes, de un dorado intenso y levemente rasgados; sus pestañas eran densas y muy rubias al igual que el pelo, que llevaba largo, rozándole los hombros y que recordaba a la melena de un león. De hecho, todo en él le recordaba al rey de la sabana africana, sin embargo, su actitud era tranquila y educada.

—Me alegro de conocerte. He oído hablar mucho de vuestra familia. Siéntate, por favor. —Fenton, agotado, accedió—. ¿Quieres desayunar?

—Te lo agradecería, todavía no he podido tomar ni un café.

—¿Tenéis ya alguna idea acerca de quiénes fueron los asesinos? —Fenton suspiró.

—Desgraciadamente, desde entonces han ocurrido más cosas. —El magistrado dejó el café que estaba bebiendo sobre la mesa y lo miró, esperando que lo informara—. Tres vampiros, dos días después de los asesinatos, atacaron a la pupila de Killian cuando iba a la universidad. —La expresión de Kirby no varió.

—¿Amélie está bien? —No había vuelto a tener relación con ella desde lo ocurrido con sus padres, pero Killian le había hablado tanto de ella que le parecía conocerla perfectamente.

—La hirieron, pero se pondrá bien —el juez asintió, pensativo—, pero aún hay más. Anoche asesinaron a Lorna Khan, era la dueña de un prostíbulo, El Columpio Rojo.

—Estoy algo desconcertado, ¿esos hechos están relacionados entre sí?

—Creo que sí, déjame que te explique. —Kirby apoyó la barbilla en su mano, acariciándosela de vez en cuando pensativamente, mientras escuchaba lo que Fenton le decía—. No sé si conoces al director del Enigma en Dublín.

—No, pero sé que es amigo de Killian. Se llama Cian Connolly, ¿no?

—Sí. Es amigo de Killian, de mi hermano Gale y de muchos de los antiguos.

—¿Tuyo también?

—No, entre mi hermano y yo hay mucha diferencia de edad y no tenemos los mismos amigos, pero

admiro a Cian por lo que ha conseguido partiendo de la nada y todo lo que he escuchado sobre él, siempre ha sido bueno.

—Imagino que ahora viene la objeción. —Fenton sonrió, aunque la seriedad de Kirby no le incitaba a hacerlo.

—Bueno, no sé si yo lo habría dicho así, pero es verdad. El caso es que Cian está interesado desde hace tiempo en Amélie. —La mirada leonada de Kirby se afinó, concentrándose en él. Si Fenton hubiera sido otro tipo de vampiro le hubiera inquietado ser el receptor de esa mirada—. Y fue gracias a él que los atacantes no consiguieron matarla. Llegó justo a tiempo para salvarla.

—¿Iba con ella?

—No.

—¿Entonces?

—Al parecer, Cian estaba preocupado por su seguridad y había ordenado a dos de sus hombres que la vigilaran. Cuando los atacaron, uno de ellos fue a avisar a Cian y el otro se quedó protegiendo a Amélie y a sus acompañantes. Con ella en el carruaje, viajaban dos sirvientes de Killian.

—Comprendo. ¿Qué sabes sobre los atacantes?

—Poco de momento, pero creemos que pueden pertenecer a una antigua sociedad secreta, *La Hermandad*. —Ese nombre provocó un cambio en el magistrado, su rictus se endureció y se inclinó ligeramente hacia delante en la silla, como si de esa manera pudiera inducir a Fenton a que le dijera lo que supiera cuanto antes—. Los tres vampiros atacantes, a los que mataron Cian y sus hombres en la pelea, tenían tatuada una pequeña serpiente en la muñeca —Kirby asintió y se reclinó en la silla con los ojos entornados.

—¿Las serpientes son blancas y negras?

—Sí, y tienen los ojos rojos. Los cadáveres están a tu disposición por si quieres examinarlos.

—Por supuesto. Cuéntame lo que sepas del otro caso —ordenó.

—La vampira asesinada, Lorna Khan, fue la amante de Cian durante algún tiempo.

—Ya veo.

—Él la había dejado públicamente hacía dos años; más o menos cuando conoció a Amélie. Pero, hace unos días ella volvió al Enigma y tuvo una discusión con él, que presenciaron varios testigos. Por lo que he oído, solía montarle ese tipo de numeritos de vez en cuando.

—¿Lo crees capaz de asesinarla?

—No —Fenton intentaba ser objetivo, pero no lo creía—, sobre todo no le creo capaz de asesinar a nadie, y menos a una antigua amante, de esa manera. La han desangrado, igual que hicieron con el ministro y su familia. —Kirby se quedó muy quieto.

—¿Desangrados?

—Desangrados puede que no sea la expresión adecuada... estaban secos, ya me entiendes. Se dieron un festín con los cuerpos .

Kirby musitó algo en voz tan baja que Fenton no lo entendió.

—¿Qué has dicho?

—Que así es como asesinaron a los padres de Amélie. Ella se salvó porque se escondió debajo de su cama y no la encontraron. En aquella época mataron a muchos así, tanto humanos como vampiros, era una especie de ritual para ellos. Parece que esos cabrones han vuelto.

—No sabía que sus padres habían muerto de esa manera, ni siquiera sabía que había sido *La Hermandad*. —Los hipnóticos ojos del magistrado no se separaron de los suyos.

—¿Sabes cuánto hacía que *La Hermandad* no actuaba?

—No.

—Desde que dejaron huérfana a Amélie.

Fenton lo miró con incredulidad y Kirby se explicó:

—Killian y yo decidimos ocultar que los asesinos eran de *La Hermandad*. Ya habían conseguido que cundiera el pánico entre los vampiros, si dejábamos que se supiera que también estaban asesinando a los humanos... el miedo se hubiera extendido entre toda la sociedad, haciendo imposible la convivencia entre nuestras especies. Recuerda lo que esos monstruos habían estado haciendo durante años...

—Sí, acabaron con todos los eruditos. —Había escuchado muchas veces la historia, pero era algo tan lejano que casi no parecía real.

—Sí, entre otras salvajadas —murmuró—. Killian y yo nos prometimos que acabaríamos con ellos. Y lo hicimos, los fuimos cazando uno tras otro hasta que creímos que los habíamos exterminado, pero parece que nos equivocamos. O, quizás... —Se quedó pensativo. Fenton no necesitó entrar en su mente para saber qué estaba pensando.

—O quizás durante estos años alguien ha estado reconstruyendo la organización.

—Es posible. En cualquier caso, ya que estoy aquí y mientras llega Killian, será mejor que aprovechemos el tiempo. Llévame a ver esos cadáveres y luego quiero hablar con el famoso señor Connolly.

—Claro. Vamos.

Ninguno de los dos se percató cuando se levantaron del camarero que estaba sirviendo en la mesa de al lado, que dejó su bandeja y salió tras ellos discretamente. En la entrada le hizo un gesto a un hombre elegantemente vestido que aparentaba leer un periódico. Este inclinó ligeramente la cabeza y, doblando su periódico con toda la parsimonia del mundo lo dejó sobre la mesa junto a su café, y los siguió balanceando un curioso bastón que llevaba en la mano derecha mientras caminaba.



Solo hacía un día que la habían atacado y que estaba en casa de Cian, pero se dio cuenta de que le gustaba estar allí, aunque le parecía mentira haber hecho el amor con él la noche anterior. La única explicación que encontraba era que debió volverse loca por la pesadilla y por la pastilla que le había dado Aidan. Pero lo importante era que le había encantado cómo la había tratado Cian y lo que le había hecho sentir. Después, no había vuelto a tener pesadillas y, cuando se despertó, ni siquiera recordaba lo que había soñado, lo que era una bendición.

Hacía un rato que Cian la había acompañado al baño donde se había duchado con mucho cuidado y luego se había vestido muy despacio. Ahora estaba sentada ante su desayuno mirando por la ventana. No sabía qué hora era, pero la calle estaba llena de personas de todo tipo que caminaban muy deprisa, carros cargados hasta los topes tirados por caballos y obreros que corrían a sus trabajos. Esa parte de la ciudad estaba cerca de una fábrica y del mercado más importante de Dublín, y era muy entretenido mirar por la ventana para ver pasar a la gente. La casa de Killian estaba en una zona más residencial y solo se veía a gente paseando de vez en cuando.

La distrajo el ruido de la puerta. Era Cian y parecía preocupado, pero sonrió al ver que ya estaba vestida. Se acercó y levantó su rostro para darle un beso largo y ardiente.

—Buenos días, preciosa. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor, la ducha me ha sentado muy bien.

—Tienes una carta.

La esperaba, sería de su casa. Cogió el sobre y le dio las gracias. La letra era de Sarah y, mientras la

leía, Cian se sirvió un café y la observó tomando un sorbo. Por su expresión, dedujo lo que decía la carta y se preparó.

—Es de Sarah.

—Me lo imaginaba.

—Dice que tengo que volver, que Killian está a punto de llegar y que no entenderá que no esté allí.

—Cuando vuelva, hablaré con él. —Lo miró arqueando una ceja. A pesar de que no quería discutir con él, la sacaba de sus casillas.

—Cian, yo soy la que decido.

—No quiero que discutamos porque todavía estás mal, pero... —Ella lo señaló con el índice y negó con la cabeza, como advertencia para que no siguiera.

—¡Ni se te ocurra decirlo! —Pero él continuó. Tenía claro qué era lo más importante para él.

—No vas a marcharte mientras no esté seguro de que allí estás a salvo. Ahora mismo, estás más protegida aquí que en cualquier otro sitio. —Ella abrió la boca indignada.

—¡No puedes impedir que me marche! —Él dio un golpe sobre la mesa provocando que las tazas saltaran sobre los platos.

—¡Por supuesto que sí!

—Cuando venga Killian... —amenazó.

—No le tengo miedo, que venga.

—¡Cian, sois amigos! —No se lo podía creer—. ¿Es que quieres pelear con él? Lo conoces, sabes que no dejará que me quede. Si quieres que tengamos una posibilidad, tendrás que dejar que me vaya. —Él se levantó, furioso porque estuviera cuestionando su derecho a protegerla.

—¡No!, antes que nada, está tu seguridad. Lo demás me importa una mierda. —Ella entrecerró los ojos, desconfiada.

—¿Hay algo que no me has contado, Cian? —Él lo negó, convencido.

—Nada.

Amélie se levantó de golpe, lo que le provocó un fuerte pinchazo en el costado, pero evitó hacer cualquier muestra de dolor. Se encaró con él y volvió a preguntárselo:

—¿Has averiguado algo sobre los vampiros que me atacaron? —Antes de que pudiera contestar los interrumpió una llamada en la puerta y él se acercó a abrir. Ella esperó con los brazos cruzados, pero notó su gesto de preocupación cuando volvió.

—Kirby Richards y Fenton acaban de llegar y quieren hablar conmigo. —Ella se preguntó qué querría el amigo de Killian y, además, magistrado de la zona sur.

—Te acompaño.

—No.

—Cian, o bajo contigo y así te aseguras de que no me haga daño bajando por las escaleras o lo hago sola, y es posible que, en ese caso, se me abra la herida. —Él se pasó la mano por el pelo, agitado.

—Está bien, maldita sea.

Ella intuía que esa no era una visita de cortesía y no iba a dejarlo solo, dijera lo que dijese.

ONCE

Devan había llevado a los visitantes a la sala de reuniones que había en la biblioteca porque era el lugar más tranquilo del club y, cuando Cian y Amélie bajaron, se marchó dejándolos solos. Ella andaba algo más despacio de lo normal e iba apoyada en el brazo de Cian, aunque se negaba a reconocer que estaba empezando a dolerle el costado. Al menos la herida estaba cerrando bien, pero todavía no podía aguantar el roce del corsé. Por eso solamente llevaba su ropa interior y un vestido ligero de lana beige y marrón.

Cuando vio a Fenton, no esperaba emocionarse, pero lo hizo. No se puso a llorar ni nada parecido, pero se acercó a abrazarlo. Él siempre era muy cariñoso con ella y correspondió a su abrazo, a pesar de la mueca de Cian.

—¿Cómo estás, cariño? Dice ese grandullón que te encuentras mejor.

—Sí, sí, no te preocupes. —Dio un respingo en medio del abrazo y Fenton se disculpó.

—Lo siento, ¿tienes la herida en las costillas? —Cian aprovechó para separarlos.

—Podías tener cuidado, Fenton.

—Cian, no le digas nada. Él no lo sabía. —Cian se calló, a pesar de que estaba deseando llevársela al piso de arriba y echar a los otros a la calle. Fenton aprovechó para presentarla al magistrado.

—No sé si recuerdas a Kirby. —La sonrisa de Amélie se volvió algo temblorosa.

Solo lo había visto una vez, en la peor época de su vida. Fue en casa de Killian, días después de que asesinaran a sus padres. El magistrado, entendiendo lo que debía estar pasando por su cabeza, se adelantó y le dio un beso en la mejilla.

—Hace muchos años, pero ya entonces eras muy inteligente. —Ella siguió callada y Kirby se adelantó para estrechar la mano de Cian, intentando aligerar la tensión del momento.

—Killian me ha hablado mucho de ti.

—Espero que no todo haya sido malo. —Estaba deseando acabar con aquello. Se había dado cuenta de que Amélie se había quedado muy callada y su cuerpo se había puesto rígido—. Sentaos, por favor. ¿Queréis desayunar?

—No, ya lo hemos hecho —Fenton contestó por los dos e inició la conversación—: Imagino que no conoces las noticias. —Cian se quedó desconcertado.

—¿Algo nuevo sobre el ataque de ayer?

—No. —Fenton miró a Cian fijamente a los ojos, seguro de que Kirby estaba haciendo lo mismo—. Lorna fue asesinada anoche y de la misma forma que Wilson Cox y su familia. —Instantáneamente, Cian se sintió culpable al recordar su última discusión con ella. Sentía no haber sabido separarse de otra manera.

—¡No puede ser! —murmuró y su cara reflejaba su incredulidad—. Era muy cuidadosa, nunca se quedaba sola. De vez en cuando recibía cartas amenazantes, pero tenía un ejército de hombres para protegerla. —Intentó imaginar quién podía haber sido—. ¿La asesinaron en El Columpio Rojo o en otro lugar? —Amélie entrelazó su mano con la de él, apoyándolo, a pesar de que Lorna fue el motivo por el que se enfadó tanto con él, nada más conocerlo. Cian apretó su mano y, casi sin darse cuenta, se las llevó a la boca para besar la de ella. Amélie encontró la mirada pícaro de Fenton en su horizonte visual y él sonrió. Acababa de darse cuenta de que Cian estaba realmente enamorado. Al menos

Killian no lo mataría, era muy posible que le pegara una paliza, pero no creía que lo matara.

—Ha sido en El Columpio Rojo. Sus empleados dicen que anoche les ordenó que se marcharan; al parecer, estaba esperando a alguien que se quedaría toda la noche y quería estar sola.

Amélie sintió emanar una ráfaga de tristeza de Cian, pero nada más y, a pesar de sentirse mal por ello, se alegró de no percibir ningún sentimiento en él por su antigua amante.

Kirby Richards intercambió una mirada con Fenton y se dirigió a Cian:

—Cian, ¿dónde has pasado la noche? —El aludido irguió la cabeza, indignado, y sus ojos brillaron, furiosos. Estuvo a punto de no contestar, pero tenía que pensar en Amélie. Si lo detenían, la dejaría sola.

—Arriba, en mi casa, durmiendo.

—¿Solo? —el magistrado se lo preguntó sin dudar. Aunque nadie miró a Amélie todos entendieron que se refería a ella.

—Sí. En la habitación de invitados. Amélie ha dormido en la mía.

Kirby Richards afinó su mirada leonada, su larga experiencia le decía que estaba mintiendo. A pesar de que no creía que fuera el asesino, no tendría más remedio que detenerlo si no le decía la verdad.

Amélie había agrandado los ojos al escuchar a Cian y abrió la boca decidida a contradecirlo, pero entonces, le ocurrió lo más sorprendente que le había pasado nunca: escuchó su voz dentro de la cabeza prohibiéndole que dijera nada. Rápidamente, se volvió hacia él y le contestó en voz alta:

—Ya te he dicho antes que yo tomo mis propias decisiones. —Luego, se giró hacia el magistrado —: Señor Richards...

—Kirby, por favor —la interrumpió.

—Claro, Kirby. Él no pudo ser. Hemos dormido juntos.

—Comprendo.

—¡Amélie! —Cian estaba furioso. Pero el magistrado continuó hablando con ella como si él no estuviera delante.

—¿Puedes asegurarme que no pudo abandonar la cama en ningún momento?

—Sí —decidió aclarar más su respuesta para que no quedaran dudas—, quiero decir, que no pudo irse sin que yo me diera cuenta.

—De acuerdo. Gracias por tu sinceridad. Ahora, me temo que tengo que tocar un tema muy desagradable. —La miró fijamente y su voz bajó un tono—. Necesito saber si has vuelto a tener noticias de *La Hermandad*. —El sobresalto de Amélie fue visible y se puso tan pálida que Cian temió que se desmayaría, se acercó a ella protectoramente y miró con cara de odio al magistrado. Pero Kirby parecía algo avergonzado.

—Perdona, Amélie. Puede que haya sido demasiado brusco, pero no tenemos tiempo para ser más cuidadosos. —Cian estaba a punto de saltar, pero al escuchar la voz de Amélie se detuvo.

—No te preocupes, estoy bien —aunque todos se dieron cuenta de que no era cierto, ella continuó hablando—, y no he vuelto a saber nada sobre ellos. Nunca.

—¿Qué es eso de *La Hermandad*? ¿Y qué tiene que ver contigo? —Amélie se pasó la mano por la frente para limpiarse el sudor, de repente la herida la estaba matando. No sabía cómo iba a soportar explicarlo todo, pero Kirby le echó una mano. No necesitaba tener una conexión privada con la muchacha para notar que no se encontraba bien.

—Creo que hemos abusado de tu buena voluntad. —Cian lo miró con ganas de asesinarlo. Ya se estaba poniendo en pie, decidido a llevarla a la cama sin importarle lo que dijera el juez. Fenton y Kirby también se levantaron—. Volveremos a vernos en otro momento. Creo que lo mejor ahora es

que descanses. —Cian se colocó a su lado, esperando a que se levantara.

—Sí. Ven, cariño.

Ella se detuvo un momento para hablar con Fenton.

—Lo siento, si queréis puedo hablar con vosotros un poco más tarde. —Se sentía culpable. Por Killian conocía la importancia de los interrogatorios. Pero, tanto Fenton como Kirby le aseguraron que volverían a verla cuando estuviera mejor y le desearon que se mejorara. Cuando salieron de la biblioteca, Cian la cogió en brazos.

—¿Qué haces? —su voz sonaba sin fuerzas.

—No tenía que haber dejado que te molestaran, no estás bien. Y no te has tomado la pastilla. — Ella frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabes?

—Siento tu dolor. Estamos unidos y siento lo que tú sientes. Cuando estés mejor, tendrás que hablarme sobre eso. —Sabiendo a qué se refería inclinó la cabeza en silencio, aferrada a su cuello, mientras ascendían los escalones. Evitó su mirada durante unos instantes, pero, lo que él pedía era justo y aceptó con un murmullo:

—Luego te lo contaré todo.



Devan, tan eficiente como siempre, esperaba a Fenton y Kirby en el pasillo para acompañarlos a la salida. Los tres caminaron en silencio hasta que el magistrado emitió un sonido extraño, parecido a un jadeo y los otros dos vampiros se volvieron hacia él, para saber qué ocurría. Entonces, siguiendo su mirada, vieron a la humana que había provocado su fascinación. Se trataba de Kristel Hamilton, la bibliotecaria, que siguiendo instrucciones de Devan estaba en la cafetería tomando un té, haciendo tiempo hasta que ellos abandonaran su lugar de trabajo. Se había sentado en una mesa, sola, y leía un libro totalmente abstraída de lo que la rodeaba. Su pelo rubio, sujeto por un moño bajo, estaba empezando a liberarse de las horquillas como si tuviera vida propia y algunos mechones rozaban sus mejillas; era algo que le solía ocurrir, pero que no parecía molestarla. Fenton lanzó una mirada significativa a Devan y este carraspeó, antes de declarar:

—Se trata de Kristel Hamilton, nuestra bibliotecaria. —Kirby volvió la cara hacia Devan repentinamente, al escuchar su nombre.

—¿Hamilton? —Devan estaba sorprendido por su reacción porque era un apellido bastante común.

—Sí, ¿te gustaría conocerla?

—Sí. —Kirby comenzó a andar hacia ella sin esperarlos. Devan aceleró el paso para poder llegar a la vez que él a la mesa de Kristel y así poder presentársela. Además, no la dejaría en manos del magistrado sin saber qué quería de ella. No lo conocía suficiente y todos los empleados del club gozaban de su protección y de la de Cian.

—Kristel. —Ella reaccionó con lentitud, como si le costara abandonar el libro y levantó hacia ellos unos enormes ojos color miel veteados con estrías verde oliva, que se agrandaron al ver a Kirby. Un suave rubor rosado se extendió por sus pómulos al percatarse de la manera en que la miraba el magistrado—. Este es el juez Kirby Richards. —El rubor del rostro femenino aumentó y sus ojos transmitieron el placer que sentía.

Fenton y Devan se miraron, atónitos, presenciando la efusión de la pareja al saludarse. Fenton, que ya la conocía, la saludó con la mano para no interrumpirlos, aunque le hubiera dado igual no hacerlo

porque estaba absorta en el juez.

—¡Encantada, señoría! Admiro mucho sus escritos sobre el *Tratado de Mannë* y la jurisprudencia de la *Primera Edad*.

—Creía que nadie, además del editor, los había leído. A menos que sea para echar una cabezadita. —A menudo, algunos de sus conocidos criticaban sus libros diciendo que su forma de escribir incitaba al sueño, pero Kristel se sintió ofendida al escucharlo.

—¡No es así, yo leo todo lo que escribe! Precisamente gracias a sus libros entiendo mejor las leyes vampíricas. —Al ver que había sido demasiado efusiva, se calló bruscamente.

—Muchas gracias, señorita Hamilton.

—Kristel —rectificó.

—Kristel. —Kirby saboreó su nombre observándola como si fuera una fruta dulce y jugosa y ella volvió a enrojecer—. Dígame, Kristel, ¿es usted familia de Alexander Hamilton? —Ella enmudeció y se quedó mirándolo fijamente. Hacía muchos años que nadie le hacía esa pregunta, pero nunca renegaría del nombre de su padre.

—Sí, era mi padre —Kirby asintió, entristecido.

—Lo conocía, ¿sabe? Siempre que podía acudía a sus conferencias, aunque solía darlas en Dublín. Siento mucho lo que le pasó.

—Gracias. Tengo curiosidad por saber por qué me ha preguntado si éramos familia. —Kirby se encogió de hombros.

—En realidad no tiene ningún mérito. He recordado que una de las veces que hablé con él, me contó que tenía una hija, una preciosa niña llamada Kristel. —Ella sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas al recordar el cariño de su padre y parpadeó para ocultarlas. Nadie había vuelto a quererla de esa manera, sin condiciones, y aceptándola como era. Kirby, consciente de sus sentimientos, alargó la mano y rozó la suya con una ligera caricia que le transmitió mucho más de lo que hubiera podido hacer cualquier palabra.

—Siento interrumpir, pero tenemos que marcharnos. Hemos quedado con el inspector que lleva el caso y ya llegamos tarde. —El juez lanzó una mirada molesta a Fenton, pero tenía razón.

—Kristel, espero que volvamos a vernos —ella se despidió con un murmullo estrechando su mano y observó cómo se marchaban.

Fenton esperó a estar fuera del club para aclarar algo:

—Devan, ¿tú lo sabías?

—¿El qué?

—Que Kristel es hija de uno de los eruditos asesinados por *La Hermandad*.

—No tenía ni idea. Y no creo que Cian lo sepa.

Cuando se marcharon, Devan se quedó fumando un cigarro junto a la entrada, reflexionando.

DOCE

Amélie se tomó la pastilla y la ayudó a desvestirse. Después, cuando estaba en la cama, notó que estaba temblando.

—¿Tienes frío? —Ella cerró los ojos, sin ganas de hablar.

—Enseguida entraré en calor. —Cian se sentó en la silla esperando que se durmiera y cuando lo hizo, se marchó sin hacer ruido.

Al pasar por el despacho de Devan, lo vio hablando con la bibliotecaria. La expresión de su amigo le dijo que debía entrar y así lo hizo. Ella se levantó en cuanto lo vio, disculpándose sin darse cuenta de que él no sabía de qué le hablaba.

—Lo siento mucho, señor Connolly. —Estaba consternada—. No era mi intención ocultarles nada, simplemente quería conseguir el trabajo por mí misma y no gracias al nombre de mi padre. Con el tiempo se lo hubiera dicho, por supuesto. —Cian miró a Devan y él se lo explicó.

—Gracias a Kirby, me he enterado de que el padre de Kristel era Michael Hamilton, uno de los Eruditos. Algo que ella nos ha ocultado deliberadamente, aunque no imagino por qué. —Los ojos de Cian, dilatados por la sorpresa, volvieron a mirar a la bibliotecaria, pidiéndole una explicación.

—Lo siento, no sé qué más decir. Lo que he dicho es cierto... quería contárselo, pero disfrutaba tanto con mi trabajo y los días fueron pasando sin darme cuenta y... —Cian, enfadado, la interrumpió.

—¿Los días? ¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí, Kristel?

—Seis meses, señor. —Devan miró a su amigo. Entendía su enfado, pero no era algo tan grave. Lo que ocurría era que, cualquier cosa que pudiera poner en peligro a Amélie, lo hacía ser mucho más duro de lo habitual.

—Has tenido numerosas ocasiones para ser sincera.

—Tiene razón, señor, pero me gustaba mucho el trabajo y no quería tener problemas. En alguna ocasión... —Se mordió la lengua para no confesarlo todo.

—Habla. Lo único que no perdono en mis empleados es que me mientan.

—En el anterior trabajo que tuve, me echaron cuando se enteraron de quién era mi padre. —Cian miró a Devan por si él lo entendía, pero su gesto negativo le indicó que tampoco lo hacía.

—¡Maldita sea! ¿Por qué? No estoy al tanto del trabajo de tu padre, pero creo que estaba muy bien valorado por toda la sociedad vampírica.

—Por toda la sociedad no. Algunos lo consideraban y aún lo siguen considerando un híbrido. —Su rictus se volvió amargo al decir la última palabra.

—No lo sabía. —Ella, a pesar de todo, mantenía la cabeza erguida con orgullo, lo que hizo que los dos la miraran con admiración—. ¿Tu padre era medio humano?

—Sí. Su madre, mi abuela, era humana antes de que la transformaran.

—Comprendo, y ¿puedo entender por qué nos lo has ocultado?

—¿Estoy despedida?

—No, pero espero que esto sea lo único que no nos has contado.

—Es lo único, se lo aseguro —Cian asintió y se marchó a su despacho, mientras escuchaba a Devan ordenar a Kristel que volviera al trabajo.

Cuando se sentó ante su mesa, le pareció ver una sombra en el pasillo y se levantó para observar el lugar a través del cristal de la puerta. Aunque se quedó mirándolo fijamente durante unos minutos, no vio nada; entonces, salió y recorrió el pasillo hasta la cocina, luego, miró hacia las escaleras con los ojos entrecerrados, pero era imposible que nadie hubiera llegado hasta allí sin que él o Devan lo hubieran visto. Mientras volvía sobre sus pasos, la sombra subió rápida y silenciosamente hasta el dormitorio donde dormía Amélie.



No podía respirar y, a pesar de que sabía que no era real, no podía despertarse. Alguien, con el rostro cubierto por una máscara, estaba intentando estrangularla. Luchó, pero como ocurría casi siempre en los sueños, no tenía fuerzas. Cuando estaba convencida de que moriría se despertó e inspiró profundamente. Volvió la cabeza enseguida al notar su presencia y lo vio. Estaba sentado en la silla que había dejado Cian junto a la cama y la miraba atentamente, esperando a que despertara.

—¿Cómo estás, ardilla? —Alargó la mano hacia él, sin pensar. Luego se daría cuenta de que lo había hecho porque todavía no estaba consciente del todo, porque nunca se tocaban, a menos que fuera por algún contacto casual realizado durante los entrenamientos. Pero Lee cogió su mano entre las suyas, arrugadas por la edad, y su calidez la consoló e hizo que se le pusiera un nudo en la garganta.

—Bien, es una herida superficial. —Su presencia fue como un bálsamo para ella, no sabía que necesitaba tanto verlo. Él la observaba con expresión preocupada, muy diferente al semblante inalterable que solía mostrar siempre.

—No hablo de la herida de tu cuerpo, esa curará. —Ella se quedó confusa—. Eres valiente, Amélie, una tigresa, en realidad. —Le resultaba extraño escucharle decir su nombre—. Pero hasta un valiente necesita que lo ayuden, a veces —de repente, cambió de tema—. Killian viene.

—¿Cuándo? —Adoraba a su tutor, pero no quería que él y Cian se pelearan. Se incorporó en la cama intentando sentarse, pero Lee la detuvo.

—No. Tú reserva fuerzas. Vendrá pronto, es posible que esta noche —mintió para que estuviera tranquila—, pero no preocupas, hablaré con él. No vendrá a buscarte, de momento —Amélie lo dudaba. Killian valoraba mucho su opinión, pero no creía que fuera capaz de detenerlo esta vez.

—¿Estás seguro? —Él parecía a punto de hacer alguna travesura, pero esperó a ponerse el gorro negro que había dejado en la mesilla y que siempre llevaba cuando salía de la casa, antes de contestar:

—Yo, seguro. Ahora, hablar con tu futuro marido. —Y como si fuera lo más normal del mundo, se marchó dejándola boquiabierta.

Lee bajó ágilmente las escaleras, al hacerlo sus pies casi no rozaban el suelo ni hacían ningún ruido, y se dirigió hacia el hombre que pretendía a la pequeña ardilla. Suspiró pensando en lo que le gustaría estar en su casa tomando un té, y no a punto de hablar con un occidental desconocido, pero tenía que averiguar cómo era.

Se quedó ante la puerta, esta vez dejándose ver, pero no tuvo que esperar demasiado. Cian lo observó fijamente durante un par de segundos dándose cuenta de que él era la sombra que le había parecido ver un poco antes y, a pesar de que nunca lo había visto, lo reconoció. Era Lee, el maestro de Killian y Amélie. Se levantó y lo invitó a pasar.

—Entre y siéntese. Por favor, señor Ping. —Lo observó con curiosidad disimulada, aunque había visto a muchos ancianos parecidos a él en el barrio chino. Iba enteramente vestido de negro con pantalones de tela de algodón anchos y una chaqueta de estilo oriental. Tenía el cabello muy largo,

enteramente blanco y lo llevaba peinado en una única trenza que colgaba de su espalda y la barba también era blanca y larga, aunque estaba recortada. Todo en él transmitía una sensación de limpieza y cuidado.

El anciano se sentó y se quitó el pequeño gorro circular de tela negra que llevaba puesto, lo dobló y lo guardó en una de las mangas de la chaqueta. Entonces, miró a Cian, que se sintió como si estuviera siendo examinado, pero no dijo nada. Sabía lo importante que era ese hombre para Amélie.

—¿Quiere verla?

—Ya he visto. —Cuando Lee estaba distraído, era cuando peor hablaba el inglés. Cian desvió la mirada hacia el pasillo donde había visto una sombra poco antes, y volvió a mirar al anciano. Empezaba a entender que Killian lo apreciara tanto. Lee sonrió como si le hubiera leído la mente y le hiciera gracia lo que veía. Luego, se irguió, poniéndose serio.

—Tú y yo, hablar. Ardilla es buena chica, fuerte y valiente, pero mucho dolor de pequeña.

—Lo sé —Cian asintió, aunque todavía no lo sabía todo. Pero se enteraría.

—Necesita buen hombre que camine con ella y le ayude a atravesar los caminos llenos de tinieblas. Su corazón te ha elegido a ti, aunque todavía no lo sabe. Tú cuidarás de ella —señaló su cara con un huesudo dedo índice y Cian se quedó rígido— Cian Connolly —en la boca de él, su nombre sonaba diferente, como si hablara de otro.

Lee vio algo en el rostro del vampiro que lo ablandó un poco.

—Tú también herido. Tienes cicatrices, pero todos tenemos vida dura alguna vez. —Cian hizo una mueca.

—Eso no importa, solo quiero que ella esté bien.

—No quieres solo eso. —Sonrió travieso y Cian le correspondió.

—Es cierto.

—Mi ardilla ha sido muy... generosa contigo. —Para su vergüenza, Cian se ruborizó—. El sexo es bueno, es parte del camino, pero los occidentales suelen hacer las cosas más difíciles de lo que son. —Sus sabios ojos negros no dejaron de observar el rostro de Cian, hasta que tomó una decisión—. Cuando fue a Francia, Killian me pidió que fuera con ella. Yo vivía aquí y él venía a verme algunas veces para entrenar, como lo llamáis vosotros. Vino al día siguiente de que mataran a los padres de la niña. Me dijo que estaba en peligro, quería llevarla a Francia para que no pudieran encontrarla y que yo protegiera. Lo de enseñar, fue después.

—Ahora tiene sentido. La historia de un maestro de artes marciales al que le permiten dar clase a una chica tan joven que estudia en un internado, era muy rara. —Lee se encogió de hombros.

—Eso no cosa mía. Solo cuento para que tú sepas. Cuando ella volvió a Dublín, yo vine también y ahora vivo en casa de Killian. —Ladeó la cabeza como si estuviera escuchando algo que Cian no era capaz de oír—. Debo irme. —Sacó el gorro y se lo puso, a la vez que se levantaba.

—¿Ocurre algo? —Se acercó, preocupado por el anciano. Pero él, sorprendiéndolo, lo miró muy sonriente.

—No preocupas. Killian llega, pero yo hablo con él. —Después, se dio la vuelta para marcharse, pero antes de hacerlo, le dijo, como si no tuviera importancia—: Tus hombres fuman juntos en la puerta, se distraen y dejan entrar a lentos ancianos chinos o a otras personas. —Cian sonrió, a pesar de la crítica, por la manera irónica de referirse a sí mismo. El «lento anciano» desapareció por el pasillo antes de que se diera cuenta.



Killian estaba a punto de subir al coche para ir a buscar a Amélie a pesar de los ruegos de Gabrielle de que esperara, cuando notó una vibración conocida a su izquierda y al volver la cabeza, vio venir a Lee por la acera con su zancada característica, rápida y larga, a pesar de su corta estatura. Cerró la puerta sin subir al coche y lo esperó; cuando lo tuvo delante, inclinó la cabeza para saludarlo y el anciano lo imitó.

—¿La has visto?

—Sí.

—Entremos —avisó a James de que no necesitaría el carruaje y entró en la casa, seguido por el anciano; impaciente, se dirigió a la salita que estaba junto a la entrada—. Siéntate, Lee. —Lo hicieron los dos, frente a frente—. ¿Cómo está? —Killian intentó esquivar su sentimiento de culpabilidad y ser objetivo.

—Bien, herida no grave y está con futuro marido. Él cuidará bien. —No hizo caso del sobresalto de Killian cuando habló de Cian y continuó hablando. Lo conocía mejor de lo que él creía y sabía cuál era su verdadera preocupación—. Tú no culpa de lo que le ha pasado. —Pero Killian dudaba de semejante afirmación.

—Ya.

—El mejor luchador no es el que malgasta su energía con la culpa; es el que, después de una caída, se levanta y sigue peleando, con cabeza fría para ser el más fuerte y rápido. No para vencer, sino para proteger a ti y a los tuyos. —Se levantó—. Quizás llevas demasiado tiempo sin clases —insinuó, antes de marcharse.

Killian lo siguió con una maldición quitándose la chaqueta y preguntándose cómo era posible que siempre supiera lo que tenía que decir.



Cian subió cuando encargó la cena. Había estado trabajando toda la tarde. Después de hablar con el maestro de Amélie había arreglado el «problemilla» de seguridad que había en la entrada del club; luego, había avisado a algunos contactos que mantenía en los bajos fondos, para que le consiguieran información acerca de los tres sucesos: los asesinatos del ministro y su familia, el ataque a Amélie y la muerte de Lorna. A cambio, les había ofrecido una importante cantidad de libras.

Se frotó la nuca mientras subía las escaleras. Una de las camareras le había dicho que Amélie había merendado bien y que cuando se había llevado la bandeja vacía, estaba sentada junto a la ventana, leyendo. Kristel también le había llevado algunos libros que creía que le podrían interesar, siguiendo instrucciones suyas.

Estaba leyendo en el sofá, aunque levantó la mirada cuando entró. Él se sentó a su lado.

—¿Cómo estás?

—Mucho mejor. Esta noche no creo que necesite tomar la pastilla para dormir.

—Estupendo. —Repentinamente, la cogió por la cintura y la sentó en su regazo, provocando que ella soltara un grito ahogado; después se rio nerviosamente, encantada. Al entrar le había parecido muy frío y se había sentido un poco insegura. Sin embargo, ahora mucho más relajada, lo abrazó por el cuello—. Eres un verdadero pimpollo. Te comería entera, de arriba abajo.

—¿Pimpollo? —Ella arqueó una ceja. Por su tono sabía que era una alabanza, pero no conocía esa palabra.

—Una jovencita muy apetecible. —Hociqueó en su cuello inhalando profundamente su olor.

Estaba muy bella, aunque para él siempre lo estaba. Se había dejado el pelo suelto, salvo por un par

de mechones que se había sujetado a los lados de la cabeza con unas peinetas doradas. Su cabello los rodeaba como una telaraña rojiza y dorada que los impidiera separarse. Con un gruñido apasionado, la besó y buceó en su boca, sediento de su sabor. Los separó una llamada en la puerta.

—Es la cena. —La dejó de nuevo en su sitio, completamente ruborizada, y rio por lo bajo al ver cómo intentaba recomponerse un poco, antes de que él abriera.

Entraron tres camareros y colocaron un carrito con comida, y una mesa con flores y velas en muy poco tiempo; después, se marcharon discretamente.

—¿Te gusta?

Ella se acercó a la mesa, que tenía ruedas y que habían vestido con una mantelería blanca bordada, cubertería de plata y la cristalería más fina que ella había visto; además, los platos tenían dibujos de pequeñas hojas y estaban ribeteados con pintura dorada.

En el centro de la mesa habían puesto un pequeño florero con tulipanes, que ella sabía que eran casi imposibles de conseguir en esa época del año; luego se fijó en el carrito, que traía varias fuentes de plata repletas de comida con una apariencia exquisita.

—Gracias, Cian, está todo precioso. —Él aceptó con gracia su beso en la mejilla y, muy sonriente, le separó caballerosamente la silla para que se sentara.

—Entonces, a cenar.

TRECE

—Me ha encantado la cena, pero he bebido demasiado.

—Estamos los dos solos, así que no importa. —Él se encogió de hombros haciendo que la chaqueta verde que disimulaba en parte su recia musculatura, se tensara.

—Hay algo que quiero preguntarte desde que llegué, ¿por qué no estás viviendo en tu casa?

—A veces vivo allí, pero paso muchas temporadas aquí; cuando hay mucho trabajo o algún problema que tenga que solucionar personalmente.

—¿No es demasiado caro mantener esa mansión, si casi no vives en ella? —La miró fijamente. Era difícil de explicar por qué la razón para comprar aquella casa no había sido racional, pero quería que ella lo conociera bien.

—Siempre había querido tener una casa grande, así que cuando me enteré de que, la que ahora es mi casa estaba a la venta por un precio muy por debajo de su valor real, no lo pensé. El dueño anterior era un noble que se había arruinado y que tenía prisa por marcharse del país, para huir de las deudas. También lo hice pensando que sería perfecta para mi familia.

—¿Tu familia? —Se había puesto muy seria, pero él también tenía preguntas.

—Sí. —Dejó la copa sobre la mesa y se inclinó hacia ella—. Ahora, cuéntamelo. —Ella tragó saliva y asintió. Llevaba preparándose todo el día. Sabía que él había esperado a que se encontrara mejor para pedírselo y se lo agradecía. Empezó a hablar con voz monótona, como si se estuviera refiriendo a otra persona:

—Mi padre era un librepensador que estaba a favor de la unión total entre vampiros y humanos y, por ese motivo, lo rechazaban en ambos mundos. Era francés igual que mi madre, toda mi familia lo era, y debido a la persecución que sufrían en su país, decidieron venir a vivir aquí cuando yo era muy niña. Mi padre era un hombre tranquilo y bueno, y mi madre... —suspiró, recordando con tristeza— mi madre nunca levantaba la voz y siempre tenía algo agradable que decir de todo el mundo. Hasta que no he sido mayor no me he dado cuenta del profundo amor que se tenían, y de que yo era parte de su vínculo. Nunca me he sentido tan querida y segura como cuando era niña. —Su mirada se perdió en la distancia con una sonrisa melancólica.

—¿En qué estás pensando? —Lo miró, sorprendida.

—Recordaba que esa noche mi padre me había traído una muñeca nueva. Era de trapo, pero tenía la carita de porcelana; yo estaba muy contenta y me acosté abrazada a ella, desterrando a mi vieja muñeca al baúl de los juguetes que había bajo la ventana. Me desperté asustada en medio de la noche, había oído un ruido extraño... —Necesitaba que entendiese lo ocurrido aquella horrible noche—. Pensé que era una tormenta y a mí me aterrorizaban los rayos y los truenos. Desde muy pequeña estaba convencida de que los rayos no te podían alcanzar estando debajo de la cama y me escondí allí, abrazada a mi muñeca, esperando que se terminara la tormenta.

—Pero no era una tormenta... —Amélie negó con la cabeza.

—No, los ruidos que oí debieron ser los que hicieron cuando rompieron la puerta de la entrada. Abrazada a la muñeca, escuché los gritos de mis padres y las amenazas continuas de aquellos hombres. Dos de ellos vinieron a mi habitación, vi sus pies desde mi escondite, pero no se les ocurrió mirar debajo de la cama. Imagino que hubieran vuelto a por mí al no encontrarme en el resto de la

casa porque los oí gritar mi nombre, llamándome, pero algo los ahuyentó. Luego supe que había sido Killian que venía siguiéndoles la pista... —No podía resistir sentir su tristeza y se acercó a ella y la abrazó, ella se pegó a él agradeciendo su consuelo.

—No digas nada más. —Se sentaron en el sofá con las manos unidas, pero Amélie quería que lo supiera todo.

—Cuando crecí lo suficiente para entenderlo, Killian me dijo que había sido una sociedad secreta, *La Hermandad*, que llevaba mucho tiempo amenazando a mi padre por sus ideas. Entonces decidí prepararme para poder trabajar en *La Brigada* con él, para luchar contra todos los que eran capaces de hacer algo así. —Por fin Cian lo entendía todo.

—Por eso Killian te llevó a Francia siendo una niña, para alejarte de aquí y le pidió a Lee que te ayudara.

—Sí, él se fue a vivir a una casita cerca del colegio, la del antiguo guarda. Durante mucho tiempo temí que volvieran a por mí, pero gracias a él lo superé. Pero ahora han vuelto y seguirán matando. Estoy dispuesta a luchar hasta el final, pero esta noche... —de repente, su mirada parecía desesperada y se agarró a él como si se estuviera ahogando— necesito olvidar, al menos por unas horas. Ayúdame, Cian.

La besó con todo su corazón. Haría lo que fuera por ella.

Amélie estaba tan concentrada en el beso que se sorprendió al sentir las manos de Cian subir por sus piernas, encantado al notar que no se había puesto medias. Las yemas de sus dedos rozaban apenas la sensible piel de la muchacha provocando ligeros estremecimientos a su paso. Cuando Cian separó sus labios de los suyos para poder admirarla abiertamente, confesó:

—Llevo todo el día pensando en este momento. Quiero desnudarte. —Su mirada incandescente consiguió que se olvidara de todo y respondió con una sonrisa traviesa.

—Pero después yo haré lo mismo contigo. —Él se rio por lo bajo y ella se puso de pie y se dio la vuelta para que la ayudara con los botones. Cuando se los desabrochó, ella se agachó para quitarse el vestido, pero Cian la detuvo. Quería hacerlo él.

Actuó como la doncella más eficiente descubriendo su cuerpo ávidamente hasta dejarla en paños menores; solo estaba cubierta por una camisa semitransparente y las bragas. A propósito, también le había dejado puestos los zapatos y la estampa le había provocado una erección tan grande que el miembro le dolía. Alargó la mano para terminar de quitarle la ropa, pero ella le dio un cachete, bromeando.

—¡Ah, no, de eso nada! ¡Ahora me toca a mí!

Tenía el corazón acelerado, pero no hubiera dejado de hacerlo por nada del mundo. Primero le desabrochó el chaleco dejando que él se quitara la corbata, pero le prohibió que se tocara la camisa y, cuando por fin se la quitó, la temperatura de la habitación había aumentado varios grados. Dejó su maravilloso torso al descubierto y pasó las yemas de los dedos por él como si estuviera acariciando una obra de arte.

—Eres tan guapo, Cian. —Notó que le faltaba poco para abalanzarse sobre ella—. Ni se te ocurra, no hemos terminado todavía. —La pasión que había en su mirada hizo que le costara continuar, pero lo hizo. Siguió con los pantalones, a pesar de que le llevó un poco de tiempo desabrocharle los botones debido al bulto de su miembro. Después, él se los quitó al igual que los calzoncillos y lanzó las dos prendas lejos; ella se adelantó e infundiéndose valor, acarició su miembro observando, asombrada, cómo crecía con su caricia.

—Haces que me sienta poderosa. —La miró como si fuera un creyente adorando una diosa en la antigüedad.

—Lo eres. —Ella se estremeció de placer, pero Cian se preocupó.

—¿Tienes frío?

—No. —Se adelantó para acariciarlo de nuevo, pero él se retiró. Se había hecho de noche y el piso se había quedado frío; él no lo notaba, pero ella, seguramente sí.

—Acuéstate, querida. Voy a encender el fuego.

Obedeció, pero antes terminó de desnudarse y luego se tapó con las sábanas rápidamente. Estaba deseando observarlo desde la privilegiada posición de la cama, que estaba frente a la chimenea y lo que vio no la defraudó. El poco tiempo que tardó en que las llamas prendieran, le bastó para disfrutar de cada detalle de su cuerpo. Su piel bronceada parecía del color del oro a la luz de las llamas y su pelo que, habitualmente parecía completamente negro, brillaba con reflejos azulados.

Cian estaba cómodo con su desnudez moviéndose igual que si estuviera vestido, y le sorprendió comprobar que seguía tan excitado como cuando ella lo había tocado, momentos antes. Observó fijamente su miembro y se excitó pensando en el placer que le daría en unos instantes, provocando una languidez en su cuerpo desconocida para ella; además, sentía que tenía el legítimo derecho de devolverle el mismo placer que él le había dado tan generosamente en cada uno de sus encuentros.

Nunca se había considerado una mujer romántica o sensual, al contrario, estaba segura de que nunca se enamoraría ni tendría una familia tradicional. Conocer a Cian había hecho que todo eso cambiara, aunque durante bastante tiempo se había resistido a reconocerlo.

Cuando el fuego ardió con fuerza, él se acercó a la cama. La destapó lentamente y ella abrió los brazos, susurrando:

—Hazme lo que quieras. —El deseo encendió las mejillas de Cian y sus ojos se volvieron totalmente rojos cuando recorrieron su desnudez. Demasiado excitada para sentir vergüenza lo observaba con los párpados entornados, y se mordió el labio inferior cuando él posó una mano en su pecho derecho, y comenzó a acariciar el pezón con el pulgar.

—Eres preciosa. —Se obligó a sí misma a permanecer quieta dejando que él mirara cuanto quisiera.

Ella no estaba de acuerdo con su opinión, siempre había creído que se encontraba demasiado delgada, pero, por su expresión, se diría que estaba contemplando a la mujer más bella del mundo. Entonces le vio hacer un gesto con la boca cerrada que le había visto hacer en otras ocasiones; cuando le crecían los colmillos involuntariamente pasaba la lengua sobre ellos intentando controlarse. Y advirtió lo que le ocurría.

—¿Tienes sed? —Ladeó el cuello para que su vena fuera más visible, incluso se apartó la melena al otro lado para que tuviera libre acceso a ella. Su corazón se aceleró como si quisiera bombear más sangre para proveerle mejor, pero Cian dudaba—. Estoy bien, te lo prometo. Contéstame.

—Me muero de sed —su voz sonó tensa y ella sonrió, provocándolo.

—Entonces, bebe. —Él se inclinó, sin cambiar de postura, pero ella negó con la cabeza. Quería que estuviera sobre ella cuando lo hiciera—. No, tumbate sobre mí. —Él accedió con un gruñido de placer y olfateó su cuello, disfrutando de su olor. Cuando lo retuvo en sus pulmones, lamió su vena y la mordió con fuerza.

Amélie gimió y él, sin dejar de beber su esencia vital, bajó su mano hasta encontrar el clítoris y comenzó a acariciarlo. La humedad de ella lo incitó a aumentar la rapidez de sus movimientos y ella agitó las caderas al compás que él marcaba, hasta que su placer explotó. Solo entonces, él lamió los pinchazos del cuello, retirándose de su cuello. Apoyando su peso en los codos, la observó hasta que ella abrió los ojos, y la besó. Amélie, deseando devolverle el favor, deslizó la mano hasta encontrar su sexo y cerró los dedos alrededor de él. Cian se tumbó de costado permitiéndole hacer lo que quisiera

con él, como ella sabía que haría. Se sentó y observó ese órgano que hasta hace poco era tan desconocido para ella y que le provocaba tanta curiosidad. Tocó con el dedo índice la parte de arriba, provocando un gemido en Cian y que su cuerpo se pusiera muy tenso.

—¿Te duele? —susurró Amélie. Él negó con la cabeza como si no pudiera hablar—. Entonces... ¿te gusta?

—Sí.

Alargó su brazo para que acercara su rostro y poder besarla, pero ella se resistió:

—Espera un momento. —Era la primera vez que podía ver sus ojos estando tan cerca y los examinó con fascinación. Sus pupilas prácticamente habían desaparecido y el iris era de un color rojo ígneo. Seguía teniendo el miembro erecto y se sintió cruel por hacerlo sufrir de esa manera.

—Cian —se tumbó de espaldas otra vez—, ven. —Pero él tenía otras ideas y dijo:

—No, probemos otra cosa. Túmbate de costado, así, pero frente a mí. —La ayudó y ella obedeció intrigada. Cuando estuvieron cara a cara y sus cuerpos se juntaron, la besó apasionadamente lamiéndola con gula y jugando con su lengua, a la vez que acariciaba sus pechos. Amélie gimió al sentir cómo tiraba de sus pezones.

—Hazlo ya. —No quería que la preparara más. Necesitaba que la penetrara en ese instante.

—Tranquila, mi amor, ninguna fuerza del cielo o de la tierra me detendría ahora. —Ya ni siquiera se sorprendía porque leyera su mente con tanta facilidad.

Su erección presionaba el pubis femenino y Amélie se retorció necesiéndolo dentro.

—Pon la pierna sobre mí, así te abrirás más. —Lo miró confusa y él cogió su pierna izquierda y la subió encima de su cadera, provocando que la punta de su miembro penetrara en su vagina.

—Relájate y aférrate a mí. —Ella lo hizo, rodeándolo con los brazos y él aprovechó para empujar hasta lo más hondo en ella, provocando un grito de Amélie; después se quedó mortalmente quieto y, al ver que ella tampoco se movía, empezó a retirarse, pero lo sujetó por la muñeca.

—¡No, no te salgas! —suplicó—. Estoy bien. —Su labio superior se había llenado de gotitas de sudor y en su mirada se mezclaban la satisfacción y el dolor—. Es que no sabía que podías llegar tan dentro de mí. —Respiró por la nariz profundamente y se acercó a él un poco más, empalándose en el resto de su miembro y gimiendo en el proceso. Cian estuvo a punto de eyacular al verla hacerlo, pero apretó los dientes y aguantó. Ella sonrió al conseguirlo—. Ya estás dentro del todo, ¿no? —él asintió, pero seguía preocupado.

—¿Te duele?

—Un poco —susurró.

Cian sabía que era normal siendo primeriza y buscó su clítoris, como había hecho la otra vez, y lo estimuló hasta que ella volvió a excitarse; cuando Amélie acompasó las caderas al movimiento de su mano, él volvió a moverse saliendo y entrando de ella, cada vez más deprisa. Hasta que ella pensó que no podría soportarlo más.

—Cian, por favor —suplicó. Todo su cuerpo clamaba por la satisfacción; estaba completamente sudada y se movía de modo frenético, esforzándose por alcanzar el placer y poder descansar.

—Ahora, amor mío —susurró la voz grave de él—. Hagámoslo juntos.

Un pellizco inesperado en el escondido brote de Amélie provocó que el mundo explotara a su alrededor, y que los latidos de su corazón reverberaran en sus oídos, a la vez que su cuerpo se convulsionaba fruto de los espasmos de un placer desconocido. Cian gruñó al sentir la contracción de los músculos internos de ella y se dejó ir, abrazándola con fuerza mientras reposaba la cabeza sobre su hombro.

Exhausta, acarició la cabeza masculina siguiendo el contorno de su cráneo con las yemas de los

dedos, en un acto de ternura que no sabía que poseía. Después, palpó su cuello musculoso y sus hombros. Cian, muy quieto, disfrutaba de sus caricias y sus siguientes palabras lo sorprendieron incluso a él:

—Me siento como si por fin hubiera encontrado mi hogar. —Ella levantó la cara buscando sus ojos, pero él se los ocultaba. Conmovida, acarició su mejilla y contestó:

—Esa frase seguramente será lo más bonito que me dirás nunca. —Entonces sí la miró.

—Nunca he tenido familia, hasta ahora. Tú eres mi familia. Lo supe en cuanto te conocí.

—Odio llorar, pero me lo estás poniendo muy difícil. —Parpadeó varias veces para alejar las lágrimas porque quería que siguiera hablando—. ¿Te criaste en la calle?

—No, en un orfanato. —Se encogió de hombros intentando restarle importancia, aunque ella ahora podía ver las cicatrices en su mirada—. Como muchos niños, no es nada del otro mundo. —Sonrió inesperadamente y pareció que el sol salía después de una tormenta—. Lo bueno es que siempre he sido un grandullón y me defendía bien; además, soy muy testarudo. Te lo digo por si no lo habías notado.

—¡No me digas! —bromeó.

—Desde que fui capaz de pensar por mí mismo, decidí que saldría de allí en cuanto pudiera y haría lo que fuese necesario para ser rico —cuando terminó de hablar hizo un gesto amargo con la boca, como si no le gustara lo que acababa de decir y ella no lo entendió.

—Pues lo conseguiste. Y tiene mucho mérito.

—Sí, pero tener dinero no es suficiente. Gracias a ti me he dado cuenta de que estaba satisfecho con mi vida, pero no era feliz. Ahora sí, y haré lo que sea para seguir siéndolo. —Ella puso la mano en su corazón, notando su latido fuerte y regular.

—Yo también.

—Entonces no hay nada que temer, velisha. —Se impresionó al escuchar cómo la llamaba.

Era el nombre que los vampiros daban a sus parejas y que tantas veces había oído cuando Killian hablaba con Gabrielle. Fascinada, se durmió acunada por los fuertes brazos de su futuro marido. Como Killian decía: «Lee, al final, siempre tiene razón».

CATORCE

Cian se despertó bruscamente. Aunque se levantó despacio, Amélie se movió inquieta, y él se inclinó sobre ella, susurrando.

—Tranquila, sigue durmiendo. —Esperó hasta comprobar que no se despertaría y luego fue al baño. Había percibido que él llegaría en pocos minutos y no quería que Amélie estuviera presente.

Se dio una ducha rápida y se vistió enseguida; poco después estaba en la puerta del club, esperándole mientras bebía un café y hablaba con los gemelos, a los que les tocaba vigilar esa entrada. El carruaje de Killian llegó antes de que se terminara el café. Le dejó la taza a Al para que la sujetara, mientras iba a abrir la puerta del coche y saludó a su amigo al hacerlo:

—Buenos días, Killian... —sus siguientes palabras se vieron interrumpidas al recibir un enorme puñetazo en la boca, que lo envió volando a varios metros de distancia. Al y Buck corrieron hacia el carruaje dispuestos a defender a su jefe, pero los detuvo. Se había puesto en pie y se tocaba la mandíbula, agradecido de que, al menos, no le hubiera roto nada:

—¡Quietos! ¡Esto es asunto mío!

Killian bajó estirándose las mangas de la camisa, como si no le dolieran los nudillos como mil demonios. Como siempre, iba impecablemente vestido, con traje oscuro y camisa blanca, aunque los cubría parcialmente con una capa corta y negra.

—Buenos días, Cian. Sigues teniendo la mandíbula como un yunque. —El aludido, ante el asombro de los gemelos, se acercó a él con la mano extendida y sonriendo.

—Buenos días. Te esperaba desde hacía horas. —Killian miró primero su mano extendida y luego su rostro.

—Eres un cabrón, pero tienes unos huevos enormes. —Aceptó su mano, más tranquilo por el golpe que le había dado, y entraron en silencio en el club. Dirigiéndole una mirada irónica, comentó —: Hueles a café y mataría por una taza.

—¿Y si consigo que el cocinero, que ya está levantado, te haga un desayuno completo?

—No estaría mal. —Miró hacia las escaleras que conducían al piso de arriba y Cian lo notó.

—Está bien. Ahora duerme, pero si quieres, la aviso.

—Todavía no. Prefiero que hablemos antes.

—De acuerdo.

Se sentaron en uno de los reservados que había al fondo de la cafetería y la camarera tomó nota de los desayunos. Cian notaba un hormigueo constante en el labio, pero eso no le preocupaba. Lo importante era la conversación que iban a tener, sabía cuánto lo quería Amélie.

—Lee me convenció ayer para que no viniera a matarte, pero esta mañana me he despertado con la urgente necesidad de hacerlo —Cian asintió, comprensivo.

—Lo entiendo.

—¿Crees que vas a conseguir algo dándome la razón? —Bebió un sorbo de su café, pero se aguantó las ganas de decirle lo bueno que estaba—. ¿No pudiste esperar a que volviera?

—Killian —colocó las palmas de las manos hacia arriba sobre la mesa, en una petición involuntaria de comprensión—, sabías lo que siento por ella. Es mi velisha, te lo he dicho varias veces. Tú, mejor que nadie, debería entenderlo.

—Sí, pero te pedí que esperaras hasta que ella te aceptara —recriminó.

—Lo sé, pero tuve que traerla aquí para protegerla, ¿o eso también te parece mal?

—No. Esa es la única razón de que no te haya matado —alardeó—. Cian, sé que darías tu vida por ella... no tengo dudas sobre lo que sientes, pero quería que tuviera más tiempo para hacerse a la idea. Es tan joven... —Cian lo miraba con una mueca burlona y Killian supo por qué.

—Ya sé lo que piensas...

—¿Te refieres a que es solo un poco más joven que tu reciente y bellísima esposa? Teniendo en cuenta que tú me llevas a mí más de cincuenta años, creo que nuestra edad está más en consonancia que la vuestra. —Killian decidió dedicarse al desayuno para evitar volver a pegarle y Cian lo imitó en silencio. Cuando terminaron, Killian se limpió con la servilleta pareciendo más tranquilo.

—Estaba todo muy bueno. Anoche estaba tan enfadado que no cené. Siento lo de Lorna, aunque sé que ya no había nada entre vosotros... no es agradable.

—Gracias. ¿Entonces?

—¿Entonces? ¡Qué cara tienes! —Pero ante su encanto y conociendo sus verdaderos sentimientos por Amélie, no pudo seguir negándose—. Está bien, pero antes tengo que asegurarme, por ella, de que eso es lo que quiere.

—De acuerdo.

—Anoche hablé con Fenton largo rato y coincidí con él en que los responsables de los asesinatos que está investigando *La Brigada* y del ataque a Amélie, son miembros de *La Hermandad*. No sé si sabes que también fueron ellos los que asesinaron a los padres de Amélie.

—Sí, ella me lo ha contado. —Entonces Killian supo que ella confiaba en él porque nunca hablaba acerca de aquello.

—Voy a convocar una reunión. Cuando Fenton informó a Gale sobre sus sospechas acerca de *La Hermandad*, su hermano escribió a los cuatro para que consiguieran toda la información que pudieran sobre ellos. Es el momento de descubrir si han descubierto algo.

—¿Quieres que la reunión sea aquí?

—Sí, lo antes posible.

—De acuerdo, le diré a Devan que ponga en marcha la red de llamadas.

—Y ahora me gustaría ver a mi pupila. —Cian se levantó dejando a Killian con una segunda taza de café mientras iba a avisar a Amélie.

La despertó para decirle que Killian estaba abajo y, al contrario de lo que esperaba, ella se alegró. Saltó de la cama ágilmente como si ya no sintiera ningún dolor y cogió la ropa que iba a ponerse. Él estaba confundido:

—¿No te preocupa que haya venido Killian? —Ella ya se había puesto la ropa interior y ahora estaba decidiendo si el vestido estaba demasiado arrugado para ponérselo, pero apartó un momento la mirada para fijarla en Cian.

—No, ¿por qué me iba a preocupar?

—Por lo que hemos estado haciendo estos dos días. —Se acercó a él con una sonrisa burlona.

—Pobrecito, ¿te ha dicho algo? —Le molestó un poco su actitud burlona y se señaló el golpe que, a pesar de su rapidez en curarse, todavía se notaba en sus labios hinchados. La cara de ella se transformó y se acercó a él, indignada.

—No tiene derecho a pegarte. —Se mordió el labio—. Lo siento, Killian, de verdad. Pensaba que se enfadaría, claro, pero que te gritaría o algo así. —La abrazó, más tranquilo.

—Está claro que no conoces a Killian cuando está enfadado. ¿Te ha gritado muchas veces? —Ella lo pensó.

—Creo que no. Ninguna que yo recuerde.

—Porque no es de los que gritan. —La besó para distraerla—. No ha tenido importancia y no pienso lo mismo que tú. Tenía derecho a pegarme. Si alguien se hubiera llevado a mi hija y hubiera hecho con ella lo que hice contigo, no me habría conformado con darle un puñetazo.

—Pero él no es mi...

—¿Padre? —continuó y ella no supo cómo contestar—. Querida, no lo es biológicamente y no lo llamas así, pero a efectos reales, lo es. Te aseguro que, para él, tú eres su hija.

—No me malinterpretes. Estoy muy agradecida a Killian y, junto con Gabrielle, hasta ahora eran mi única familia —le acarició la mejilla—, pero nunca lo había considerado como un padre. Puede que sea porque no quiero echar de menos a mi padre biológico.

—El nombre es lo de menos. Date la vuelta. —Mientras ella hablaba le había puesto el vestido y ahora le estaba abrochando los botones.— Y no le digas nada sobre el puñetazo, no quiero que os enfadéis por esa tontería.

—Está bien, pero me gustaría verlo a solas.

—Como quieras, ¿le digo que suba?

—¿Estás loco? ¿Con esa enorme cama, que es lo primero que se ve al entrar en la habitación? —Aparentó estar horrorizada, pero no pudo aguantar la risa y él la imitó. Cogiéndola de la mano, la llevó hacia la puerta.

—Podéis hablar en la sala de reuniones. La biblioteca no se abre hasta las nueve y estoy seguro de que Kristel todavía no ha llegado. Allí nadie os molestará.

—Muy bien.

Cuando la dejó instalada, fue a buscar a Killian que lo esperaba impaciente en la entrada de la cafetería.

—Te está esperando en la sala de la biblioteca.

—De acuerdo.

Aunque no había pensado reaccionar así, en cuanto Killian entró en la habitación Amélie corrió hacia él y lo abrazó con un sollozo ahogado.

—¡Shhhh! —La acunó como cuando era una niña—. Tranquila, pequeña, ya estoy aquí. Siento mucho no haber estado cuando te ha pasado todo esto. —Lo miró con los ojos húmedos, pero sonreía.

—No, no digas eso. Yo sí que siento que hayáis tenido que interrumpir vuestra luna de miel. ¿Gabrielle está muy enfadada? —Killian sonrió.

—La conoces y sabes que no. Solo está preocupada por ti; quiere que vuelvas a casa enseguida. —Rio por lo bajo—. Ya verás el rapapolvo que me va a echar si no vuelves conmigo. ¿Y tu herida? —Rozó suavemente con su índice el moratón de su rostro y su mirada se afiló, deseando asesinar al que se había atrevido a tocarla—. No sabía que también te hubieran pegado.

—No tiene importancia, no te preocupes, y la herida ya está muy bien. Cian me hace las curas y Aidan ha venido ayer a verme y me dijo que está cerrando muy deprisa. Ven, sentémonos un momento.

Cuando lo hicieron uno junto al otro, lo miró muy seria y le dijo:

—¿Recuerdas que, hace unos meses, me preguntaste qué opinaba sobre la propuesta de Cian y lo que te contesté?

—Sí, te dije que quería casarse contigo y que solo te pedía que le dieras una oportunidad para demostrarte lo que sentía. Y tú me dijiste que no estabas interesada, ni en él ni en ningún otro. Que no te casarías nunca —ella asintió con expresión grave.

—Estoy arrepentida, muy arrepentida, Killian. He sido terriblemente cobarde.

—¿Tú? Nunca has tenido ni un pelo de cobardía en todo tu cuerpo.

—Puede que no a que me pase algo a mí, pero no podría soportar perder a alguien más. Preferiría morir yo veinte veces antes que tener un marido e hijos, y perderlos. —El semblante de Killian se ensombreció.

—Comprendo, y —apretó la mano que había dejado sobre la mesa— lo entiendo, pero no tiene por qué pasarte lo que les ocurrió a tus padres. Nunca sabemos lo que nos depara el destino, pero eres muy joven y podrías vivir muchos años con Cian, si es lo que tú quieres. Tú decides, pero no concibo que rechaces la felicidad a la que tienes derecho, por la remota posibilidad de perderla en algún momento. Y te aseguro que no hay mayor alegría en la vida que amar y ser correspondido. — Ella estaba fascinada.

—Pareces un poeta.

—Si se lo cuentas a alguien, te mato —bromeó.

—No se me ocurriría —rio, pero volvió a ponerse seria a continuación—, pero no tienes que convencerme. Los minutos que estuve luchando por mi vida en ese sucio callejón, sirvieron para darme cuenta de que había estado dos años mintiendo a todo el mundo, a Cian, a ti y, lo peor de todo, a mí misma. Y recé por tener una oportunidad para recuperar el tiempo perdido, porque lo cierto es que me enamoré de él en cuanto lo conocí. —Killian tenía una sonrisa benevolente en los labios y ella hizo un mohín—. No parece sorprendido.

—Porque no lo estoy. Desde la primera vez que os vi juntos, supe que esto terminaría así. Pero tenías que ser tú la que diera el paso; por eso estaba tan enfadado con él, porque le había pedido que te diera tiempo y pensaba que había aprovechado el ataque para...

—No, no lo culpes, Killian. Ha sido cosa mía y ya sabes lo cabezona que soy.

—Espero que, al menos, haya sido paciente contigo. —Ella se ruborizó, pero fue sincera y lo miró a los ojos al responder.

—Lo ha sido, y también muy cariñoso. Soy muy feliz.

—Es lo menos que te mereces —refunfuñó, fingiendo seguir enfadado—. Supongo que tendremos que empezar a preparar la boda —bromeó y ella frunció el ceño.

—¡De eso nada! Todavía no me lo ha pedido y quiero que lo haga como es debido. Quiero que se arrodille y me entregue un anillo. ¡Lo quiero todo!

La carcajada de Killian se escuchó desde el despacho de Cian que sonrió antes de levantarse para ir a su encuentro. Tampoco era cuestión de dejar que decidieran ellos solos todo su futuro.

QUINCE

Kirby había aprovechado para investigar un poco por su cuenta y llegaba tarde. Todos debían estar ya en la reunión, pero lo que había descubierto merecía la pena. Al cruzar la calle en la que estaba el club, vio llegar a Fenton y Killian. Se acercó a ellos, aunque el zorro de Killian ya había presentado que estaba cerca y no se molestó en disimular, pero él se sorprendió ver su expresión de felicidad.

No había vuelto a verlo desde su boda, que él mismo había celebrado como juez, y sintió algo de envidia al pensar que, estadísticamente y debido a las pocas velishas que había en comparación con el número de vampiros sin pareja, era difícil que él tuviera la misma suerte que su amigo. Killian se adelantó, abrazándolo con fuerza, algo que también lo sorprendió. Ninguno de los dos había demostrado nunca su afecto tan efusivamente.

—¡Kirby!, ¡qué alegría verte! —Se separó de él para observarlo bien y no le pasó desapercibida la mueca de amargura que vio en su rostro. Su amigo seguía sin encontrar nada que lo hiciera feliz—. ¿Dónde te hospedas?

—En el... —Pero no lo dejó terminar.

—¡Me da igual!, luego enviaremos a alguien a por tu maleta y te vienes a casa... y ¡muchas gracias por tu ayuda! Fenton me ha dicho que acudiste enseguida a nuestra petición.

—Te lo agradezco, pero no es necesario. Ya que estás aquí había pensado irme en un par de días, en cuanto te hayas puesto al día con el caso. Mi zona no es tan entretenida como el distrito del norte, pero también tengo mucho trabajo. Y no tengo una brigada como la tuya que me ayude —ironizó. Killian sonrió enseñando todos los dientes. Era consciente de que Kirby y los magistrados extranjeros envidiaban al equipo de investigadores que él mismo había formado poco a poco, y lo entendía.

—Me da igual lo que digas. A partir de ahora y hasta que vuelvas a Cork, dormirás en mi casa. —Fenton, muy agradecido a Kirby por su ayuda, terció:

—Si te parece bien, yo me encargo de recoger tus maletas —Kirby asintió después de pensarlo un momento, a él también le apetecía pasar algo de tiempo con su antiguo amigo, se sacó el reloj de la levita. Él nunca empezaba una reunión tarde, pero Killian era menos formal.

—¿Entramos? Deben de estar esperándonos.

—No te preocupes, me extrañaría que empezáramos a la hora; cuando no llega uno tarde, lo hace otro. Somos muchos y todos estamos muy ocupados. Al principio discutíamos mucho por eso, pero ya nos hemos acostumbrado.

Cuando entraron en el club, Kirby la buscó por todos lados. Fenton se acercó a él, con la diversión brillando en sus ojos negros y susurró:

—Estará en la biblioteca. —Kirby no le dijo que no sabía a quién se refería ni nada parecido, simplemente asintió y se encaminaron hacia allí.

Parecía vacía, pero Kristel apareció detrás de una estantería de madera llevando bastantes libros en los brazos, que parecían a punto de caerse. Kirby se adelantó y, sin mediar palabra, se los quitó de encima.

—¿Dónde quieres que los lleve? —Ella señaló una mesa cercana que estaba bajo una ventana y él obedeció. Killian, que se había quedado parado junto a Fenton, entendió la situación nada más verla y

comentó, como si tal cosa:

—Te esperamos dentro. —Kirby no contestó, ni siquiera lo escuchó. Toda su atención estaba en Kristel que había empezado a colocar los libros en diferentes montones sobre la mesa, después de darle las gracias. Cuando los dejaron solos, se acercó a ella y la bibliotecaria levantó la mirada sorprendida al comprobar que no se había marchado.

—Me gustaría conocerte mejor. Sé que es muy precipitado, pero solo voy a estar en la ciudad un par de días... podríamos comer juntos, quizás, ¿mañana? —Kristel no estaba acostumbrada a relacionarse con los hombres; solo los había tratado por motivos de trabajo o mientras estudiaba, pero no se necesitaba demasiada experiencia para saber lo que Kirby Richards pretendía y, a pesar de lo mucho que lo admiraba, tenía que negarse.

—No, lo siento. —Él retrocedió un paso, desconcertado.

Había creído que la atracción era mutua. Incluso ahora, le parecía sentir que ella también se sentía atraída por él. Pero asintió y, algo ofendido, entró en la reunión decidido a olvidarse de ella. Los asistentes hablaban entre ellos, aunque era una conversación distendida; estaban preguntándole a Killian algo sobre su luna de miel, pero se quedaron callados cuando él entró.

—¡Ah!, ya estás aquí. No sé si conoces a todos. —Killian se lo quedó mirando y Kirby asintió y comenzó a estrechar las manos de los asistentes.

—Sí, ya nos conocemos... James, Niall, Stuart. —James Mackenna, Niall Collins y Stuart Byrne formaban, junto con su amigo Burke Kavannagh, el grupo al que llamaban *Los Cuatro Legendarios*. Era imposible haber nacido en Irlanda y no conocerlos.

—Me imagino que Burke no ha podido venir, ¿no? —Cuando fue a buscarlo para que viniera a Dublín, le había avisado de que tenía que viajar a América al día siguiente por negocios y que estaría allí cerca de un mes.

—No, ya sabíamos que estaría fuera del país.

Cian, como dueño del club estaba obligado a asistir y se había sentado junto a Killian y a su otro lado estaba Fenton, que era el que había dirigido la investigación hasta el momento.

—Todos sabéis por qué estamos aquí, así que no vamos a perder el tiempo. Fenton. —Lo miró y el aludido comenzó a explicar lo que habían descubierto.

—Gracias a Killian y Kirby, sabemos cómo actuaban los asesinos de *La Hermandad* anteriormente, y por eso hemos podido comprobar que son los mismos métodos que se han utilizado en estos asesinatos. Además, los tres vampiros que atacaron a Amélie tenían una marca muy característica, una serpiente blanca y negra tatuada en la parte interior de la muñeca derecha, igual que los antiguos acólitos de *La Hermandad*.

Kirby intervino:

—Recuerdo que algunos no tenían el tatuaje en la muñeca. Algunos lo tenían oculto en un hombro o en la espalda; eran los que estaban infiltrados en la sociedad como uno más de nosotros.

—Cierto —corroboró Killian. Él y Kirby habían luchado codo con codo contra ellos en aquella época.

—No sabemos demasiado sobre ellos —Fenton cabeceó disgustado, a pesar de sus esfuerzos no parecían avanzar en el caso—. Lo que es seguro es que están bien entrenados y dirigidos, y que sus víctimas no están elegidas al azar; quieren derrocar al Gobierno e imponer un nuevo sistema que esté dirigido por vampiros, y convertir a los humanos en esclavos. —Alguien llamó a la puerta y Cian se levantó para ver quién era; mientras, los demás comenzaron a murmurar entre ellos, preocupados por las palabras de Fenton. Cian escuchó lo que Devan le dijo al oído y se volvió hacia los demás, esperanzado:

—Acaba de llegar una persona a la que llevábamos buscando dos días y que creo que puede darnos una información muy importante. —Miró a Killian pidiéndole permiso. Por ser el que dirigía la reunión, era el que tenía que decidir quién podía estar presente en ella.

—Claro, dile que entre. —Cian murmuró algo a Devan y permaneció de pie esperando a Mary. Se asustaría menos si lo veía a él primero, antes de sentarse frente a unos cuantos vampiros desconocidos.

La mujer que entró a continuación llevaba un vestido de un rojo muy vivo y con un gran escote. Tenía un cuerpo voluptuoso y era atractiva, pero la expresión de miedo que contraía su rostro, lo afeaba. Al ver la habitación llena de elegantes caballeros que esperaban en silencio, retrocedió dos pasos para marcharse, pero Cian la sujetó y todos escucharon cómo se dirigía a ella:

—Mary, no tengas miedo. Devan te ha asegurado que te protegeremos y sabes que siempre cumplo mi palabra, ¿no es así? —la voz de la humana sonó aterrorizada y sus ojos claros se movían inquietos, desde la cara de Cian a las de los demás vampiros presentes en la sala.

—Mi hija no sobreviviría sin mí. No tenemos a nadie más y solo tiene diez años.

—Mary, en cuanto nos digas lo que sabes, os pondremos en un tren para que salgáis de Dublín, tendrás dinero suficiente para empezar una nueva vida en otro sitio. —Ella parecía a punto de salir corriendo, pero entró, aunque lo hizo despacio como si temiera que alguien la atacara. Killian, acostumbrado a tratar con testigos amedrentados, se levantó para que se sentara a su lado. Esperaba tranquilizarla y, además, ver su expresión de cerca cuando contestara a las preguntas.

—Siéntese, Mary, se llama así, ¿no? —ella asintió pasándose la lengua por los labios resecos.

—Sí, señor. —Agarraba su bolso como si fuera un salvavidas. Killian sintió lástima por ella.

—No se preocupe, señora. Nadie va a hacerle daño, se lo aseguro. —Contrariamente a lo que esperaba, en lugar de tranquilizarse, ella se echó a llorar y sacó un pañuelo arrugado de su bolso para limpiarse—. ¿Se encuentra bien? Si quiere, pueden traerle un té, un café o alguna otra cosa.

—No, señor, prefiero acabar cuanto antes. —Killian miró a Cian, pero él ya se había acercado a ella para estar a su lado.

—Mary trabajaba en El Columpio Rojo, por eso me conoce; a través de un amigo me enteré de que una de las chicas que trabajaban allí había visto algo, la noche que asesinaron a Lorna, e hice algunas preguntas. Resultó que el testigo era Mary y que ha estado escondida desde entonces porque el asesino la vio escapar, pero no fue capaz de detenerla o no pudo perseguirla en ese momento. Eso todavía no lo sé, espero que ella nos lo aclare. —Killian le hizo un gesto para indicarle que él se encargaba del interrogatorio desde ese momento.

—Entonces, ¿vio usted a los asesinos?

—No, señor, solo a uno. —Solo se escuchaban las voces de los dos en la habitación; el resto los observaban fijamente, pendientes del testimonio de la humana.

—¿Era alguien habitual del club? —Ella miró a Cian, que le hizo un gesto para que contestara.

—No, señor, no lo había visto nunca. —Killian notó que el nerviosismo de la humana crecía en lugar de disminuir y decidió probar otra cosa.

—Mary, quizás sea mejor que usted misma nos cuente lo que vio aquella noche. Cuando termine, si tengo dudas sobre algo, se lo preguntaré, ¿le parece?

—Sí, señor... señorita... señor...

Killian la interrumpió para poder avanzar:

—Lámeme Killian, por favor.

—No podría, señor.

—Como usted quiera. Empiece. —Ella se mordió un lado de la mejilla haciendo memoria y,

pasados unos segundos, lo hizo.

—Lorna llevaba mucho tiempo sin un amante fijo y cuando estaba así se ponía más insoportable de lo habitual. —Ninguno quiso mirar, a propósito, a Cian—. Y como su humor había mejorado de repente, todas pensamos que tenía un protector nuevo. Pero este era distinto, cuando se reunía con él no quería que hubiera nadie más en el club. Eso era muy raro —miró a Cian directamente—, algunos de sus amantes anteriores venían a recogerla y se la llevaban a su casa, otros pasaban un rato con ella en el club y luego se iban, incluso algunos se quedaban a pasar allí la noche, pero nunca había tenido ninguno tan misterioso. Cuando tenía una cita con este, nos decía a todas que nos tomáramos la noche libre y que no volviéramos hasta las doce del día siguiente. Así se aseguraba de que ninguna lo veíamos.

Cian la interrumpió:

—¿Y los hombres que siempre tenía Lorna en la entrada? Tienen que haberlo visto entrar y salir...

—Cuando él bajaba del carruaje, lo hacía con una máscara y tenían órdenes de dejarlo pasar sin intentar averiguar quién era. Cuando se marchaba, también lo hacía enmascarado. Pero esa noche, Lorna les ordenó que también se fueran a casa, como a todas nosotras. —Cian se sorprendió. Lorna jamás dejaba su local sin vigilancia.

—Siga, Mary.

Ella volvió a mirar a Killian y obedeció.

—Yo me fui a casa como todas, pero estaba a medio camino cuando recordé que se me había olvidado mi dinero. Verá, Lorna nos había pagado por la noche lo de la última semana y yo lo necesitaba para los gastos de la casa, y no iba a dejarlo allí para que cualquiera se lo llevara... así que volví y entré sin que nadie se diera cuenta. Como los muchachos de la entrada no estaban, colarme fue muy fácil. Estaba todo tan silencioso que pensé que no había nadie y, después de coger mi dinero, ya me iba a marchar cuando escuché risas y me escondí detrás la puerta de mi habitación, que estaba entreabierta; desde mi escondite veía un trozo del pasillo y vi a Lorna pasar corriendo, desnuda, perseguida por un hombre. Bueno, entonces yo pensé que lo era. Cuando la alcanzó, la levantó en brazos y se la llevó al dormitorio de ella; al pasar junto a la lámpara de gas que alumbraba el pasillo pude verle bien la cara.

Killian se inclinó hacia delante.

—¿Recuerda cómo era?

—Igual que si lo tuviera delante ahora mismo. Tenía los colmillos fuera y era rubio y muy guapo. Alto, delgado... parecía muy joven. No creo que deba decir nada más, señor, porque iba sin ropa. En cuanto se metieron en la habitación salí como alma que lleva el diablo y me fui corriendo a mi casa. Al día siguiente, cuando volví, ella estaba muerta. —A pesar de las circunstancias, Killian carraspeó intentando no sonreír, seguro de que, si se lo preguntaba, lo siguiente que Mary le diría era si estaba bien dotado o no.

—¿Se lo dijo a la policía?

—¿Está loco? ¿Quiere que me arresten por prostitución? —Lo miraba como si hubiera perdido el juicio. Tenía razón, la policía la detendría primero y preguntaría después.

Kirby hizo un gesto y Killian contestó a su petición:

—Habla, Kirby, por favor.

—Podríamos pedir a algún retratista que dibuje su cara. Sé que la policía está empezando a utilizar dibujantes para que trabajen con los testigos, y así conocer la apariencia de algunos delincuentes.

James Mackenna, que había estado tan callado como todos los demás, se sintió obligado a intervenir:

—No solo la policía, yo tengo uno muy bueno en el periódico. Está trabajando en Wicklow, pero mañana estará de vuelta en el tren de primera hora. Si quieres, le diré que deje lo demás y se ponga con eso.

Killian aceptó, antes de que terminara de hablar.

—Hazlo, James, por favor. —Mackenna se levantó para enviar aviso y Cian se inclinó hacia la humana.

—Muchas gracias, Mary.

Killian le preguntó un par de detalles que no le habían quedado claros; después, Devan se la llevó siguiendo instrucciones de Cian, mientras llegaba el dibujante de Mackenna.

—¿Qué opináis?

El primero en hablar fue Stuart, el militar:

—Es curioso que no haya ni rastro de ningún antiguo en *La Hermandad*, por lo que decís, todos parecen ser jóvenes, ¿es así?

—Exacto —confirmó Killian.

—Lo que no quiere decir que no haya alguno involucrado —puntualizó Niall Collins, el conde.

—Kirby y yo siempre pensamos que el cerebro de la sociedad tenía que ser un vampiro antiguo. Debían tener un líder al que siguieran todos, pero no encontramos nada.

Dagger estaba distraído, desde que se había enterado de lo ocurrido, no podía quitarse de la cabeza a los Cox, sobre todo a la pequeña Maggie, la hijita.

—¿Habéis sabido algo acerca de los asesinatos de Wilson Cox y su familia? —Fenton suspiró disgustado.

—Una testigo que vive enfrente y que oyó los gritos, vio a unos jóvenes salir corriendo de la casa y subirse a un carruaje. Pero era de noche y no pudo verles la cara, solo que le parecieron jóvenes y que iban bien vestidos. No eran los típicos delincuentes callejeros.

—Igual que los que atacaron a Amélie —apostilló Cian y Kirby asintió. Él y Fenton habían visto los cadáveres y se decidió a decir lo que todos estaban pensando.

—Killian, a mí me parece que el asesinato de Lorna Khan y el ataque a tu pupila, están relacionados y el nexo es Amélie; por la razón que sea, el objetivo es ella o cualquiera que se relacione con ella —miró a Cian—, yo diría que han ido a por Lorna Khan porque fue tu amante, como si te estuvieran castigando por relacionarte con Amélie. Si no hubieran asesinado a sus padres hace años, podríamos pensar que es una casualidad, pero siendo así... —se encogió de hombros y Killian se frotó la cara, preocupado, porque pensaba lo mismo— quizás deberíamos usarlo a nuestro favor, utilizarla de cebo...

No había terminado la frase cuando Cian se había puesto en pie, gruñendo y con los ojos de un color rojo ardiente. Estaba a punto de saltar sobre Kirby y todos se levantaron para detenerlo, pero Killian fue el más rápido. Se puso delante de él para que no pudiera ver al otro juez y, cogiéndolo por el brazo, lo zarandeó levemente para llamar su atención:

—¡Tranquilízate, Cian! Nadie en esta habitación pondría a Amélie en peligro, al contrario. —Cian respiró hondo varias veces hasta que se calmó un poco y accedió a sentarse, pero siguió mirando a Kirby como si estuviera valorando qué momento sería mejor para retorcerle el cuello. El otro sonreía a pesar de ver la intención asesina en sus ojos e intentó explicarse:

—Cian, todos queremos lo mismo. Solo estoy diciendo que necesitamos un plan para sacar a esas sabandijas de su madriguera, y que podemos aprovechar la obsesión que demuestran por Amélie. Pero yo jamás haría nada que la perjudicara.

—Está bien.

Entonces, empezaron a urdir el plan.

DIECISÉIS

Cian esperaba impaciente en la biblioteca de Killian, mirando sin ver, por la ventana que daba a la calle Coleraine. Hacía tres días que no veía a Amélie y aún no entendía cómo lo habían convencido para que, mientras él hacía los arreglos necesarios para la fiesta, ella permaneciera en casa de Killian. Cuando accedió, no imaginó que sería tan difícil estar sin ella; se había acostumbrado a su presencia asombrosamente rápido. Se volvió hacia la puerta al escucharla bajar por las escaleras sintiéndose algo inseguro, pero se relajó al ver su sonrisa.

—¡Cian, estás aquí! Ese malvado de Killian solo me ha dicho que había alguien esperándome. Le he preguntado si eras tú y me ha dicho que no. Todavía debe de estar riéndose. —Cerró la puerta para tener intimidad y voló a sus brazos; se colgó de su cuello y le hizo inclinar la cabeza para besarlo, ante la sorpresa de él que se alegró al constatar que ella también lo había echado de menos.

El beso fue muy fogoso y los dejó con ganas de más. Cuando se miraron a los ojos de nuevo, los dos sonreían íntimamente recordando los momentos pasados juntos. Él la mantenía tan pegada a su cuerpo que Amélie se ruborizó al notar su excitación.

—Te he extrañado mucho. Demasiado. —Ella suspiró, feliz; aunque estaba segura de que ella había sentido mucho más la separación.

—Ya te dije que no hacía falta que nos separáramos, podía haberte ayudado con los preparativos.

—No. He estado casi todo el día fuera del club arreglándolo todo y buscando información para Killian, y no quería que te quedaras tanto tiempo sola.

—¿Sola? —Lo miró como si estuviera loco—. Si aquello es como una fortaleza... —Se quedó callado observándola.

Sabía que lo quería, que su amor era recíproco, pero al estar tan íntimamente unidos conocía el deseo que seguía teniendo de trabajar en *La Brigada*, y no quería ser ningún obstáculo para ella, aunque no sabía si soportaría que trabajara en algo tan peligroso. Quería que fuera completamente feliz y también que estuviera segura. Y estaba dispuesto a hacer todo lo que estuviera a su alcance para conseguir las dos cosas.

—Sentémonos un momento —ella asintió, preocupada al ver lo serio que estaba. Creía que había venido para hablar sobre la fiesta, pero esa no parecía ser la razón de su visita.

—Cian, ¿pasa algo? —Se sentaron muy juntos y él cogió sus dos manos entre las suyas y la miró.

—Quiero que hablemos un momento. Cuando Killian me dijo que quería que vinieras a su casa hasta que se celebrara la fiesta, le costó convencerme, pero ha sido lo mejor.

—Dice que te pusiste como una fiera y que ya habías perdido los papeles antes durante la reunión. Que tienes muy mal carácter, pero yo le he contestado que ya lo sabía —bromeó.

Le avergonzaba un poco recordar que casi ataca al magistrado Richards; afortunadamente, gracias a Killian, se contuvo a tiempo. Respiró hondo y se sacó la dichosa caja del bolsillo esperando que no le temblara la mano y, volviendo la palma derecha de ella hacia arriba, se la puso encima. Ella observó la cajita, adornada con un elegante lazo dorado, y lo miró a los ojos; en ellos vio algo que hizo que su corazón se acelerara.

—Killian dice que lo quieres todo y estoy de acuerdo. Eres mi velisha, Amélie. Ya te lo he dicho más veces y quiero, no... necesito que unamos nuestras vidas. Si quieres, haremos una boda

tradicional, no me importa. En cuanto a la conversión, esperaremos un poco, hasta que te acostumbres a la idea, pero creo que debemos hacerlo. Te haría más fuerte y junto con tu habilidad para la lucha, serías capaz de defenderte de cualquier vampiro. —Amélie, aterrorizada, mantenía la mirada baja, ocultándole lo que pensaba—. ¡Eh!, ¿qué te pasa? —Acababa de ver una lágrima resbalando por su mejilla y le levantó la barbilla para poder verla bien. Ella le sonreía entre lágrimas.

—Nada, que soy idiota. Tenía mi vida totalmente planificada, hasta que te conocí y ahora... Ahora no sé qué hacer... —Se encogió de hombros. Era demasiado. Estaba a punto de ponerse a llorar y lo peor era que no sabía si era de felicidad o no. Estaba hecha un lío, pero la expresión de decepción de él, la destrozó.

—Entiendo —Cian mintió para que no se sintiera mal y observó la pequeña caja donde había puesto todas sus esperanzas, y que ella mantenía en su mano como si estuviera deseando devolvérsela—. Bueno, lo importante es que lo lleses esta noche, para que los de *La Hermandad* crean que estamos prometidos y que se vean obligados a actuar —aparentó indiferencia, como si no sintiera que le acababan de clavar un puñal en el corazón—, después, ya veremos. —Se levantó enseguida y ella lo imitó, aturdida—. Me voy. Todavía tengo algunas cosas que organizar para que todo salga bien. Nos vemos en la fiesta.

—¡Cian, espera! —Lo siguió, pero él no hizo caso a sus llamadas y se marchó sin que pudiera hablar con él. Antes de verlo traspasar la puerta de la calle, ya se había dado cuenta del grave error que había cometido.

Gabrielle estaba sentada en la sala de mañana mientras se tomaba un té. Estaba supervisando los gastos de la casa, cuando Amélie entró corriendo:

—¡Gabrielle! —Se levantó al verla tan disgustada.

—¡Querida! —La abrazó y acarició su cabeza suavemente, como si fuera una niña—. ¿Qué ha pasado?

—¡Cian acaba de pedirme en matrimonio! —Le enseñó una cajita de terciopelo verde de las típicas de joyería, abierta, donde refulgía un anillo. Tenía un gran brillante central rodeado de otros más pequeños formando una caracola.

—Es precioso, ¿no te gusta? —Sabía que ese no era el problema, pero prefirió dejar que ella se explicara.

—Sí, es el anillo más bonito que he visto en mi vida, pero —Gabrielle esperó paciente— le he dado a entender que no quiero casarme con él. —Su amiga no entendía nada; sabía cuánto quería Amélie a Cian.

—¿Por qué has hecho algo así?

—No me lo esperaba y —se frotó los ojos— me he puesto nerviosa..., pero se ha marchado antes de que pudiera explicárselo.

—No pasa nada, es un malentendido. Esta noche vais a veros y podrás arreglarlo.

—Sé que no he actuado bien, pero podía haber tenido un poco de paciencia. —Gabrielle la miró seriamente.

—Cariño, imagínate si hubieras sido tú la que le hubieras pedido en matrimonio y que él te hubiera contestado así. No quiero saber qué os habéis dicho exactamente —le avisó—, eso es cosa vuestra, pero dime, ¿cómo te habría sentado si hubiera actuado así?

—Fatal, no le hablaría en varios días, puede que semanas. Me hubiera dolido mucho.

—Pues exactamente eso es lo que le ha pasado a él. —Movi6 la cabeza comprensiva—. Después de estar dos años casada con Killian, se han derrumbado mucho de los mitos que yo misma tenía. Como el que las mujeres queremos más y mejor que los hombres. —Amélie la escuchaba atentamente, algo

más tranquila—. Hay hombres que no son sensibles, eso está claro, pero otros —suspiró, feliz—, otros no, como yo he podido comprobar en mi matrimonio. Killian es mi compañero perfecto, ningún otro me haría tan feliz, estoy segura.

—Cian también me hace muy feliz. Pero yo quería hacer tantas cosas...

—Solo tienes que preguntarte si todo eso que quieres hacer es más importante, para ti, que él.

—No, lo dejaría todo sin dudarlo por él, pero si me caso, no podré ser agente de *La Brigada* y llevo casi toda mi vida preparándome para ese momento. ¡He luchado tanto! —Gabrielle apretó su mano cariñosamente, sabiendo cuánto le costaba hacer esa afirmación.

—Tenías tan planificada tu vida, querida, que ahora te es difícil cambiar algunos de esos propósitos. Pero es posible que no tengas que hacerlo, al menos, no del todo. Puede que, aunque te unas a Cian, puedas trabajar para *La Brigada*, aunque no como agente. Seguro que Killian te encuentra algún trabajo con el que seas igual de útil.

—No sé cómo voy a conseguir que Cian me perdone.

—¡Cariño! —En cuanto la abrazó, Amélie percibió el tranquilizador olor a lilas que siempre desprendía—. Ninguno de nosotros podríamos estar mucho tiempo enfadados contigo. Te queremos demasiado. Y estoy segura de que él te perdonará en cuanto se lo expliques. Ahora sírvete un té, tómatelo conmigo y cuéntame cómo vas a ir vestida esta noche.

Esa noche se dio un largo baño con agua caliente y después, con el pelo mojado y vestida solo con una bata, estuvo secándose sentada frente a la ventana de su habitación que daba al parque. Había hecho caso a Gabrielle, se había acostado un poco después de comer y ahora se sentía mejor. Estaba empezando a pensar que su comportamiento al hablar con Cian había sido provocado por el cansancio más que por otra cosa, porque desde que había vuelto a casa de Killian había dormido muy poco; pasaba las noches dando vueltas interminables en la cama echando de menos sus brazos.

Cuando se secó el pelo, se recogió unos mechones en la coronilla con unas horquillas y el resto lo dejó suelto. Luego llamó a la doncella, que le ayudó a ponerse un vestido de seda dorado muy favorecedor. Antes de bajar, cogió un chal a juego esperando poder llevar a Cian al jardín para hablar con él.

Se sorprendió al ver su palidez en el espejo y se pellizcó las mejillas para tener un poco de color. Killian le había explicado que en la fiesta habría varios miembros de *La Brigada* y también de la policía, haciéndose pasar por invitados normales y no estaba asustada, pero no estaría tranquila del todo hasta no haber hablado con Cian y que la hubiera perdonado. Con una última mirada al espejo salió del dormitorio y bajó las escaleras. Encontró a Killian paseándose, insólitamente nervioso, de un lado a otro de la entrada. Al escuchar sus pasos, se irguió.

—¡Ah! ¡Ya estás lista! —Se acercó a ella.

—¿Gabrielle todavía no está vestida?

—No, pero no tardará. —Cogió la mano de su pupila y sonrió, aunque Amélie notó que no estaba tan tranquilo como intentaba aparentar—. Estás preciosa, querida. —Le dio un beso en la mejilla.

—No sé cómo es posible, pero estás más nervioso que yo. —Él pareció arrepentido.

—Creía que te había engañado.

—Ni por un momento, pero no te preocupes. Tú mismo has dicho que es imposible que entre alguien desconocido en la fiesta sin que os enteréis.

—Cierto.

—Pues entonces —se encogió de hombros—, y teniendo en cuenta que no me voy a separar de vosotros, no hay problema.

—Ya, pero me preocupa que todavía no nos hayan enviado el dibujo del periódico.

—¿Por qué ha tardado tanto?

—Ha sido una casualidad, pero el tren en el que tenía que volver el dibujante a la ciudad, descarriló; no le pasó nada, pero su llegada se retrasó unas horas. Mientras tanto, uno de los contactos de Cian lo avisó de que algunos vampiros estaban buscando a Mary, la prostituta, y la sacó de la ciudad; cuando el dibujante llegó a Dublín tuvo que llevarlo hasta donde estaba ella. Esta tarde iban a hacer algunas copias para repartir entre los hombres, durante la fiesta. La llegada de Gabrielle los interrumpió y salieron antes de que se hiciera más tarde.

Amélie estaba tan nerviosa que no era capaz de escuchar la conversación que Gabrielle y Killian mantenían para distraerla. Se había puesto el brillante y esperaba que, después de que lo hablaran, ese gesto tuviera un significado real, que no fuera solo un ardid. Solo podía pensar en lo que le diría en cuanto estuviera a solas con él.

La mansión de Cian estaba lo suficientemente cerca del centro para poder llegar en pocos minutos a todos los lugares de interés que ofrecía la ciudad, pero, a la vez se encontraba ubicada un entorno paradisíaco, con el río a pocos metros y en una finca con una extensión de varias hectáreas. El carruaje fue aminorando la marcha hasta que se paró detrás de los vehículos que habían llegado antes que ellos, entonces se bajaron. Primero lo hizo Killian, que saltó ágilmente a la acera para volverse enseguida a ayudarlas. El suelo estaba mojado por la lluvia, con la dificultad añadida para ellas de los voluminosos vestidos que llevaban cubiertos, además, por unas largas y pesadas capas.

Killian maldijo al ver la cantidad de invitados que había esa noche y se unieron a las decenas de personas que caminaban deprisa, intentando mojarse lo menos posible, hacia las escaleras de la entrada. Cian los estaba esperando y se acercó a ellos.

—Buenas noches, señoras, están muy guapas. —Las acompañó hasta que entraron en la casa y entonces Killian le hizo un gesto. Quería hablar con él a solas.

—¿Te has vuelto loco? ¿Cómo has invitado a tanta gente? Esto es incontrolable —Cian gruñó, enfadado.

—Estoy empezando a pensar en anular la fiesta con alguna excusa. Hay mucha gente que no conozco y que ha venido sin invitación, por supuesto.

—Pero ¿quién los ha dejado pasar? —Cian se pasó la mano por el pelo, mirando por el rabillo del ojo a Amélie, que se estaba acercando a ellos.

—En la entrada de la finca debería haber dos agentes de la policía comprobando las invitaciones, pero han desaparecido. Devan ha ido a ver si descubre qué les ha pasado; espero que sigan vivos. —Killian tenía la misma cara de preocupación que él y eso lo terminó por decidir—. Voy a anunciar ahora mismo que suspendo la fiesta.

—No la vais a suspender —la voz de Amélie fue apenas un murmullo, pero al estar junto a ellos la escucharon perfectamente—. No pienso estar esperando quién sabe cuántos días encerrada en casa, por miedo a que vuelvan a atacarme. —Cian la miró furioso, pero ella estaba decidida—. Te lo juro, no me separaré de ti. Al fin y al cabo, estamos prometidos. —Levantó la mano y le enseñó la sortija.

La cálida sonrisa de ella le dijo todo lo que necesitaba saber. Tenían que aclarar algunas cosas, pero seguían estando juntos.

—En ese caso, déjame presumir de ti como es debido. Vamos a bailar.

Killian y Gabrielle los acompañaron para disfrutar del siguiente vals, mientras los invitados los seguían con la mirada, intentando atisbar si Amélie lucía un anillo de compromiso, tal y como se rumoreaba.

Nadie se fijó en los tres jóvenes que se habían colocado estratégicamente en el salón, esperando órdenes. Todos tenían una serpiente blanca y negra tatuada en la muñeca.

DIECISIETE

En todos los corrillos parecía repetirse la misma conversación: que ahora se entendía por qué Cian se había gastado una fortuna reformando aquella vieja mansión, ya que tenía pensado casarse. Ninguno se daba cuenta de que cuando lo hizo, años atrás, él y Amélie ni siquiera se conocían, pero lo cierto era que no había escatimado en gastos.

Los frondosos jardines que rodeaban la casa estaban repoblados por un gran número de plantas y flores exóticas traídas de todo el planeta que hacían de aquel lugar algo mágico, y que las invitaciones a las fiestas de Cian fueran las más deseadas por los dublineses.

La luz de las velas y de las lámparas de gas hacían que el salón luciera como nunca, esto se debía a que Cian había dado instrucciones para que no hubiera en toda la pieza ningún rincón oscuro. Incluso habían retirado los grandes tientos que solían servir como escondite a las parejas, y solo se habían dejado algunos sillones y sofás de alegres colores, y también los enormes espejos y los cuadros de valor incalculable que llenaban las paredes.

En ese momento, las dos parejas bailaban ajenas a la expectación que creaban a su paso. Después de uno de los giros del vals, Cian consiguió acercar el cuerpo de Amélie al suyo, tanto, que ella sintió que su corazón aleteaba, alborozado. Mirándolo fijamente, musitó una disculpa:

—Lo siento, me puse muy nerviosa y...

—Shhh, no digas nada más. Ya hablaremos.

Pero ella no podía dejar las cosas así.

—Si no hablamos antes de que me vaya a casa, no pegaré ojo esta noche. ¿No podríamos escaparnos unos minutos a algún sitio?

—Amélie, cuando termine la fiesta, hablaremos durante el tiempo que quieras. Pero ahora, no. —Aprovechando los giros del baile, paseó su mirada por el salón—. Esto no me gusta, ni siquiera conozco a la mitad de los que están aquí. Esperaremos un rato más, pero después, terminaré con esto y los mandaré a todos a sus casas.

—No puedes hacer eso. —Él se encogió de hombros.

—Solo quiero asegurarme de que tú estás segura, lo demás me da igual.

De repente, la música se detuvo y las parejas comenzaron a tropezar unas con otras; a la vez, al fondo del salón junto a la entrada, se escucharon algunos gritos. Cian y Killian comenzaron a caminar hacia allí llevando a Amélie y Gabrielle a su lado, cuando vieron a Devan que se estaba abriendo paso a codazos entre los asistentes, intentando llegar hasta ellos. Cuando lo consiguió, susurró en el oído de Cian:

—Los gemelos han encontrado los cuerpos de los dos agentes que estaban en la entrada, tienen el cuello roto. El jefe de policía quiere que vayáis.

—¡Maldita sea! —Cian cogió a Amélie por la cintura para protegerla de la gente—. El despacho es el lugar más seguro —Killian asintió y murmuró algo a su mujer—. Devan, llévate a Gabrielle y a Amélie allí. —Antes de marcharse, dio un beso en los labios a Amélie, pero ella, muy nerviosa, lo sujetó por el brazo.

—Cian, va a pasar algo malo. Tengo una corazonada.

—Cariño, tengo que ir a hablar con la policía; pero si no te mueves del despacho, no os pasará

nada. —Miró a su amigo—. Llévatelas ya, Devan. Dentro de un momento la gente va a empezar a correr y pisotearán a cualquiera que se interponga en su camino. —Después, las dejaron en manos de Devan y avanzaron a empujones hacia la salida.

El rumor de que había un asesino en la fiesta se había extendido, y estaba a punto de producirse una avalancha entre los cientos de personas que había reunidas en el salón. A Devan, a pesar de enorme fuerza, le costó mucho ponerlas a salvo, pero lo consiguió. Cuando las dejó dentro del despacho, le dio una serie de indicaciones a Amélie antes de marcharse:

—Cierra con llave en cuanto me vaya y no os mováis de aquí, pase lo que pase. Esta puerta es de acero, aunque está recubierta de madera y la del jardín tiene doble cristal.

—Está bien —Amélie asintió.

—Tengo que marcharme para intentar que los invitados no se maten entre ellos.

Cuando salió, cerró rápidamente y ella echó la llave. Se escuchaban gritos femeninos de terror y discusiones entre hombres, además de fuertes golpes en las paredes. Ellas se miraban horrorizadas imaginando el caos que había fuera. Amélie admiró lo que Devan acababa de hacer y Gabrielle pareció haberle leído el pensamiento.

—Es muy valiente —Amélie asintió y se quedó mirando por el ventanal. Decenas de personas corrían descontroladamente hacia la salida empujándose unos a otros, y los que tropezaban y se caían, eran pisoteados por los demás.

—¡Es horrible! —Gabrielle también miraba a través del cristal y las dos se sobresaltaron al ver una cara aparecer al otro lado, pero respiraron tranquilas al reconocerlo. Era Archer, que llamó con los nudillos al vidrio para que lo abriera y ella no supo qué hacer, hasta que él le gritó:

—¡Cian dice que vengas, que ya ha llegado el dibujo y quiere que lo veas! —Amélie siguió dudando y miró a Gabrielle.

—Ábrele. —Después, se pegó a ella. Desde que Killian la había convertido, se sentía mucho más fuerte; además, Lee también la había entrenado, no tanto como Amélie, pero se sentía capaz de hacer frente a cualquier vampiro.

Lo siguieron agarradas de la mano. Amélie se extrañó al ver que no se dirigían hacia la puerta principal, donde sabía que estaba Cian.

—¿Dónde vamos? —Él se volvió con rostro serio, aunque seguía siendo igual de amable.

—El dibujante está en la puerta lateral, oculto en un carruaje por seguridad. Solo tardarás un par de minutos, después, os enviarán a casa —Amélie asintió con un murmullo y se forzó a ir más deprisa para poder seguirle los pasos, ya que andaba muy rápido.

Gabrielle estaba demasiado callada y Amélie aprovechó para hablar con ella mientras Archer abría la puerta del jardín.

—¿Qué te pasa? —Se había acercado lo suficiente para que Archer no pudiera oírlas. Gabrielle movió la cabeza, indecisa.

—No lo sé, pero algo no va bien. —Amélie frunció el ceño pensando si debían volver corriendo al despacho, pero ya era tarde.

Las atacaron por detrás, separándolas de un tirón, a pesar de que lucharon con todas sus fuerzas intentando mantenerse unidas. Dos desconocidos se llevaron a rastras a Gabrielle que chillaba y pataleaba alargando un brazo hacia su amiga, y a Amélie le pusieron un trapo impregnado con un líquido en el rostro, mientras que ella gritaba pidiendo ayuda a Archer. Él se volvió hacia ella, pero lo que le dijo se perdió en la niebla que invadió su mente. Después, se desmayó.

Al y Buck iban en busca de Gabrielle y de Amélie siguiendo las órdenes de Cian, cuando encontraron a la primera luchando valientemente contra dos vampiros. La furia que sentía porque se

hubieran llevado a Amélie le daba fuerzas para seguir peleando, aunque sabía que no podía ganar.

Los gemelos corrieron hasta interponerse entre ella y los vampiros. Esa noche, los dos humanos iban armados de modo que, sin mediar palabra, dispararon y los dos vampiros cayeron muertos junto a una preciosa rosaleda. Sin perder tiempo, Al se acercó a Gabrielle:

—Tranquila, ya ha pasado todo. ¿Dónde está Amélie?

—¡Se la han llevado! —Ahogó un sollozo tapándose la boca—. ¡Ha sido Archer! Tengo que ver a Killian, ¡llevadme con mi marido ahora mismo! —La acompañaron corriendo hasta la entrada donde ya habían conseguido restablecer el orden.

Cian, Killian, Fenton y Devan estaban hablando entre ellos cuando los vieron llegar. Cian se acercó a ella, pálido, imaginando lo peor, y tenía razón al hacerlo. Cuando escuchó lo que había ocurrido de labios de Gabrielle, que lloraba abrazada a su marido, se levantó un viento helado que estremeció a todos los presentes.

Devan, el que mejor lo conocía, habló con él temiendo lo que ocurriría si el genio de su amigo explotaba.

—La encontraremos. Tenemos hombres de sobra para buscarlos por toda la ciudad. Empezaré a organizar los grupos ahora mismo.

Killian miró a Fenton significativamente sin dejar de abrazar a Gabrielle y su mano derecha se esfumó calladamente. Él se encargaría de indagar si alguien había visto hacia dónde se había dirigido el carruaje o cualquier otra cosa que les pudiera ser útil. Fenton era el mejor para eso.

Cian había estado, durante unos segundos, luchando por controlarse, pero, finalmente, la capa de urbanidad que lo recubría se esfumó. Todos los presentes, sus amigos, e incluso los agentes de policía que estudiaban la escena donde, un rato antes, habían asesinado a sus compañeros, se alejaron de él, prudentemente, al escucharlo:

—¡Hijos de puta! ¡Voy a matarlos a todos y después los destriparé! —el alarido que emitió a continuación y que parecía propio de un animal salvaje, les puso los pelos de punta—. ¡Les arrancaré el corazón! —maldijo y juró obscenamente durante varios minutos frotándose el pecho, como si de esa manera pudiera reparar el enorme vacío que había dejado su ausencia, pero era inútil; el dolor no desaparecería hasta que no la recuperara.

Killian había pedido a dos policías que llevaran a su mujer a casa y lo observaba en silencio, mientras planeaba los siguientes pasos a seguir. Verlo tan furioso le hizo darse cuenta de cuánto quería a Amélie y de que era la mejor pareja posible para ella. Gracias a esa concatenación de ideas se le ocurrió algo que le hizo detenerse durante un par de segundos, antes de cubrir en dos zancadas los metros que le separaban de su amigo.

—¡Sé cómo podemos averiguar dónde está! ¡Vamos a tu despacho! —Cian, desesperado, salió corriendo en dirección a la casa y Killian lo imitó, pero giró la cabeza para gritar a los policías que iban detrás de ellos—. ¡No nos sigáis, necesita tranquilidad!

Entraron en la habitación por el ventanal que seguía abierto. La casa ya estaba vacía, excepto por los criados, que estaban comenzando a recoger siguiendo las órdenes del mayordomo.

—Siéntate, será más fácil para ti. —Cian, muy nervioso, se mordió la lengua para no discutir, aunque se sentía incapaz de quedarse sentado cuando lo que deseaba era salir corriendo a buscarla, pero Killian lo entendía mejor de lo que él creía—. Vamos, Cian. No hay tiempo que perder. —Su amigo se acomodó en un sillón orejero que había junto a las bebidas.

Killian se quedó de pie junto a él e intentó explicarle su idea claramente.

—El año pasado tuve que viajar al norte por trabajo. Una noche, estaba acostado en el hotel y estuve pensando en Gabrielle un rato y, cuando estaba a punto de dormirme, sentí su voz dentro de

mí. Había sentido mi llamada desde una distancia de más de doscientos kilómetros. —Cian lo miraba, incrédulo.

—Creía que solo se podía hacer estando cerca.

—Yo también, pero, la verdad es que sabemos muy poco acerca de todo lo que relaciona a las velishas. Estoy seguro de que tú también podrás hacerlo porque la unión entre vosotros es muy fuerte.

—¿Qué tengo que hacer? Porque cuando estamos juntos, surge de forma natural.

—Sí, lo sé, no es algo consciente. Lo que recuerdo es que yo estaba muy relajado, casi dormido, pero pensaba en ella, en cuánto la echaba de menos. Intenta hacerle llegar tu preocupación por no saber dónde está, que la estamos buscando... —Cian cerró los ojos, pero los abrió enseguida porque Killian seguía hablando.

—Por lo que me ha dicho Gabrielle, es probable que la hayan dormido y puede que tarde un rato en despertarse. —Miró hacia el jardín, donde había varios policías y también miembros de *La Brigada* examinando cada centímetro cuadrado de la finca—. Voy a dejarte solo para que puedas relajarte, mientras, iré a hablar con Fenton.

—Está bien.

Volvió a cerrar los ojos, respiró hondo y pensó en ella. Al principio no surtió efecto, pero insistió una y otra vez, incansable.



Amélie se despertó cuando escuchó que Cian la llamaba, aunque al despertar, estaba sola; desorientada, miró a su alrededor. Estaba tumbada en una cama, amordazada, y tenía atadas las manos y los pies. El polvo y las telarañas llenaban la habitación y las paredes tenían, en muchos sitios, el papel pintado levantado, y, cuando su mirada se desvió hacia la ventana por la que entraba la luz de la luna, se vio a sí misma mirando por ella; entonces supo que Archer, o quien fuera, la había llevado a su antigua casa, donde habían asesinado a sus padres y que estaba en el dormitorio que ella ocupaba de pequeña. Horrorizada, comprendió que iban a terminar el trabajo que habían dejado a medias doce años atrás.

Superando el miedo gracias a la fuerza que le daba saber que Cian estaba buscándola, se arrastró como pudo al borde de la cama intentando no hacer ruido, hasta que consiguió ponerse de pie. Después, balanceándose porque no podía andar, se acercó a la ventana y allí confirmó lo que se temía. Estaba en la planta de arriba de su antigua casa. Incluso la valla del jardín, única por sus figuras doradas, seguía en su sitio. Precisamente junto a la valla, había varios vampiros hablando, ella contó diez, entre los que pudo ver a Archer que estaba frente a ella y al que gracias a la luz de la luna pudo reconocer.

La conversación se interrumpió por la aparición de un carruaje negro, que no llevaba ningún distintivo, del que bajó un enmascarado que hizo enmudecer a todos solo con su presencia. Amélie se separó del cristal apoyándose en la pared contigua sabiendo que se le acababa el tiempo. Perdió varios minutos intentando desatarse, pero ni siquiera podía separar las muñecas. Entonces, por pura desesperación, cerró los ojos y llamó a Cian sabiendo que era su única esperanza; no respondió, pero ella siguió llamándolo hasta que, milagrosamente, sintió su presencia en su mente. Sin perder tiempo, le dijo dónde estaba, pero él se quedó desconcertado, como si le estuviera hablando en otro idioma.

A punto de ponerse a llorar, se le ocurrió una idea y volvió a mirar por la ventana, manteniendo la comunicación y esperando que pudiera ver lo mismo que ella. Mientras lo hacía, observó que todos

los vampiros ahora estaban enmascarados y que se dirigían hacia la casa. De repente se cortó la comunicación sin que supiera si Cian había visto la imagen, y rezó porque estuviera junto a Killian y pudiera describirle la verja y el gigantesco sauce llorón que había en el jardín de su vieja casa.

DIECIOCHO

Sabía que le quedaban pocos minutos de vida si no luchaba, y buscó cualquier cosa que pudiera utilizar para desatarse. Junto a la cama había una antigua lámpara de aceite y la empujó hacia el suelo con las manos. La pantalla de cristal se hizo pedazos y, agachándose, cogió uno de ellos con la punta de los dedos y comenzó a frotar, con la parte cortante, las cuerdas de los pies. Se detuvo unos segundos al escuchar unos ruidos procedentes de la planta de abajo que le recordaron a los que se hacían cuando se movían muebles pesados, y siguió tratando de cortarse las ligaduras.

Cansada de la postura porque no podía apoyar bien los pies, se sentó en la cama y continuó frotando el borde cortado del cristal contra las cuerdas. Estaba agotada y el sudor le caía por la frente, pero notó que podía separar un poco los pies; eso la impulsó a seguir restregando con más fuerza, hasta que consiguió soltarse. Sabía que no debía quedarse en la habitación cortando el resto de las cuerdas, ya que en cualquier momento subirían a por ella, pero, cuando lo hicieran, podía escaparse bajando por las ramas del sauce hasta el jardín y salir corriendo hacia la calle. Era una medida desesperada, pero no se le ocurría otra cosa y al menos ganaría algo de tiempo.

Dio un rápido vistazo al árbol nuevamente y vio que las ramas solo se podían alcanzar desde la ventana de la buhardilla, que estaba en el piso superior. Rápidamente, se quitó los zapatos para ir más cómoda y no hacer ruido con los tacones y salió al pasillo, girando a la izquierda, en dirección contraria a la escalera por la que se accedía a la planta baja. Pocos metros después, encontró la de la buhardilla, por donde subió lo más deprisa que pudo rezando porque la puerta no estuviera cerrada con llave. Al girar el pomo, se abrió con un leve chirrido y entró cerrándola justo a tiempo, porque empezó a escuchar sus carreras por las escaleras. Era cuestión de minutos que la encontrarán, pero no podía bajar por el árbol con las manos atadas. Buscó con la mirada un posible escondite mientras se cortaba las cuerdas de las manos. La habitación estaba llena de viejos y polvorientos cachivaches de distinto tamaño: armarios, baúles y maletas viejas; montañas de ropa, libros desperdigados sobre mesas, sillas y sillones, pero no veía ningún sitio adecuado para esconderse. Finalmente, lo hizo donde el techo era más bajo, detrás de una cómoda vieja. Allí se sentó y recogió las piernas para que no pudieran verla desde la puerta, después, se miró las manos. Se las habían atado por las muñecas y eso hacía que no pudiera controlar bien la posición del cristal. Apretando los labios sin hacer caso de la sangre que empezaba a salir por los cortes que ella misma se estaba produciendo, pretendiendo liberarse, siguió frotando y, a la vez, intentó contactar con Cian.



Cian y Killian, galopaban delante, seguidos por Devan, Kirby, Fenton y otros cuatro vampiros pertenecientes a *La Brigada*. Ni Cian ni Killian habían aceptado a ningún humano en la misión, debido a la diferencia de fuerza que había entre las dos especies. Al y Buck se habían enfurecido cuando Cian les había dicho que tenían que quedarse en su casa por si aparecía algún miembro de *La Hermandad*, porque no soportaban que hubiera posibilidad de pelear y no estar presentes.

Todos seguían a Killian. En cuanto que Cian le había descrito la imagen que ella le había mostrado, había reconocido la verja y el árbol centenario, como parte del jardín de la antigua casa de Amélie. Ahora todo tenía sentido, al parecer, desde el principio el objetivo había sido ella, como si quisieran

reparar el «error» de haberla dejado con vida tantos años atrás.

Cian volvió a sentirla en su mente e intentó decirle que resistiera, que iban a buscarla, pero solo le llegó la imagen de una habitación llena de trastos y, después, la conexión se esfumó. Y se asustó más todavía.

—¡Killian! —gritó sin aminorar la marcha.

—¿Qué? —él le contestó de igual manera.

—¿Queda mucho?

—No, la casa tiene que estar muy cerca. —Levantó la mano para que los de detrás fueran aminorando la marcha y todos pusieron los caballos al paso. Miró a Cian interrogativamente.

—Creo que se ha escondido, pero no estoy seguro. La conexión solo ha durado unos segundos.

—Debe de sentirse como la noche en la que asesinaron a sus padres. —Los dos tenían los ojos rojos y sus colmillos habían crecido al máximo, sobresaliendo parcialmente de la boca. Se habían transformado en dos seres primitivos capaces de cualquier cosa por proteger a sus seres queridos.

—¡Hijos de puta! ¡Los mataré a todos! —juró Cian, pero Killian no le escuchaba, acababa de reconocer la casa que había al final de la calle y levantó la mano para que todos se detuvieran. Hizo un gesto con la mano derecha y todos lo siguieron al callejón que estaba en esa dirección. Una vez allí, se apearon de los caballos y uno de los miembros de *La Brigada* se encargó de ellos.

Devan, Cian, Fenton, Killian y Kirby formaban un círculo susurrando entre ellos, mientras que los compañeros de Killian y Fenton vigilaban por si aparecía alguno de los de *La Hermandad*, pero Cian se impuso a los planes de los demás:

—Entraré yo solo, será lo más seguro. Si nos ven llegar a todos, podrían matarla.

—¿Sabes dónde está? —Killian hizo un esfuerzo titánico para aceptar que fuera Cian a buscar a su niña, y no él.

—Creo que debe ser el piso de arriba. Me ha parecido ver que el techo estaba inclinado, pero todo estaba muy oscuro y lo he visto durante muy poco tiempo. Estaba muy asustada. —Killian le dio un golpecito en el hombro por solidaridad, poniéndose en su lugar.

—¿Qué quieres hacer?

—Iré por la parte trasera, pero necesito que los distraigáis de alguna manera.

—Podríamos quemar la casa. —Todos, asombrados, se volvieron a mirar a Fenton que se encogió de hombros como si lo que hubiera dicho fuera lo más normal del mundo—. Es imposible que nadie se quede en una casa si está ardiendo. Lo importante es conseguir que entre mucho humo. Eso los hará salir y según vayan saliendo... —Cian estuvo de acuerdo.

—Desde luego, eso los distraerá, ahora tengo que encontrar un lugar por donde poder entrar sin que me vean. —Se volvió hacia Killian—. ¿Recuerdas si había una puerta en la parte trasera?

—Sí, creo que hay una en la cocina por la que se sale al jardín, pero, para poder entrar por ella, tienes que ir por la calle paralela a esta. Aquella —le señaló cuál era y, antes de que terminara la frase, Cian se había esfumado. Killian con un suspiro, se volvió hacia Fenton.

—Y tú... ¿cómo propones que quememos la casa? —Fenton señaló las tres farolas que había en la calle.

—Todavía no las han cambiado por las nuevas de gas. Podríamos descolgar los faroles, hay que hacerlo con cuidado para que no se salga el aceite de los recipientes y que no se apaguen las velas. Luego, dos de nosotros nos colamos dentro del jardín y vertemos el aceite por la fachada de la casa, que es de madera y, después, lo encendemos con las velas. —Killian tembló al pensar los problemas que tendría, si el cerebro de Fenton se hubiera dedicado al mal.

—Afortunadamente no te has decidido por ser un delincuente, si no, hubieras hecho estragos, ¿no

crees, Kirby? —El otro juez sonrió, asintiendo.

—Desde luego, ahora solo queda bajar los faroles. —Entrecerró los ojos, observando las farolas y haciendo cálculos—. ¿A qué altura están del suelo?, ¿tres metros?

—En realidad tres y medio. Iré yo, ya lo he hecho más veces. —Fenton avanzó, decidido, mientras los demás especulaban cómo lo haría. Killian meneó la cabeza diciendo:

—Lo que yo decía. Sería un excelente delincuente.



Abatida, Amélie empezó a pensar que Cian no llegaría a tiempo. Estaba escuchando unas pisadas subiendo las escaleras hacia ella y sintió que le faltaba la respiración al abrirse la puerta. Desde donde estaba pudo ver a Archer en el umbral examinando la habitación, luego cerró la puerta con una sonrisa sardónica, decidido a encontrarla.

—Te he oído, Amélie. Tienes suerte de que sea yo el que esté aquí, podían haber enviado a cualquiera. —Ella miró a su alrededor buscando un arma, pero solo tenía el pequeño trozo de cristal ¡Si tuviera su bastón o una espada, le daría algo en qué pensar!—. No me extraña que Cian esté tan loco por ti... si tu sangre sabe tan bien como huele, debe de ser exquisita, pero enseguida podré confirmártelo. Imagino que te has escondido aquí convencida de que vendrá a socorrerte, pero, aunque así fuera, no llegará a tiempo para salvarte, te lo aseguro. El maestro me ha autorizado a que, antes de la ceremonia, me divierta un rato contigo.

Amélie escuchó un cántico que provenía del primer piso y que le puso los pelos de punta, distrayéndola; Archer había aprovechado para acercarse a ella sin que se diera cuenta y apartó de un golpe la cómoda tras la que se ocultaba y la levantó, agarrándola cruelmente por el pelo. Luego, la miró fijamente relamiéndose y lo que ella vio en sus ojos, la hizo desear estar muerta.

La arrastró hasta un lugar cercano a la puerta, el único donde no había muebles, y la lanzó al suelo de un fuerte puñetazo en el estómago. Amélie se quedó bocarriba con la falda levantada hasta las rodillas intentando respirar, mientras agarraba el cristal con tanta fuerza en su mano derecha que notaba la sangre goteándole por la palma. La lascivia y las ganas de hacerle daño eran visibles en el rostro de Archer mientras se tumbaba entre sus piernas. Ella se había quedado quieta ahorrando fuerzas y, cuando acercó su cara lo suficiente, lo rajó desde la sien hasta la barbilla y solo paró porque él atrapó su mano y le quitó el cristal lanzándolo lejos. La sangre le chorreaba por la cara desfigurándosela; él la esparció con la yema de los dedos y luego se los lamió con gula, mirándola con más lujuria que antes.

—Esta me la vas a pagar. En pocos minutos vas a desear no haber nacido.

—Eres un cerdo. ¡Si tuviera mi *hambo*, te daría una lección!

—¡Qué ilusa eres!, ¿crees que tendrías algo que hacer con tu bastoncito frente a un vampiro como yo? —Río, divertido, y se inclinó para lamerle el lado derecho de la cara lentamente—. ¡Cuánta suavidad! ¿Sabes que cuando nuestra revolución termine, las humanas solo seréis utilizadas como esclavas sexuales? Es una lástima que el Maestro ya haya determinado tu final, porque me gustaría tenerte durante un tiempo a mi servicio. —Con la palma de la mano fue acariciando las curvas de Amélie a pesar de que ella se retorció intentando liberarse, entonces él apretó tanto su agarre sobre sus manos, que sintió que iba a romperle la muñeca. Él disfrutaba viendo su mueca de dolor—. Al principio, habíamos pensado acabar contigo rápidamente —confesó—, pero después de pensarlo, él decidió que este castigo serviría de escarmiento a Killian Gallagher, a *La Brigada* y a todos los que apoyan la unión entre vampiros y humanos. Además, así premia mi buen trabajo —sus colmillos

habían crecido ante la perspectiva de clavárselos a una humana tan deseable y se los enseñó, ufano, al sonreír—, aunque solo seas un trozo de carne, reconozco que eres muy apetecible. —Metió la mano por debajo de su falda y la cogió por el muslo, para separarle más las piernas. Entonces, aprovechando que solo la sujetaba con una mano, Amélie consiguió soltar las suyas y le clavó las uñas en los ojos, pero él volvió a sujetarla fácilmente y le dio un fuerte golpe en la sien provocando que ella se mareara. Aturdida, aceptó que iba a morir sin volver a ver a Cian y el dolor que sintió al saberlo le resultó insoportable, pero lucharía hasta la muerte.

Archer comenzó a desabrocharse los botones de los pantalones.

—Siento no tener más tiempo para domarte, te ibas a enterar de lo que es bueno... —Había vuelto a meter la mano bajo su falda y ahora tiraba de sus bragas intentando quitárselas. Ella gritaba desesperada, con las manos todavía sujetas por la zarpa de él.

—¡Suéltame, cerdo! ¡Cian te arrancará la cabeza, ya lo verás! —Él reía divertido al escuchar sus amenazas.

Los minutos que Cian estaba esperando a que empezara el fuego, supo lo que era la verdadera desesperación. Si no la encontraba pronto, le reventaría el corazón y si ella moría, la seguiría al otro lado; aunque antes se llevaría por delante a todos los hijos de puta que pudiera.

La casa empezó a arder y Cian se coló por la puerta que daba a la cocina justo a tiempo de ver salir corriendo al jardín a unos diez vampiros, mientras gritaban atolondradamente al ver las llamas; cuando se quedó solo, o al menos eso parecía, subió a la buhardilla rápida y silenciosamente.

La escena que vio cuando abrió la puerta hizo que se le encogieran las entrañas. Archer, al que ya habían identificado por el dibujo, aunque demasiado tarde, estaba inclinado sobre Amélie con una mano metida dentro de sus faldas. Ella parecía estar inconsciente o algo peor; desde luego, no se movía. Cian dejó de ser consciente de sus actos y, con un grito espeluznante, anunció la muerte de Archer y saltó hacia él cubriendo los metros que los separaban sin esfuerzo aparente. Iba a matarlo causándole el mayor sufrimiento posible.

Archer apenas tuvo tiempo de saber de dónde procedía ese ruido horrible, cuando algo con una fuerza indescriptible lo separó de la humana. Levantándose, vio a Cian de pie frente a él, con los colmillos a la vista y los ojos ígneos, gruñendo. Se lanzó hacia él, pero, a pesar de que empleó todas sus fuerzas, aquel vampiro no se inmutaba con sus ataques y no tuvo nada que hacer; parecía uno de los antiguos que eran invencibles, de los que hablaban las leyendas. De un puñetazo, Cian lo lanzó al otro lado de la habitación y fue a caer sobre un espejo de pie de madera, que se hizo mil pedazos con un ruido ensordecedor.

Archer, sangrando abundantemente por varias heridas, se levantó enseguida y volvió a ponerse en posición de pelea: tenía los brazos rígidos y levantados verticalmente para protegerse el rostro, las manos cerradas en puños, y las piernas semiflexionadas, tal y como había aprendido a hacer, no en vano llevaba años entrenando. Pero Cian se acercó con una sonrisa maligna y bloqueó, uno tras otro, los golpes de Archer hasta que encontró un hueco para contratacar con uno directo a su cabeza, y se lo dio con tanta fuerza que consiguió aturdirlo; entonces aprovechó para rodearle el cuello con sus enormes manos y apretó, manteniendo su sonrisa demoníaca.

—Pedazo de mierda, ni siquiera eres digno de respirar el mismo aire que ella. —Su rostro era el de un salvaje y sus siguientes palabras resultaron ininteligibles para Amélie que los observaba tumbada, llorando y tapándose la boca para no distraer a Cian con sus gritos.

Archer sí había entendido lo que Cian le había dicho en el idioma de los antiguos, y durante unos cuantos segundos su cara mostró el terror que sus palabras le habían infundido, pero enseguida se oyó un crujido desagradable y su cuerpo se quedó laxo, cayendo al suelo. Le había roto el cuello.

Antes de que el cadáver de Archer tocara el suelo, Cian ya se había arrodillado al lado de Amélie. La incorporó, abrazándola con fuerza y le recorrió el cuerpo con las manos para asegurarse de que no tenía nada roto. Después, la besó varias veces apasionadamente. Ella se abrazó a su cuello tan fuerte, que nadie hubiera podido separarlos.

—Pensé que no llegarías a tiempo. Que moriría sin verte por última vez y quería decirte —lloraba tan fuerte que casi no se le entendía— que lo siento.

—Calla —susurró—, no digas nada. —Eso no le importaba—. Creía que iba a volverme loco hasta que te he encontrado.

—Déjame que te lo diga, por favor. Fue un error contestarte así... no tengo excusa, solo que me pillaste desprevenida —se limpió las lágrimas a manotazos e intentó dejar de llorar—, pero sí que quiero casarme contigo.

—De acuerdo. —Sonrió, aunque todavía temblaba por dentro al pensar lo cerca que había estado de perderla—. Ya lo hablaremos más tarde. Salgamos de aquí. —La levantó con facilidad—. Me imagino que la zona de abajo ya estará controlada, pero por si acaso, ¿puedes andar?

—Sí, no te preocupes —al asentir, le dolió la cabeza e hizo una mueca. Cian gruñó antes de acariciarle la cara.

—Ojalá pudiera matarlo cien veces. —Miró despectivamente el cadáver de Archer, antes de cogerla en brazos para que no tuviera que bajar las escaleras.

En el piso de abajo solo quedaban dos enemigos vivos que estaban sentados en el suelo, sangrando, y eran vigilados por tres hombres de Killian. El juez estaba escuchando algo que le decía Fenton, pero se acercó a ellos en cuanto los vio y Amélie se abrazó a él, emocionada.

—¡Mí niña! Iba a subir a buscaros, pero acabamos de apagar el fuego. —Sus ojos se estrecharon al ver los golpes que tenía y su mirada algo extraviada, y miró a Cian, que movió la cabeza dándole a entender que Archer estaba muerto—. Lo siento mucho —murmuró, besándola en la cabeza—. Ahora mismo te llevaré a casa. Gabrielle y yo te cuidaremos, y en pocos días estarás bien.

Pero ella volvió la vista hacia Cian.

—No te enfades, pero quiero irme con él. —Cian, gratamente sorprendido, le dedicó una enorme sonrisa y Killian se quedó callado.

—¿Los habéis cogido a todos? —Cian señaló los tres cadáveres que se veían en el jardín.

Él había visto a muchos más salir corriendo de la casa y Killian se lo confirmó negándolo con un gesto malhumorado.

—No, el que llaman el Maestro y al menos otros cuatro, han huido. Kirby y otros dos agentes han salido detrás de ellos, pero no espero que los cojan porque cuando nos hemos dado cuenta de que habían escapado, nos llevaban mucha ventaja.

—¿Alguna pista de quiénes eran?

—No, todos estaban enmascarados. —Señaló a Amélie—. Llévatela a casa. Solo se mantiene en pie por pura tozudez. Devan te espera fuera.

—Está bien.

Esperó a que se dieran otro abrazo y la sacó de allí.

DIECINUEVE

Devan los acompañó en el viaje de vuelta y, en cuanto llegaron al club, Cian la llevó al piso de arriba después de decirle algo a Devan que ella no escuchó. Se sentó con ella en el sofá y le sirvió un poco de coñac que le hizo beber despacio. Cuando Amélie lo probó, apartó la cara con una mueca de asco.

—No me obligues, está malísimo. —Él hizo una mueca al recordar el precio de la botella.

—Un poco más, cariño. Ya que no quieres comer, bébete esto, al menos se te quitarán los temblores. —Ella ya le había dicho que no podía tragar nada, pero lo miró extrañada. No quiso decirle que ni siquiera se había dado cuenta de que estaba temblando. Cuando apuró el último trago se lo agradeció porque notó un calor reconfortante extendiéndose por todo su cuerpo, que le hizo sentirse algo mejor. Calladamente, Cian se levantó y cogió el tarro de ungüento que había dejado Aidan pocos días antes. Con un rictus amargo, volvió a sentarse junto a ella y lo abrió.

—¿Qué vas a hacer? —Él la miró con una ceja arqueada.

—Yo creo que está claro, te voy a dar ungüento en los golpes.

—No, antes quiero ducharme. —Le pareció que él iba a discutir y se explicó—: Necesito limpiarme. —Cada vez que recordaba dónde habían estado las manos de aquel ser tan repugnante y cómo le había lamido la cara, tenía ganas de vomitar.

—Claro, tenía que haberlo pensado..., pero no te dejaste ropa aquí.

—No importa, déjame la parte de arriba de un pijama tuyo, me servirá de camisón. —Él tomó uno de la cómoda y la cogió de la mano.

—Vamos.

Cuando Amélie puso la cabeza bajo el chorro caliente de la ducha, suspiró, sintiéndose un poco mejor. Cian lavó el cuerpo femenino con sumo cuidado, respetando los lugares enrojecidos o amoratados, y maldiciendo por lo bajo cada vez que encontraba otro golpe. Después, la envolvió en una toalla grande y, cuando tuvo la piel seca, le aplicó el ungüento que había traído de la habitación.

Volvieron al dormitorio, ella con la parte de arriba del pijama de Cian y él con los pantalones. Amélie, sentada en la cama, se remangó la chaqueta para que se le vieran las manos, y después lo observó encender el fuego, sabiendo que lo hacía para que estuviera más cómoda.

—¿Quieres acostarte? —Pero ella seguía teniendo esa mirada y Cian alargó la mano para que se acercara a él—. Ven, vamos a sentarnos un rato junto al fuego.

Se sentaron ante la chimenea, Cian detrás de ella para que se pudiera apoyar en él y, como no tenía un cepillo, cogió su peine y comenzó a desenredarle el pelo intentando no darle demasiados tirones. Ella aún tenía los nervios de punta, pero poco a poco se fue relajando hasta sentir que se le cerraban los ojos. Cuando Cian notó que su cuerpo se había aflojado, dejó el peine a un lado y tiró de ella para que se levantara; luego, la llevó a la cama.

Se acurrucó sobre las sábanas con un suspiro de felicidad mientras observaba, entre pestaños, a Cian apagando las luces y colocando la rejilla de la chimenea para evitar que una chispa pudiera saltar a la alfombra mientras dormían. La invadió una sensación de plenitud al ser consciente de que se pertenecían el uno al otro y de que, a pesar de todo y aunque no entendía por qué, realmente la quería. Cuando él se acostó, se acurrucó junto a su cuerpo deseando decirle tantas cosas..., pero estaba demasiado cansada y se durmió.

Habían pasado cinco días y todas las noches Amélie tenía unas terribles pesadillas en las se entremezclaban lo ocurrido en la buhardilla, con el asesinato de sus padres. En cuanto Cian la escuchaba, la despertaba acunándola entre sus brazos y murmurando palabras consoladoras en su oído; la acariciaba dulcemente hasta que se tranquilizaba y se volvía a dormir. Pero ella no quería vivir así. Deseaba sentirse segura de nuevo y sabía cuál era la forma de conseguirlo. Esa mañana, cuando él se vistió para acudir a trabajar, se metió en la ducha y abrió la maleta que Gabrielle le había traído tres días antes cuando vino a verla, y se vistió para salir. No pensaba irse sin avisarlo, así que fue a buscarlo al despacho y le dijo:

—Tengo hambre. ¿Vamos a la cafetería?

Entraron en uno de los reservados después de esquivar a varios camareros que preparaban las mesas para los desayunos, rodeados por el olor de los bollos y del café recién hecho. Después de pedir lo que querían, se volvió hacia él.

—Quiero hablar con Gabrielle. Hay algunas cosas que... quiero preguntarle antes de tomar una decisión. —Él entendió lo que quería y se puso pálido. Su reacción la sorprendió.

—¿Qué te pasa?

—¿Es por la transformación? ¿Tienes dudas? Si es así, prefiero que esperemos. —Cian no era dado a parlotear, pero lo estaba haciendo en ese momento. Por eso lo miró fijamente.

—Cian, ¿me ocultas algo?

—Estuve hablando acerca de la conversión con Killian y va a ser muy duro para ti. No quiero que pases por eso.

—Eres un encanto, pero ya lo sabía. Como es algo que me asustaba, se lo pregunté a Gabrielle hace tiempo y me explicó lo que sintió, aunque también reconoce que, con el paso del tiempo, los recuerdos se han atenuado. No es algo agradable, pero según lo que ella me contó, puede que sea peor verlo que sentirlo. Al menos ella dice que cree que la peor parte se la llevó Killian. Gabrielle recuerda muy poco del proceso —Cian asintió con gravedad y cubrió con su mano la de ella, que estaba sobre la mesa.

—No podría soportar que te pasara algo por mi culpa.

—Cian, sé que esta mañana tienes una reunión con los *Cuatro Legendarios* y con los miembros de *La Brigada*, a pesar de que has evitado contármelo. Y me imagino que la reunión es para decidir qué hacéis con *La Hermandad* porque cada vez supone una amenaza mayor, ¿es así?

—Eres una bruja, no sé cómo has podido enterarte de todo eso.

—Te conozco bastante bien y tengo orejas, aunque tú y Devan a veces no os deis cuenta.

—Ya lo sé y son muy bonitas, por cierto. —Esta vez la sonrió con picardía, como a ella le gustaba.

—Eres tonto —bromeó—. Pero, aparte de eso —les interrumpió un camarero con el desayuno y ella esperó a que lo dejara sobre la mesa y se fuera— lo que intento decirte es que no estaré a salvo si sigo siendo humana, aunque me entrene y me esfuerce al máximo, jamás podré ganar contra ellos. Y tú y yo sabemos que no dejarán de intentar asesinarme.

—Jamás lo permitiré. —La furia protectora que había en sus ojos la maravillaba, pero desgraciadamente no era suficiente.

—Lo sé, pero no quiero darles esa oportunidad. Me gusta ser humana y todo lo que implica, pero te quiero. Te lo dije esa noche, Cian, y lo dije de verdad, y haré lo que sea por tener una vida lo más larga y feliz posible junto a ti. —Él besó sus nudillos en silencio y luego recorrió su rostro con admiración.

—No sé qué habré hecho para merecerte, pero te juro que te haré feliz. —Ella separó su mano y cogió el tenedor.

—Lo sé, cariño. ¡Ahora, a comer!

Tuvo que dejar que Al y Buck la acompañaran cabalgando a ambos lados del carruaje, además del conductor y otro hombre que iba a su lado, para que Cian estuviera tranquilo. Asegurándole que volvería enseguida, se marchó a casa de Killian.

James abrió la puerta y la abrazó nada más verla.

—¡Amélie! ¡Qué alegría! Gabrielle nos dijo que estabas bien, pero hasta que no te he visto... —Se sintió mal por no haber pensado que estarían preocupados por ella. Era normal, todos la conocían desde que era una niña.

—Hola, James. —Arrepentida, lo besó en la mejilla provocando que se ruborizara—. Estoy muy bien, muchas gracias. Quería ver a Gabrielle.

—Lo siento, pero acaba de salir. —Se inclinó hacia ella para confiarle un secreto—. Aprovechando que Killian iba a la reunión, ha ido a buscarle un regalo de cumpleaños.

—Es verdad, es dentro diez días, ¿no?

—Sí. —Ella se quitó el sombrero de lana y los guantes.

—¿Y Lee está en casa?

—Sí, abajo, como siempre.

—Entonces bajaré a verlo.

Al llegar a la puerta de detuvo con los ojos cerrados. Intentó escuchar el sonido del *hambo* surcando el aire o golpeando el saco de cuero que Lee solía utilizar para sus entrenamientos, pero no oyó nada. Cuando llamó a la puerta, se abrió sola, como si solo hubiera estado entornada. Lee estaba de pie, erguido, con las manos escondidas dentro de las mangas de la chaqueta y la mesa puesta para el té. Incluso había acercado los dos únicos taburetes que tenía, como si la esperara. Cerró la puerta y se inclinó ante él y, cuando él hizo lo mismo, se acercó.

—Buenos días, maestro.

—Hola, Amélie —siempre pronunciaba su nombre como si fuera parte de una canción—. Tú, ya mejor, ¿no? —ella asintió lentamente, sabiendo que a él no podía engañarlo—. Siéntate, pequeña ardilla. —Que la llamara así en ese momento hizo que le entraran ganas de llorar, pero se reprimió a tiempo. No quería avergonzarse.

—Llorar no es malo, pero tetera y vasos calientes, tienes que hacer té. —Lo miró boquiabierto. Jamás, en todos esos años, la había dejado participar en la ceremonia del té.

—Decías que todavía no estaba preparada para hacerlo.

—Sí. Pero ahora sí lo estás. ¿Recuerdas lo que hay que hacer? —Le había visto hacerlo cientos de veces.

Cuando terminaban los entrenamientos, Lee siempre preparaba té delante de ella. Jamás le había dicho cómo se hacía, pero no era necesario después de verlo tantas veces. Emocionada, se levantó, acercándose a las tres teteras que eran necesarias para el ritual: la primera sirve para calentar el agua y, como él había dicho ya estaba caliente, aunque sin llegar a hervir. En la segunda se echan las hojas del té y el agua caliente de la primera tetera y, en la tercera se sirve la infusión cuando ya está hecha, colándola previamente, y de esta tercera tetera se sirve directamente a las tazas.

Lee jamás permitiría que el agua que utilizaba para el té no fuera agua de un manantial, aunque no sabía cómo conseguiría tal cosa. Mientras las hojas terminaban de soltar su esencia en el agua, ella calentó la última tetera y las tazas con agua caliente para que la infusión se mantuviera a la temperatura ideal durante más tiempo. A punto de servir el té, Amélie inclinó la cabeza y dijo algo que la sorprendió a ella misma:

—Ofrezco esta ceremonia en recuerdo de mis queridos padres —Lee la miraba fijamente sin

ocultar la satisfacción que sentía—, esperando que estén orgullosos de mí. —Con un movimiento elegante y delicado, como había visto hacer a Lee tantas veces, llenó las dos tazas hasta un poco más de la mitad y dejó la tetera sobre la mesa; luego, cogió una de ellas usando solo las yemas del dedo pulgar y el índice, aunque para sujetarla bien se ayudó poniendo debajo el dedo corazón y se la ofreció—: Maestro, permite que no llene la taza hasta el borde; si lo hiciera, no cabría en ella mi admiración por ti. —Ella había leído mucho sobre de la ceremonia del té y, aunque sabía que esa no era la fórmula que se debía utilizar, esas palabras surgieron de su corazón y, por primera vez, vio aparecer dos lágrimas en los ojos de Lee.

—¡Ah! —suspiró—. La pequeña ardilla es muy sabia, aunque yo ya lo sabía. —Aceptó la taza y esperó a que ella se sentara junto a él y cogiera la suya; después, los dos disfrutaron del aroma del té, fuerte y dulce, y lo bebieron en silencio.

Cuando terminaron, Amélie permaneció sentada con los ojos cerrados y la cabeza inclinada, intentando no pensar, hasta que abrió los ojos y giró la cara hacia el anciano.

—Voy a transformarme. Ahora estoy segura. —Le extrañó que él no contestara—. ¿No te parece bien? —Lee se encogió de hombros.

—No bien, no mal. Tú debes decidir. Solo quiero que seas fuerte y que elijas bien tu camino.

—Yo también.

—El viaje es largo y habrá tinieblas, siempre las hay, pero recuerda siempre lo que te he enseñado. Tu futuro marido te ayudará. También es fuerte y te quiere.

—Suena como si te estuvieras despidiendo. —Se asustó.

—No, pequeña ardilla, pero tu vida va a cambiar; ahora vas a coger una curva que te llevará a otro lugar. —Levantó una mano al ver su expresión afligida—. No preocupes. No soltaré tu mano; mientras este anciano pueda respirar, seguirá a tu lado.

—Gracias, maestro.

—No, yo doy las gracias a ti, pequeña ardilla. Eres la nieta que nunca tuve. Mi viaje ha sido largo y a veces oscuro, pero al final la vida ha sido generosa conmigo.

Ella se echó en sus brazos sin pensarlo y Lee la abrazó por primera vez.

VEINTE

Ya habían llegado todos: los *Cuatro Legendarios*, Killian, Fenton, Cian y Devan. Kirby Richards había tenido que marcharse antes de tiempo porque ya no podía posponer durante más tiempo su vuelta a Cork. Decía que le había llegado un mensaje preocupante de su segundo al mando, pero Killian pensaba que Kristel Hamilton había tenido algo que ver en su decisión de marcharse tan precipitadamente.

—Sé que estáis todos muy ocupados, como siempre, pero esto nos ocupará poco tiempo. —Burke Kavannagh, el naviero, se atusó el bigote pelirrojo, algo que solía hacer cuando estaba especialmente preocupado y contestó, después de pasear su mirada felina por todos.

—Estoy seguro de que ninguno vamos a meterte prisa, Killian. Di lo que tengas que decir —los demás asintieron con un murmullo. Todos estaban deseando conocer las últimas noticias.

—Gracias. Primero, quiero informaros que la policía humana ha cerrado el caso del asesinato de Wilson Cox. El informe oficial es que unos malhechores entraron a robar y que, cuando se dieron cuenta de que la familia estaba dentro, los asesinaron a todos. En el caso de Lorna Khan han dictaminado algo parecido: asesinada por persona o personas desconocidas. —James Mackenna se removió inquieto en la silla y Killian le lanzó una mirada inquisitiva.

—No creí que diría algo así jamás, pero, en este caso, estoy de acuerdo en que no se diga la verdad a la gente. No provocaría más que pánico y graves enfrentamientos entre las diferentes especies de la población.

—Exacto, por eso se ha decidido hacerlo así. Por supuesto, hemos estado informados en todo momento.

Stuart, el coronel, preguntó:

—¿Estáis seguros de que los responsables son...?

—No tenemos ninguna duda de que fueron algunos miembros de *La Hermandad*. Todo formaba parte de una repugnante estrategia de completar el plan de asesinar a toda la familia de Amélie. Hace doce años mataron a sus padres y ahora querían terminar con ella. Afortunadamente, Cian llegó a tiempo de salvarla, aunque no pudimos salvar a Wilson Cox, a su mujer Annabelle, ni a su hija de doce años, Maggie, a los que nunca olvidaremos. —Siguiendo su ejemplo, todos permanecieron unos segundos en silencio. Killian le hizo una señal a Fenton que se levantó y dejó un par de cápsulas en el centro de la mesa, donde todos pudieran verlas, y se explicó:

—Cuidado, no son tan inofensivas como parecen. Son cápsulas venenosas y muy sofisticadas, nunca habíamos visto algo parecido. Los tres vampiros que apresamos, se las tomaron en cuanto pudieron para no hablar y murieron en segundos.

El coronel fue el primero que cogió una de ellas y se la pasó a su amigo el conde, antes de preguntar:

—Es muy difícil conseguir ese nivel de compromiso en los que te siguen, os lo aseguro. Casi imposible, diría yo. ¿Qué vampiro se suicidaría por no desvelar un secreto?

—No lo sé, coronel, pero eso nos demuestra el control tan absoluto que su maestro ejerce sobre ellos y, por eso, debemos prepararnos para lo peor. ¿Contamos con vosotros?

Todos aceptaron inmediatamente.

—Kristel Hamilton, la bibliotecaria del club ha accedido a ayudarnos investigando en los escritos de los Eruditos de Baddlevam. Tanto Kirby como yo recordamos haber leído referencias a una antigua leyenda que hablaba de un grupo secreto llamado así, *La Hermandad*. Cuanta más información tengamos sobre ellos, mejor. Los agentes de *La Brigada* tienen una orden que prevalece sobre todas las demás: localizar a cualquier miembro de *La Hermandad*, detenerlo y traerlo ante mí. —Su cara reflejó la dureza que había en su naturaleza y que utilizaba cuando era necesario—. Las instrucciones son que no los maten, siempre que sea posible, para conseguir información, pero estoy seguro de que son culpables de alguno de los atroces crímenes de los que hemos hablado, lo pagarán con su vida. —Fue mirando a la cara a todos, que asintieron uno tras otro, hasta llegar a Cian, después, dio la reunión por terminada, pero Niall Collins lo miró con sus ojos dorado-rojizos y le dijo:

—Hemos hablado entre nosotros. Sabemos la gran responsabilidad con la que has cargado tú solo estos años y te lo agradecemos, pero ha llegado la hora de que te ayuden —Killian no sabía a qué se referían.

—¿Habéis pensado en alguien en concreto?

—Queremos rehabilitar de una vez a los Eruditos de Baddlevam, con todo lo que eso implica. Estamos de acuerdo en crear un fondo para hacerlo, y que tú lo gestiones hasta que encuentres a la persona adecuada para hacerlo. Se avecinan tiempos muy duros para nuestra especie, y necesitamos científicos y sabios que nos aconsejen en todas las materias. —Killian estaba muy sorprendido, era un proyecto que él tenía desde hacía décadas, pero nunca terminaba de ponerse en marcha.

—Me parece estupendo, como sabéis, es algo que quiero hacer desde hace años —James Mackenna le contestó con algo de socarronería.

—Pues parece que al final nos has hecho entrar en razón.

—Dejadme algo de tiempo para que prepare todo. Aunque me temo que tardaremos semanas, puede que meses, en encontrar a las personas adecuadas. —Todos estuvieron de acuerdo.

—Entonces, creo que eso es todo. Muchas gracias, amigos.

Se retiraron guiados por Devan, preguntándose unos a otros quién había traído carruaje y quién no, dejando solos a Cian y Killian.

El magistrado se volvió hacia su amigo y sus palabras lo dejaron conmocionado:

—Quiero que transformes a Amélie cuanto antes. Temo que vuelvan a ir a por ella. —Cian no quiso decirle que ya habían decidido hacerlo, porque era algo privado entre los dos y Amélie prefería no contarle hasta que ya estuviera hecho. Pero no podía dejar de tranquilizarlo un poco.

—Sí, yo también. Ya lo hemos hablado, aunque estoy preocupado por el riesgo que supone para ella —Killian asintió.

—No te voy a mentir, lo vas a pasar muy mal, pero no hay otro remedio. Si yo hubiese podido, lo habría pasado en lugar de Gabrielle, pero esto no funciona así. Solo puedes quedarte a su lado y ayudarla en lo que puedas. —Se pasó la mano por la cara—. Me voy a casa, estoy cansado. Recuerda que venís a comer el domingo.

—Claro, te acompaño —salieron de la sala de reuniones en silencio.



Habían leído los documentos de la biblioteca que les había buscado Kristel, que aconsejaban que la pareja se diese un largo baño antes de la ceremonia. Cian se había duchado, mientras ella permanecía en la bañera que había llenado con agua caliente, pétalos de rosas rojas y un aceite fragante que

despedía un olor misterioso y sensual. Cuando Cian salió de la ducha cogió el jabón y la enjabonó desde el pelo, hasta la punta de los pies con el mayor esmero. Luego, la ayudó a salir de la bañera y la envolvió en la toalla; en la habitación, delante de la chimenea, la secó lentamente mirándola de tal manera, que ella sintió que se le ponía la piel de gallina. Luego la abrazó y ella apoyó la cabeza en su pecho, escuchando el ritmo vigoroso de su corazón.

—Eres toda mi vida, velisha, ¿lo sabes? —Tragó saliva, impresionada, pero en el fondo lo sabía—. Antes no conocía el miedo porque no había nada que me importara de verdad —la apartó de él para que pudiera ver la adoración en sus ojos, rojos y apasionados— hasta que te conocí. Ahora no soportaría perderte. —Ella le puso la mano en la mejilla y sonrió valientemente.

—No va a pasarme nada, ya lo verás. —Él correspondió a su sonrisa y la besó.

—Si ocurriera, te seguiría a donde fueras. —Lo abrazó por el cuello obligándose a no llorar.— No llores, mi amor. No te digo esto para que sufras, al contrario. Estoy de acuerdo con transformarte, pero quiero que sepas que, ocurra lo que ocurra, nunca más estarás sola.

—Pero si todavía no nos hemos casado —bromeó.

Él se había puesto muy pesado los dos últimos días insistiendo en que tenían que casarse cuanto antes, pero ella se había dado cuenta, sorprendida, de que quería una gran boda y le había contestado que tendrían que esperar unas semanas, por eso él entrecerró los ojos al escuchar su contestación. Le gustaba la faceta bromista que Amélie había empezado a mostrar recientemente.

—¿Quieres hablar ahora sobre eso? —Ella hizo un mohín travieso que recompensó con un beso.

—Era una broma, vuelve a besarme. —Obedeció, encantado, y cuando se separaron los dos respiraban agitadamente, sintiendo el mismo deseo. Cian alargó la mano hacia ella.

—Vamos.

Se sentó en el sillón que había frente a la chimenea y ayudó a Amélie a hacerlo sobre él, tal y como explicaba el ritual. Ella se movió buscando una postura cómoda para los dos, aunque parecía difícil, ya que el miembro de Cian estaba muy rígido.

—¿Te duele?

—Según el documento, es la mejor postura —contestó entre dientes—, menos mal que es solo la primera vez.

No había querido hablar con Killian sobre esto, ya que sabía que no se encontrarían a gusto porque su velisha era Amélie, pero había leído suficientes documentos para saber lo que tenían que hacer. Para que se completara el cambio, era imprescindible que hicieran el amor tres veces durante la noche y que ambos bebieran de la sangre del otro en cada ocasión. Después de esa noche, Amélie tendría que beber de él habitualmente.

Cian lamió su cuello con los colmillos acrecentados por el deseo de volver a saborear el elixir que corría por las venas de su amada. Jamás había probado ni probaría nada comparable porque era su velisha, y estaban hechos el uno para el otro. Sus lametones provocaron el primer gemido de placer en Amélie, que se restregó provocativa sobre él y Cian adelantó las caderas para aumentar el roce de su pubis.

Ella levantó los brazos y se recogió el pelo para colocárselo sobre el hombro izquierdo y le ofreció su cuello en silencio. Cian se relamió al observar el latido de la sangre de Amélie abultando rítmicamente su piel, y abrió la boca enseñándole los colmillos estirados al máximo por la necesidad que sentía de su esencia, a la vez que rugía suavemente proclamando su anhelo. Ella sonrió, sintiéndose poderosa por el efecto que provocaba en él, e inclinándose, lamió uno de los colmillos y luego el otro, después lo agarró por el cuello para besarlo apasionadamente. Sus lenguas se enredaron haciéndose el amor y, cuando se separaron, Amélie sentía un vacío que solo él podía llenar, pero, por

lo que vio en él, estaba congestionado y sus ojos se habían teñido de rojo sangre, estaba peor que ella. Por eso, lo apremió:

—Vamos, hazlo —él asintió con la boca formando una firme línea de la que sobresalían, largos y puntiagudos, los colmillos.

Amélie se levantó sobre las rodillas para que él pudiera colocar su miembro en la entrada de su vagina. Esta era la primera posición que tenían que adoptar según el ritual, ya que demostraba la aceptación libre y total de la transformación por parte de la velisha. Apoyada en sus hombros, comenzó a descender sobre el pene provocando que Cian reclinara la cabeza en el respaldo, con los ojos cerrados y un gemido de placer. Amélie siguió bajando, aceptándolo dentro de ella, hasta que estuvo sentada totalmente.

Inclinó la cabeza para ofrecerle el cuello y él la mordió con furia, más sediento que nunca y comenzó a beber de su vena, mientras que ella lo acunaba por la nuca, sintiéndolo latir dentro de la vagina. Poco después, se apartó de ella saboreando su esencia, aunque sus ojos seguían hambrientos, y la besó para que ella probara su propio sabor.

Amélie lo paladeó sabiendo que dentro de poco el sabor metálico de la sangre le parecería la mejor de las ambrosías y comenzó a moverse arriba y abajo, cada vez más deprisa, alentada por él, mientras le acariciaba los pechos hasta que, repentinamente, tuvo su primer orgasmo. Entonces, Cian dejó que creciera la uña de su índice y se hizo un pequeño corte cerca del esternón, después la obligó a acercar la boca al reguero de sangre que caía por su pecho. Al principio se resistió, pero él insistió.

—Bebe, amor mío —su voz era hipnótica y le hizo pensar en placeres inimaginables.

—Espera —susurró, pero él sabía que no tenían tiempo.

Era primordial que comenzara a beber cuanto antes; apretó su boca contra la herida y no cejó hasta que Amélie se mojó los labios; inconscientemente se los chupó y Cian se lo volvió a ordenar:

—Bebe. —Y ella obedeció.

Cuando tragó su sangre y la saboreó, entendió por qué a él le gustaba tanto beber de ella y comenzó a lamer el líquido, denso y dulce. Se relajó bebiendo sobre él y, solo entonces, Cian movió sus caderas varias veces, entrando y saliendo de ella, hasta que se liberó en su interior. Después, se echó hacia atrás en el sillón, abrazándola, esperando a que terminara de beber. Cuando lo hizo, se levantó sin salirse de ella, y anduvo hacia la cama.

Allí todo volvió a empezar, pero en esta ocasión la sobresaltó con su desenfreno. Había estado controlándose demasiado en el sillón y, después de tumbarse, sintió la necesidad implacable de volver a estar dentro de ella; arrodillándose entre sus piernas las empujó para que las abriera del todo. Entonces, impulsó la cabeza de su sexo y la penetró con firmeza, apoyándose en los codos para no dañarla y, hociqueando en su cuello, volvió a morderla haciéndola gritar de placer.

Bebió de ella succionando como un glotón, sujetando sus caderas para que no se moviera, pero ella tenía sus propias ideas y se arqueó hacia arriba con fuerza, tomándolo por sorpresa e interrumpiendo su acto de gula. Cian relamió la última gota de sangre observándola con admiración, se inclinó un momento para lamer los pinchazos y obedeció a su muda petición, volviendo a mover las caderas sin dejar de mirarla a los ojos. Se inclinó para besarla de nuevo, antes de decir:

—Tienes que beber otra vez —ella asintió y él rio satisfecho viendo, por primera vez, la sed de sangre en su mirada. Se abrió la herida, deteniéndose durante unos instantes mientras ella se pegaba a su pecho y comenzaba a chupar—. Sí, eso es... muy bien, mi amor. —Sentirla beber de él le dio tanto placer, que la penetró de nuevo para poder culminar dentro de ella.

Esta vez Amélie bebió durante más tiempo y, después, solo podía pensar en dormir. Estaba agotada, tanto, que él tuvo que usar toda su habilidad para volver a excitarla, atormentándola,

succionando sus pechos y acariciando suavemente su clítoris, hasta que volvió a pedirle que la penetrara y él lo hizo. Entonces, volvieron a beber el uno del otro por tercera vez esa noche y la dejó descansar entre sus brazos. Ella levantó la cabeza un momento del hueco de su brazo y lo miró, somnolienta. El cuerpo le temblaba de agotamiento:

—¿Ya está? ¿Hemos terminado? —Ojalá, pensó él, pero contestó:

—Duérmete, querida. Descansa. —Cerró los ojos obedeciendo a la orden subliminal y se quedó dormida.

Pero él no. Habían consumado los tres intercambios de sangre, según mandaba el ritual y sabía lo que venía a continuación. Por eso esperó a que ocurriera muy preocupado, sin dejar de abrazarla, como si así pudiera protegerla. Transcurrieron un par de horas antes de notar que empezaba a sudar, aunque su piel estaba helada y que su respiración era superficial. La llamó varias veces, pero no respondió. Parecía estar en otro lugar; ni siquiera podía contactar con ella mentalmente.

—Amélie, despierta. —Estaba tan fría que la tapó bien y volvió a abrazarla frotando sus brazos y sus piernas. Poco después comenzó a respirar con dificultad, otro síntoma de que sus órganos internos se estaban transformando. Separándose de ella, se sentó y la sentó a ella sobre su regazo, porque, cuando se llegaba a este punto, tenía que volver a beber y esa era la posición más adecuada. Seguía inconsciente, su cuerpo estaba flácido entre sus brazos y su cabeza caía hacia atrás, ajena a sus ruegos de que despertara, y cada vez respiraba peor. Su corazón, que habitualmente latía a la vez que el suyo, comenzó a ralentizarse como si no tuviera fuerzas para seguir latiendo. Volvió a abrirse la herida y frotó con suavidad sus labios sobre la sangre esperando que bebiera, pero no lo hizo. Entonces, mojó los dedos en la herida, se los metió en la boca y estuvo haciéndolo varias veces, hasta que la vio tragar por primera vez.

—¡Eso es, cariño! ¡Traga! —Siguió metiendo sangre en su boca un par de veces más, luego, volvió a pegarla a su pecho y, milagrosamente, empezó a chupar; Cian sintió que se le saltaban las lágrimas y las palabras rituales acudieron involuntariamente a su mente:

—Bebe, amor mío. Deja que tu luz ilumine mi oscuridad y caminemos juntos todo el tiempo que el destino nos conceda. —Acarició su largo cabello saciándose con su belleza. Sabía que aún le faltaba sufrir la expulsión de su anterior esencia, pero el peligro había pasado. Ella permanecía con los ojos cerrados y siguió bebiendo hasta que se durmió.

Se despertó sin saber dónde estaba, tenía la sensación de que acababa de volver de un lugar lejano y frío, pero, todos sus pensamientos se vieron ofuscados por un dolor que le desgarró las entrañas y que le hizo desear estar muerta. Gritó tan fuerte que ella misma se asustó y alguien la levantó y la tumbó cuidadosamente en el suelo. Ella lo agradeció con un murmullo porque el suelo estaba frío y ella estaba ardiendo, pero no tuvo tiempo de disfrutarlo porque su estómago empezó a contraerse al sentir unas fuertes arcadas. Se puso a cuatro patas como pudo y vomitó, luego descansó, pero enseguida, una segunda oleada de arcadas la obligó a vomitar de nuevo. Cuando terminó, se tumbó sobre el suelo, agotada y disfrutando del frescor unos minutos. No supo cuánto tiempo había pasado cuando sintió que Cian le limpiaba la cara y le retiraba el pelo hacia atrás, cariñoso.

—¿Te sientes mejor? —ella asintió, sin mirarlo—. ¿Quieres volver a la cama? —Ella abrió un ojo para ver dónde estaba y se dio cuenta de que se encontraba en el suelo, y de que a él le había dado tiempo a limpiar.

—Creía que estábamos en la cama.

—Me has pedido a gritos que te bajara. —Se tranquilizó un poco al ver que volvía a tener algo de color.

—No lo recuerdo.

—Me lo imagino. Te voy a acostar para que descanses. —Ella se sentía incapaz de moverse, pero cuando la levantó, le rodeó el cuello con un brazo y miró alrededor.

—Siento haberte asustado. —Él acalló su preocupación con un murmullo y un beso en la frente, demasiado impresionado por lo que había sentido como para hablar. Solo la apretó más entre sus brazos y la llevó a la cama. Sentándose a su lado, le dio un poco de agua para que se enjuagara la boca y la arropó.

—¿Necesitas algo más? —Alargó los brazos hacia él.

—Que te acuestes conmigo.

La obedeció, abrazándola contra su corazón y disfrutando al escuchar su suspiro, y lo sorprendió abriendo los ojos repentinamente y ordenando:

—Duérmete, pareces cansado.

Acto seguido se durmió, y él apoyó la barbilla en su cabeza e hizo lo mismo.

FIN



www.margottechanning.com
margottechanning@gmail.com
Facebook: margottechanning